

LN

izquierda nacional

Enero-Febrero de 1971

11

KARL MARX:

“UN PUEBLO QUE
OPRIME A OTRO
NO PUEDE SER LIBRE”



SIMON BOLIVAR:

“MI PATRIA ES
TODA LA EXTENSION
DE AMERICA”



**EL EJERCITO
EN BANCARROTA**
Jorge E. Spilimbergo

**Socialismo y
Revolución Peruana**
Ismael Frías

MARXISMO
para Latinoamericanos
Jorge Abelardo Ramos

**FUA ADHIERE
AL 18 Y AL 45**

TEXTO COMPLETO DEL MANIFIESTO
APROBADO POR EL CONGRESO ESTUDIANTIL



SUMARIO, Nº 11

ENERO-FEBRERO, 1971

EN LUCHA: Cuarta etapa 2

EL REGIMEN MILITAR EN CRISIS: Informe sobre la situación política ar- 3
gentina por Jorge Enea Spilimbergo

CORDOBA, 1918: DE HAYA A FIDEL por Alberto Methol Ferré 20

EL PROGRAMA SOCIALISTA DE LA REVOLUCION PERUANA, por Ismael Frías 29
Los clásicos del marxismo

UN MARXISMO PARA LATINOAMERICA... por Jorge Abelardo Ramos 38

Textos: 51
EL SEGUNDO MANIFIESTO DE CORDOBA: El triunfo de las tendencias
nacionales revolucionarias en FUA a través de su resolución política
nacional e internacional. **Texto completo**

LOS PELIGROS PROFESIONALES DEL PODER por Christian Rakovsky 54
Una conferencia en Bolivia

Documentos Chile

LIBROS

**EL SOCIALISMO
EN LA ARGENTINA
(del Socialismo cipayo
a la Izquierda Nacional)
Por: Jorge E. Spilimbergo**



**Historia del
Stalinismo
en la Argentina**

Por: Jorge Abelardo Ramos

IN

DIRECTOR: JORGE ABELARDO RAMOS / SECRETARIA DE REDACCION: SUSANA VALDES / ADMINISTRADOR: RODOLFO ROMERO / ORGANO TEORICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL DE LA ARGENTINA / APARECE BIMESTRALMENTE / COLABORADORES: JORGE ENEA SPILIMBERGO / MANUEL AGUIRRE / JOSE LUIS MARIAGA / ALBERTO GUERBEROFF / NORBERTO GALLI / MARIO BERNICH / ARTURO ARROYO / GREGORIO ABELARDO CARO FIGUEROA / MANUEL CRUZ TAMAYO / CORRESPONDENCIA: CASILLA DE CORREO 323, CORREO CENTRAL, BUENOS AIRES, ARGENTINA / Agentes y Corresponsales en México, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay y Brasil / Precio del ejemplar en América Latina: u\$s 0,75 dólar / En Argentina: \$ 300 m/n.



**EDICIONES DEL MAR DULCE
Buenos Aires Casilla de Correo C. 5027**

Al margen

EN LUCHA:

Cuarta Etapa

Nuestra revista reaparece hoy en su cuarta etapa y nuevo formato. Nacida en noviembre de 1962 como la primera expresión teórica oficial del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (fundado precisamente en ese año), publicamos 6 números en el formato inicial; luego, en 1965, otros dos; y, finalmente, en 1966 y 1967, dos ediciones más. Con justicia numeramos esta entrega con el 11, para restablecer la continuidad de la publicación.

Abrigamos el propósito de cumplir con nuestros lectores entregando cada dos meses un número y, en la primera oportunidad favorable, pasar a la edición mensual.

La designación de nuestra revista como "revista teórica" no es producto de jactancia alguna ni de propósitos ultraterrenos. Vocero de un partido de combate, que para sus opiniones políticas publica quincenalmente el periódico "Lucha Obrera", esta revista aspira a generalizar las experiencias de la lucha y a situar tales generalizaciones en la gran tradición del pensamiento marxista y de la herencia intelectual de América Latina.

¿Revista teórica?

Esta pausa reflexiva no resulta frecuente entre nosotros, pues la bancarrota política del socialismo de Juan B. Justo y del comunismo stalinista ha sido tan profunda que ha logrado arrastrar hacia su abismo a todas las sectas y grupúsculos brotados de la demolición, entre los que es preciso mencionar a la variopinta de chinoístas, trotskystas, albaneses, cubanistas y hasta norcoreanos que en nada alcanzan a los verdaderos chinos de

Chinos, coreanos de Corea, etc., que en sus respectivos teatros de lucha se esfuerzan por transformar su país.

El lector habrá advertido que nos referimos a los cipayos ultraizquierdistas de la Argentina, apenas disimulados con extravagantes ropajes geográficos que no entienden al país tal cual es y al marxismo tal cual fue pensado y debe repensarse para que sea útil a nuestros compatriotas. Desaparecidos los discípulos directos de Juan B. Justo, petrificado el stalinismo siberiano, nacidos no natos u opas sus delirantes descendientes, fuera inútil pretender, excluido el Socialismo de la Izquierda Nacional, una visión coherente, orgánica y profunda de la sociedad argentina y de las ruerzas motrices de su revolución. Esa función teórica aspira a cumplir nuestra revista.

Este número

Este número lleva el carácter de extraordinario, con 64 páginas de nutrido material de lectura. Los números habituales, a partir de marzo, contarán con 32 páginas.

Nos fue imposible incluir en esta entrega materiales de interés, que nos vemos obligados a publicar en el próximo número 12. Entre ellos figura la conferencia del general Juan José Torres sobre los ejércitos en los países semi-coloniales, un capítulo del libro inédito de nuestro compañero Roberto Ferrero sobre "Sionismo y marxismo" (obra que editará próximamente la Editorial Coyoacán); un artículo de nuestro Director sobre "El mitrismo de un rosista", acerca de Juan Pablo Oliver y sus críticas al lopizmo y al marxismo; una nota crítica sobre el libro de René Orsi "Historia de la fragmentación ríoplatense"; y otros textos de análogo inter-

Publicamos el Informe Político presentado por Spilimbergo, de la Mesa Ejecutiva Nacional del PSIN, al XVI Pleno del Comité Nacional reunido en Mendoza en agosto de 1970.

EL REGIMEN MILITAR EN CRISIS

por Jorge Enea Spilimbergo

Cuando a principios de mayo celebráramos en Santa Fe nuestro anterior pleno, sabíamos que el futuro inmediato nos deparaba una serie de "picos de agitación". Así le había informado a la República el aún presidente Onganía durante un reportaje veraniego concedido en Neuquén. Este despliegue adivinatorio no incluía el dato de la deposición del ex jefe del Ejército Azul. Su caída abre un nuevo capítulo en la marcha a tropezones de la llamada revolución argentina. Desenlace inglorioso, el reemplazo de Onganía se produce por un golpe palaciego de los mismos que fabricaron al autócrata y apoyaron su política funesta de hambre, represión y entrega.

Como una lápida a ese gobierno, a su sucesor (que le rindió "pública justicia") y al generalato, merecen figurar otras declaraciones del propio Onganía reveladas hace poco por la indiscreción de una revista de Buenos Aires. El ex presidente admitió que conocía las vinculaciones de Krieger Vasena con los monopolios extranjeros cuando lo ungió ministro de Economía; pero desafió a que le nombraran algún otro, entre los "capacitados" para el puesto, que no cojease de la misma pierna.

Ciertamente, debe admitirse que, bajo el sistema de la República oligárquica, la idoneidad para ser ministro de Economía —o sea, real jefe del Estado— se califica por la

condición de asalariado de los trusts imperialistas. Pero Onganía, en sus declaraciones póstumas de autodeclarado "muerto político", pretendía decir otra cosa: que los que "saben" y deben en consecuencia prevalecer sobre la opinión de la aplastante mayoría de los argentinos, están naturalmente vinculados al sistema financiero internacional. Así, a la traición objetiva a la Patria se le añade la traición subjetiva, el sumiso acatamiento ideológico a los prestigios de una presunta "ciencia económica" que no es sino la enunciación de los intereses imperialistas disfrazados como "verdad universal".

En nombre de esa tal "ciencia" es que soportamos el dogma de la "estabilización económica" y las restantes plagas introducidas desde el Plan Prebisch de 1955.

Paradójicamente, nunca brilló tanto la estrella de Onganía en el cielo de la Argentina oficial como bajo el gobierno de sus verdugos políticos, quienes tampoco encuentran a un "buen" ministro de Economía que no sea un mayordomo de los capitales extranjeros, y designan por lo tanto a Moyano Llerena cuyo título supremo es haber sido uno de los colaboradores principales de Krieger Vasena.

Cabe preguntar entonces, a fin de situarnos en la actual coyuntura, porqué fue reemplazado Onganía y cuál es el carácter del régimen que lo sucede.

El Partido ya se ha pronunciado al respecto al afirmar que la deposición de Onganía es una consecuencia tardía pero directa de las grandes movilizaciones obreras y populares de mayo, junio y setiembre del 69. Toda otra explicación peca de falsa o de circunstancial.

El secuestro y muerte de Aramburu, por ejemplo, en nada influyó sobre una decisión que ya acababan de adoptar los mandos militares, de relevar a Onganía, aunque pudiese de manifiesto el grado de descomposición moral y política en que se debate el régimen oligárquico.

El discurso presidencial de Olivos ante los

generales fue la circunstancia desencadenante de la deposición. Los altos jefes escucharon estupefactos a Onganía decir que el "tiempo político" demandaría de 10 a 20 años. Esto los convenció de que el autócrata había perdido todo contacto con la realidad. El hombre para quien el Pentágono norteamericano es el "baluarte moral de occidente" vivía inmerso en los vapores sulfurosos de su cerebro reaccionario, ciego y sordo no ya únicamente a las fuerzas renovadoras de la Historia, sino al dictado del vulgar sentido común.

Los generales vislumbraron tras la profecía "quedantista" del oscuro iluminado un horizonte de fuego que abrazaría sus propias cabezas, y descubrieron de golpe que ellos desde siempre habían amado la democracia, mientras su jefe (al que apoyaron en todas y cada una de las medidas rapaces y traidoras contra la soberanía nacional, la voluntad popular y el nivel de vida obrero) maquinaba una tortuosa conspiración "totalitaria".

En otras palabras, hicieron lo de siempre cuando el poder se les vuelve una brasa entre las manos: pensar en "elecciones".

Pero el anuncio de Onganía no habría sembrado pánico entre los generales, antes bien, habría despertado una adhesión sin límites, si quien lo formulaba hubiese sido el autócrata victorioso anterior a mayo del 69.

El proyecto era delirante sólo porque provenía de quien provocara y soportara las furiosas tormentas de mayo, junio y setiembre.

Quebrantado, impotente, obligado a negociar y conceder, el autócrata había perdido, bajo el impacto de las masas en acción, todos los títulos que lo legitimaban ante las clases explotadoras: "asentimiento", autoridad, estabilización, eficacia. Un oscuro presagio de "peronización" de Onganía! ponía su cabeza a punto para rodar a la cesta del verdugo. La oligarquía se había servido del autócrata, pero le desconfiaba medularmente.

Este desenlace melancólico corresponde a una situación de extrema crisis ante la cual ninguna de las clases sociales aparece en condiciones de imponer un reordenamiento, para sanear el sistema oligárquico o para suprimirlo revolucionariamente.

La impotencia de las clases explotadoras es estructural, orgánica: se liga al hundimiento irremediable del sistema semicolonial argentino, en el marco de la crisis mundial imperialista.

La impotencia de las fuerzas obreras y populares no emana en cambio de debilidades de estructura (el capitalismo semicolonial argentino ha generado una poderosa clase obrera, por ejemplo), sino de su relativa inmadurez política y organizativa.

Por eso, los combates de mayo, junio y setiembre condujeron a una arrolladora victoria táctica de las fuerzas obreras y populares, que no pudo capitalizarse en sentido estratégico.

En Córdoba y Rosario principalmente, la marea disolvió las estructuras locales del poder oligárquico y rebasó al oportunismo político y sindical. Mas, como careciese de una cabeza conductora, debió replegarse sin ensayar una confrontación a todas luces prematura con las fuerzas represivas del poder central.

Tal confrontación involucra obvios problemas de armamento del pueblo. Pero ellos se plantean dentro y no fuera de una perspectiva más general, esencialmente política, que es el de la democracia revolucionaria brotando como Poder de nuevo tipo, de cara al poder del viejo Estado oligárquico. Esta nueva legalidad se funda directamente en el movimiento de las masas, lo institucionaliza a nivel de sus asambleas y juntas de representantes; pero supone un alto grado de iniciativa e independencia políticas de la clase trabajadora, sólo asegurable por mediación de una vanguardia socialista revolucionaria que desplace el liderazgo del mero reformismo sindical.

Las movilizaciones refluyeron sin haber podido salvar las diferencias de ritmo entre Interior y Capital. En esta última, los aparatos sindicales consiguieron frustrar el empuje de las bases.

De no haber sido por este apoyo indirecto pero providencial, Onganía no habría sobrevivido a junio de 1969. Una segunda huelga activa extendiéndose al cinturón obrero de Buenos Aires, habría obligado a su inmediato relevo por los mandos militares. En condiciones de movilización intensa de las masas, cualquier desplazamiento en el dispositivo de los sectores militares podía crear variantes de imprevisible fluidez. La historia de las revoluciones populares exhibe casos de su consumación en dos tiempos, el primero de ellos caracterizado, más que por un cambio real en el contenido de clase del poder, por una anulación del sistema represivo del antiguo Régimen, y la apertura de un proceso democrático de carácter preparatorio.

La revolución de Febrero de 1917 en Rusia es un ejemplo clásico. Puede añadirse otro extraído de nuestra propia historia: el pronunciamiento de mayo de 1810 fue precedido por la gran movilización de 1807, que condujo a crear un nuevo poder militar, sobre la base de las milicias criollas.

Formulamos estas consideraciones al mero efecto de ejemplificar la vasta riqueza de formas del proceso viviente, a través de las cuales se salvan los círculos viciosos que parecen limitar las posibilidades de las masas, ya que sólo en el movimiento ellas logran superar sus direcciones capituladoras de las cuales en general dependen, sin embargo, para ponerse en movimiento, de suerte que el nivel superior de lucha y sus formas político-organizativas no pueden postularse abstractamente, como una condición rígida, sino como el producto (si bien no espontáneo) del proceso mismo.

De ahí que las rupturas parciales y variantes intermedias que expresan nuevas relaciones de fuerza y empujan adelante ese proceso, merezcan el más cuidadoso análisis, ya que el partido revolucionario hemos de formarlo en el curso sinuoso de la realidad. Resulta deleznable, por ejemplo, el argumento exhibido en aquellos momentos según el cual la caída de Onganía habría fomentado un recambio liberal-oligárquico.

Esta indiscutible posibilidad (pues no cabía pensar en el triunfo inmediato de una insurrección popular) no podía evaluarse mecánicamente, prescindiendo de la movilización que la habría originado y de la nueva relación de fuerzas que en virtud de ella se establecía.

La autocracia, instrumento del Plan Krieger

El gobierno y los mandos militares controlaron finalmente la situación, pero sin poder pasar a la ofensiva, tan quebrantados y aislados se encontraban. El aislamiento reflejaba algo más que meros desplazamientos en la opinión pública. Un reordenamiento político de las clases —la ruptura de la vieja alianza de la pequeña burguesía liberal con el bloque oligárquico— restaba la antigua base de maniobras para la provocación antiobrera. Sólo las altas cumbres del sistema, Unión Industrial, Bolsa de Comercio, Sociedad Rural, ACIEL y —lógicamente— el aparato mundial imperialista, se expresaron a favor del gobierno, mejor dicho, de su política económica y represiva. Así, las masas, refluyeron, pero no en derrota, con el más elevado espíritu combativo.

Habían desbaratado el sistema de intimidación y violencia concentrada con que el régimen instaurado en junio de 1966 pretendió desalentar de antemano toda protesta, toda resistencia a su ofensiva “estabilizadora” y “racionalizadora” contra la economía nacional, los trabajadores y el pueblo. Este

silencio impuesto a palos se llamó “asentimiento”; la violencia sistemática, “principio de autoridad”; la implacable aplicación de las medidas hambreadoras y entreguistas, “estabilización” y “eficiencia”.

Sólo faltó prever que, al sofocarse burocrática y policialmente todas las protestas y reacciones, éstas se acumulaban preparando un estallido, que habría de producirse tal como se produjo, a partir de un incidente “casual” que obró como detonante y como llamado a la acción simultánea.

El Plan Krieger no era sino la versión actualizada del Plan Prebisch, pero excluyendo las inevitables concesiones que los gobiernos “de facto” (es decir, sometidos a un corto plazo electoral) o “legales” (es decir, sometidos a renovaciones fraudulentas), tenían que otorgar a los sindicatos. Con estas concesiones se operaban en el marco de una política de drenaje de riqueza al exterior y a los sectores más parasitarios, desembocaba en una espiral inflacionista enervante. La decisión de “acabar con la inflación” involucraba, pues, la de poner fin a las concesiones, dejando sin juego a la jefatura sindical presionadora-negociadora tipificada por el vandorismo, y excluyendo el funcionamiento del poder civil, pues éste, aún fraudulento, debe contar en cierta manera con la opinión pública.

Por lo tanto el Plan Krieger contenía la violencia autocrática como la semilla contiene al árbol, y las clases dominantes apoyaban a Onganía en tanto y en cuanto éste pusiese en práctica el mencionado Plan. Pero el Plan Krieger no decía, ni tampoco los organigramas del autócrata castrense cómo prevenir la incubación y el estallido final de las tensiones reprimidas pero no resueltas, antes bien, agravadas.

En este punto las clases dominantes dejaron solo a Onganía. En una entrevista con dirigentes sindicales sanjuaninos a fines del año pasado, Onganía habló de la “soledad del presidente”, expresión que reiteró durante el reciente reportaje a que aludiéramos más arriba. Para las clases dominantes el poder unipersonal y autocrático es un mal necesario pero un peligro al que miran con permanente prevención.

Su ideal político es el mando “impersonal”, la gestión colegiada de sus intereses, la República oligárquica disfrazada de pseudo-democracia “representativa”, cuyas leyes de juego, reaseguros y controles ejercidos por el

poder económico cierran el paso a toda manifestación decisiva de la voluntad popular.

Semejante República las garantiza contra los extravíos del poder arbitrario, el abuso de autoridad contra sus intereses o las veleidades "populistas" siempre posibles. De ahí que esperasen de Onganía el cumplimiento estricto e implacable del rol de verdugo que le habían asignado en el tiempo más breve posible, y que se lavasen las manos ante la inesperada complicación de un muerto que se ponía de pie, se colocaba la cabeza sobre el cuello y tomaba al verdugo de los hombros.

Ellas exigían el Plan Krieger sin sus consecuencias necesarias, y podrían decir como la campesina de la novela de Anatole France en su plegaria a la Virgen: "Oh, tú, que concebiste sin pecar, haz que pueda pecar sin concebir". Se desentendieron, pues, del quebrantamiento de la autoridad despótica y de los esfuerzos de Onganía para salir adelante apelando a los recursos de la odiada "política", que observaron desde luego con la más rigurosa desconfianza crítica.

Así, el tambaleante dictador oligárquico, confrontado a las imprevisibles consecuencias del paro general del 1-2 de octubre declarado por la "Comisión de los 20", amenazó con sanciones draconianas a sus temblorosos integrantes, y si bien obtuvo el levantamiento traidor del paro debió pagar un alto precio, que implicaba de hecho el abandono de las premisas del Plan Krieger, referentes a congelación de los salarios. Los aumentos otorgados en consecuencia redondeaban un 20 % para sueldos de m\$ 30.000, si sumamos los m\$ 3.000 de noviembre, el posterior 7 %, el aporte patronal de obra social y el reajuste del salario familiar.

Naturalmente, estas mejoras sólo restituían una parte del salario real perdido, y no pueden alegarse como explicación del nuevo ciclo inflacionario. El actual alza de la vida sólo pone de manifiesto que la inflación tiene causas de estructura (la dependencia y estancamiento semicoloniales), y que los aumentos de salarios sólo son una consecuencia defensiva de parte de los trabajadores.

El "nacionalismo" de Onganía

En igual sentido de atizar la desconfianza obraban las pesadas maniobras conducidas por intermedio de Sansebastián para lograr una CGT "unida", unida y maniatada con la cuerda del participacionismo. Un comentario de "La Razón" preguntaba insidiosamente si ese artefacto no acabaría estallando en la cara del gobierno. La pregunta reflejaba el estado de espíritu de "establecimiento" semicolonial.

El crapuloso vespertino porteño apuntaba sensatamente que, si bien a Onganía no le resultaba difícil digitar el Congreso Unificador en beneficio de los Coria, Damiano y demás rufianes del participacionismo sindical, en cualquier situación de crisis el grueso de la dirección cegetista podía asestarle una puñalada por la espalda a fin de salvar la cara ante las bases. Debió añadir que ese peligro existía porque el gobierno, gracias a la política económica que era su razón de ser, no estaba en condiciones de negociar un "modus vivendi" sólido con la jefatura sindical.

Al margen de ello, el bloque oligárquico experimenta un terror sagrado ante cualquier amague de "diálogo" entre un presidente militar autoritario y dirigentes sindicales, pues teme que ello produzca con otros personajes la "fórmula" que dio nacimiento al peronismo. Este terror sin duda, fue el que inspiró el asesinato de Vandor cuando sus oscuros ejecutores supusieron que el líder metalúrgico estaba en condiciones de imponer un acuerdo sustancial al presidente Onganía, arrinconado por la huelga del 29 de mayo, bajo amenaza de un segundo movimiento que lo derribaría del poder.

Todas las protestas "anticorporativas" del "Establecimiento" semicolonial vienen a parar en esta obsesión por impedir el acuerdo sindical-militar. Poco importa que ellos vean fantasmas, ya que el fantasma mismo es una realidad mental y lo que explica ciertas conductas.

El "ala nacionalista" del gobierno de Onganía no era antagónica a su "ala liberal", sino su complemento simétrico, pues se necesita toda la cohorte de fascistas, antisemitas, torturadores, moralistas y pervertidos sexuales para respaldar a los tecnócratas de la entrega y el hambre.

Los terratenientes se hacen opositores

La crisis social, económica y política; el fracaso del Plan Krieger y el forzado abandono parcial de sus postulados a fin de salvar la estabilidad del gobierno, pusieron al desnudo otras contradicciones en el seno del bloque oligárquico imperialista.

Nuestro Partido definió los rasgos específicos del Plan Krieger, comprendidos aquellos que lo diferenciaban de los planes económicos anteriores.

Así como el bloque oligárquico-imperialista se había visto forzado a romper la antigua alianza con la pequeña burguesía liberal al perder margen de maniobra como consecuencia de la crisis, también la relación de fuerzas entre los aliados principales quiso ser mo-

dificada por el equipo de Krieger Vasena, quien obraba según el interés de los grandes monopolios y las agencias internacionales norteamericanas.

La oligarquía terrateniente vio en parte sacrificadas sus posiciones dentro de la alianza. Si bien recibió beneficios tan exorbitantes como los derivados de la nueva ley de arrendamientos y desalojos rurales, no obtuvo de la devaluación del '67 lo que venía obteniendo de este tipo de medidas: un traspaso de ingresos a sus arcas y facilidades para malbaratar las exportaciones.

El sistema de retenciones confiscó respecto a ella los efectos de la devaluación. El Estado, por su parte se sirvió de estas retenciones para enjugar parcialmente el déficit fiscal, problema cada vez más difícil dado el peso de la deuda pública interna y externa.

Los grandes monopolios sacrificaban de esa manera la posición de la oligarquía en el reparto, y el hecho se hizo sentir cuando la inflación volvió a manifestarse elevando los costos de las explotaciones agrarias.

Debe decirse, sin embargo, que los llantos de la oligarquía son como lágrimas de cocodrilo. El Partido ha señalado que si en 1969-70, como ellos sostienen, han llegado al límite de la rentabilidad, con precios reales un 30 o 40 por ciento por debajo de los obtenidos en 1964-65; antes de quejarse, ahora deberían explicar qué hicieron entonces cuando los precios eran sobradamente remunerativos.

Por otra parte, como también hemos señalado, el estancamiento de la producción agraria depende del sistema de propiedad latifundista dominante y no de la coyuntura de la política de ingresos, ya que la oligarquía no invierte en ningún caso sus ingresos. A ello añadimos que sería posible elevar el rendimiento de la producción de carne hasta en un 100 % casi sin inversiones, con tecnologías baratas y accesibles, bajo la única condición —tenazmente resistida— de abandonar el ausentismo parasitario.

Parábola del "Ejército Azul"

Por estas razones, los tecnócratas pro-imperialistas al frente de la economía nacional resolvieron "racionalizar" el problema, partiendo del supuesto de que mayores ingresos no elevarían la producción ganadera. Pero, como es lógico, dejaron intactas las bases materiales del atraso agrario argentino.

Al endurecerse la situación económica, y al sobrevenir el caos político-social, la oligarquía pasó con armas y bagajes a la oposición, provocando la serie de escándalos que culmi-

naron con las renunciaciones de Raggio y de Anchorena.

Este aspecto del Plan Krieger, recogido por su sucesor Dagnino Pastore, es congruente con la naturaleza del Ejército Azul y de su confrontación con el bando "colorado" durante 1962-63.

Los "colorados" (incluido el radicalismo del pueblo), se presentaban como la pulpa misma de la política gorila, como los herederos directos de la "revolución libertadora", como los antiperonistas recalcitrantes.

Nada hay que cambiar de estas caracterizaciones fuera del hecho de que la antigua base de masas del coloradismo —ese sector de la pequeña burguesía más tradicional vinculado como socio menor al sistema librecambista agropecuario y pro-inglés— también en los últimos años modifica su conciencia ante la agravación de la crisis.

El bando "azul" aparecía menos comprometido con el pasado, en una ambigua posición más moderada, como dejando la puerta abierta a un "diálogo" con el peronismo y los sindicatos, aunque la mera presencia de personajes como los hermanos Alsogaray autorizara fuertes dudas al respecto.

Los "azules" no asimilaban la victoria electoral de Illia, cuya política económica repitió los lineamientos clásicos de la "revolución libertadora", inflando a dos carrillos las arcas de la oligarquía. Así, la pequeña burguesía agroportuaria volvía a representar los intereses del aliado mayor oligárquico.

Cuando Illia demostró que tampoco él era capaz de resolver la cuadratura del círculo, o sea, de presidir elecciones sin proscribir formalmente al peronismo pero impidiendo que triunfara, los generales "azules" demostraron qué clase de sentimientos abrigaban hacia el movimiento nacional mayoritario y hacia la clase trabajadora, y descargaron el golpe.

En efecto, la causa inmediata del cuartelazo de junio no fue otra que el fracaso del neo-peronismo ante el peronismo ortodoxo en las elecciones de marzo en Mendoza.

Pero aún antes de este traspasé fatídico de Illia (que había maniobrado con toda sutileza para descalabrar al movimiento de Perón sobornando con fragmentos de poder a sus jefaturas provinciales y a los líderes políticos de la burocracia sindical), aún antes, en la primavera del '65, Onganía había mostrado los dientes de lobo durante su gira por Brasil, lanzando esa sucia campaña anticomunista de las "fronteras ideológicas" mediante la cual el entonces comandante en jefe ponía en evidencia su degradada condición de lacayo del Pentágono.

Desde sus orígenes, el "ejército azul" y su jefe concebían la "modernización" como el traspaso neto del poder político, militar y económico de la órbita oligárquica de tra-

dición pro-inglesa a la órbita del Pentágono, la CIA, Wall Street y el Departamento de Estado, y mostraban su "nacionalismo" desconfiando del cuarto eslabón enumerado. Ello se explica porque el poder político y civil, aún encarnando los intereses de los grandes monopolios, se ve obligado a establecer una cierta distancia, a moverse con perspectivas de mayor alcance y generalidad, a fin de asegurar su función mediadora, en tanto el Pentágono, la CIA, y, por otras razones, Wall Street, son el reinado del "doctor insólito", donde pueden retozar alegremente los cavernícolas de los ejércitos cipayos.

¿Fue Illia una "apertura" democrática?

Obviamente, esto no autoriza a que presentemos a Illia como una "víctima" de la maquinación militar, como la expresión (quizás inconsecuente, pero expresión al cabo) de una "brecha democrática" orientada a rehabilitar en sus derechos políticos al peronismo y a la "izquierda".

Esto es lo que pretende el llamado Partido Comunista y ha escrito en sus últimos folletos su difunto jefe Vittorio Codovilla. Pero se trata de una impostura. Basta examinar el Estatuto de los Partidos Políticos elaborado por Illia, cuyos recaudos "antitotalitarios" eran de tal naturaleza que cualquier cosa estaba permitida contra la soberanía popular, a condición de tener un tanque de guerra a mano. Basta examinar el Decreto reglamentario (en la práctica derogatorio) de la Ley de Asociaciones Profesionales. Basta recordar su apelación a los gorilas fascistas brasileños para impedir el viaje de Perón a la Argentina. Basta recorrer, en fin, las colecciones de las revistas "petroleras" tipo "Primera Plana" y "Confirmado" del segundo trimestre del 66, donde se debatieron públicamente, cínicamente, los verdaderos términos del problema, a saber: si el "demócrata" Illia conseguiría o no finalmente el milagro de dejar en minoría a la mayoría, de lo cual dependía su supervivencia, porque esa era la ley de juego impuesta por el Ejército Azul y acatada servilmente por Illia, Balbín, Palmero, Perette, Zavala Ortiz y demás cabezas de la UCRP.

La ceguera del llamado Partido Comunista ante este asunto se explica fácilmente por el hecho de que esa fuerza política proviene de la misma matriz histórico-social, y toda su preocupación se cifra en lograr su cuota de poder en ese reparto contubernista a costa de la soberanía del pueblo, a lo cual llaman, como es sabido, "gobierno de amplia coalición

democrática", o sea, reparto del botín tras el asalto en banda perpetrado por los viejos partidos liberal-oligárquicos.

Carácter necesario del Plan Krieger

Volviendo ahora al Ejército Azul y al contenido del Plan Krieger con la consiguiente pérdida de posiciones del núcleo oligárquico-terrateniente en beneficio de los grandes monopolios, digamos que ese Plan y el equipo que lo puso en práctica no aparecieron casualmente.

Son la culminación lógica y necesaria de esa jefatura militar, cuya razón de ser más esencial no era otra que abrir nuestras fronteras a la colonización sistemática del imperialismo y el Ejército norteamericanos, este último, "baluarte moral de Occidente".

Así el Régimen instaurado el 28 de junio se definía con caracteres propios dentro de la serie de regímenes oligárquico-imperialistas inaugurados por Lonardi en 1955.

Pero ello no autoriza, a menos de perder todo, asomo de vergüenza política, a calificarlo de "dictadura" a secas, a llamarlo la "dictadura", como les encanta hacer a los recordados "comunistas" y a otros representantes del charlatanismo cipayo, pues tal calificación involucra dos despropósitos simultáneos: primero, una condena a toda dictadura prescindiendo de su naturaleza de clase, confundiendo la dictadura revolucionaria del proletariado o la dictadura nacional-democrática de Perón con la dictadura reaccionaria de la oligarquía y el gran capital; segundo, la suposición de que "la dictadura" se instaura al desaparecer las formas (sólo las formas) de la democracia representativa, siendo que esas formas tenían un contenido fraudulento, eran una trampa a la voluntad popular, realizaban con otros métodos la dictadura oligárquico-imperialista que Onganía no instaura ni inventa: hereda, continúa y perfecciona.

La acumulación del capital imperialista

El binomio Krieger-Onganía, tal como lo señalan las Tesis Políticas de nuestro IV Congreso (1968), al sistematizar la penetración del imperialismo norteamericano, inserta la economía nacional en el ciclo de acumulación del capital imperialista.

El crecimiento industrial del período 1945-1955 se produjo principalmente en base a la acumulación de capital nacional y al creci-

miento del mercado interno. El mecanismo del control de cambios, el monopolio de las exportaciones por el IAPI, los precios diferenciales y la nacionalización del crédito bancario, permitieron derivar un porcentaje de la renta agraria y de la plusvalía imperialista hacia la naciente burguesía industrial, cuyo ciclo de acumulación se desarrollaba en base a un mercado interno en expansión.

La liquidación del sistema de economía nacional iniciada en 1955 y perfeccionada por el binomio Krieger-Onganía, cegó estas fuentes de capitalización nacional. La contracción del mercado interno, la asfixia del crédito, la desprotección arancelaria, las devaluaciones, derivaron los excedentes del trabajo nacional, nuevamente, a manos de la oligarquía, los monopolios extranjeros y los intermediarios parásitos.

La llamada inversión extranjera se convierte de ese modo en el foco principal de capitalización, y avanza como una mancha de aceite capturando las nuevas ramas industriales a la par que las antiguas empresas de capital nacional. Pero esa llamada inversión extranjera no es sino la reinversión parcial de riquezas producidas por el país, que permitirán al imperialismo nuevas y crecientes apropiaciones.

De esta manera la economía nacional, nuestro mercado interno, dejan de ser el escenario de un proceso de acumulación de capitales en base al ahorro argentino, para convertirse en eslabón subordinado y periférico del ciclo de acumulación del capital imperialista.

El nuevo César

¿En qué medida estas tendencias que caracterizaron al régimen de Onganía se continúan, agravan o rectifican en su actual sucesor?

El alivio universal que siguió a la deposición del númen del Ejército Azul es sólo un hecho psicológico. En verdad el país estaba hartado de esa cabeza abotagada, pétrea, militante y militarmente reaccionaria. Pero sus problemas no nacen de la índole personal del gobernante, ni se resuelven por una simple sucesión de individuos.

Como contribución inédita a la historia universal, la denominada "revolución argentina" inaugura su segunda etapa entronizando a un individuo cuyo rasgo más saliente era el anonimato, de modo que hubo presidente antes de que supiéramos quién era ese general que respondía al apellido de Levingston.

Es claro que "los que deciden" disponían de información más abundante. A Cincinato,

quienes lo buscaban para informarle que el Senado de Roma lo había nombrado dictador, lo hallaron en su predio, conduciendo sus bueyes y su arado. A Levingston, en la Junta Interamericana de Defensa, filial de la OEA, en Washington. El "baluarte moral de Occidente" y el Departamento de Estado conocían, pues, a Levingston, y quizá también la CIA, tratándose de un experto en "inteligencia" militar. Ignoramos si esto es coincidencia, causa o símbolo, pero nada autoriza a un presuroso optimismo.

Este carácter anónimo del personaje, según se mire, puede parecer calculado para facilitar la distensión después de 4 años presididos por la efigie totémica del autócrata. Pero es más propio decir que acentúa el escarnio a la voluntad popular, al subrayar que un "don nadie" para los argentinos puede ser tañ "alguien" para quienes deciden, que termine presidiendo los destinos del país.

El cambio de gobierno ha venido obrando como una anestesia. El "show" epidérmico de la deposición, nombramiento, jura, nuevo gabinete, primeras declaraciones, etc., a semejanza del otro "show" que fue el mundial de fútbol obran como distracción. Pero esto tiene un límite, al llegar el momento de las definiciones.

Los problemas del fraude legal

Las primeras declaraciones políticas parecían anunciar un proceso más o menos rápido de "normalización constitucional", semejante al que produjeron los gobiernos "de facto" de Aramburu y de Guido. Así obra el generalato cuando las dificultades le enseñan que ha olvidado un pequeño detalle, la política.

Pero no es fácil escoger esa salida después de haber enterrado a su turno a la mayoría (el peronismo), a la segunda minoría (el frondizismo) y a la primera (el radicalismo del pueblo).

La proscripción legal simplifica un montón de problemas, pero sus consecuencias exceden todo plan, pues involucran, conjuntamente, la anulación del proscrito y la del proscriptor. Este último descubre, aunque tarde, que el pueblo, impedido de votar a su candidato, aún puede votar **contra** el candidato oficialista, que en el 58 era Balbín y en el 63, Aramburu, dando el gobierno a un tercero en discordia: Frondizi, Illia. Poco importa que ese tercero se comporte con puntual obsecuencia. Ha nacido con un pecado original ante los ojos de los pretorianos: el haber ganado con votos proscritos. Al primer traspié se lo echa por la borda.

Pero la situación hoy es más grave que

en el 58 o en el 63 por los considerables desplazamientos en la actitud política de las clases. Como quiera que sea, Illia o Frondizi disponían de una base electoral propia bastante considerable aunque minoritaria. Las barricadas del 69, sin embargo, presenciaron la confluencia del proletariado, la pequeña burguesía estudiantil y los vecindarios de clase media (tanto barriales como céntricos). El margen electoral de maniobra se ha achicado peligrosamente.

Obstáculos a una dictadura semifascista

En cuanto a una "solución" estilo Brasil o Grecia que apele francamente a los métodos semifascistas, también presenta obvias dificultades en la Argentina por la profunda tradición democrática de la pequeña burguesía y la imposibilidad de crear en ella una psicosis anticomunista a fin de arrojarla contra la izquierda y el movimiento obrero. Esta psicosis existió en 1955, y estaba referida al peronismo; pero se evaporó por el fracaso político y económico de los regímenes de la "revolución libertadora", incluido el actual. Una dictadura de derecha supone también una base de masas, tanto más en un país complejo como el nuestro.

Sería difícil subestimar la importancia de la tradición democrática de la pequeña burguesía argentina; y expresaría un marxismo mecánico quien arguyese que eso es irrelevante "superestructura".

La propia historia oficial, el desenmascaramiento de cuyas mistificaciones se supone que algo hemos contribuido, explica nuestros orígenes independientes a partir de actos de soberanía popular revolucionaria como la deposición de Sobremonte y el armamento de las milicias criollas; y por la influencia del jacobinismo tumultuario y extremista y de la revolución norteamericana.

La Constitución, cuya eficacia más considerable no residió en su práctica sino en su enseñanza, consagra el sufragio universal, las libertades fundamentales y el derecho a armarse en defensa de aquélla. El yrigoyenismo inscribió profundamente en la conciencia política de vastas masas la mística del sufragio, y una de las consignas básicas de Perón en 1946 fue: "La era del fraude ha terminado".

No necesitamos recordar aquí cuánto esta conciencia democrática ha sido tergiversada y corrompida por su maridaje con el liberalismo oligárquico, hasta convertirse en un demócratismo formal y cipayo que no se realizaba en el cumplimiento de la soberanía nacional y como un arma para conseguirla, sino contra ella, es decir, invocando el privilegio

de "derechos individuales" contra el movimiento de liberación de las masas argentinas.

Pero este maridaje pertenece a circunstancias históricas superadas, y no corresponde siquiera a la tradición yrigoyenista, de acuerdo a la cual "la revolución está en la ley moral de las sociedades" y "las autonomías son de los pueblos, no de los gobiernos".

En todo caso, al entrar en descomposición el régimen semicolonial por obra de la crisis mundial imperialista, la oligarquía y su sistema se colocan abiertamente contra la misma legalidad que enarbolaron mientras supusieron que podían controlarla, exacerbando en su contra la tradición democrática, sedimento ideológico de la pequeña burguesía. Este elemento juega con bastante peso contra las veleidades de romper el nudo gordiano apelando francamente a una dictadura terrorista de derecha.

McLoughlin, o el intelecto del gatillo

Las primeras manifestaciones políticas del equipo de relevo han sido de una alegre irresponsabilidad "democrática". "Nunca más habrá proscripciones", llegó a afirmar el comandante en jefe de la Armada recurriendo a un giro verbal lapidario para quienes las implantaron generosamente en los últimos 15 años. Se declaró abolida la división en "tiempos" destilada por Onganía.

Pero estas declaraciones fueron velozmente arriadas cediendo el lugar a una lógica cautelosa. El actual ministro del Interior, ex integrante del gabinete de Aramburu, embajador de Onganía ante la reina Isabel, expuso en Londres su propio concepto sobre la "democracia representativa" ante cuyos altares reza oración todos los días.

Anunció que esa "democracia" será sólida si los nuevos políticos no incurren en el error de los antiguos, que carentes de la indispensable "formación técnica" cayeron sin proponérselo por la pendiente "demagógica".

La "formación técnica" del brigadier ha de referirse, se supone, a materias tan sutiles como el modo de bombardear un objetivo desde el aire o de derribar un Mirage con un Gloster de la Segunda Guerra Mundial. Pero esta disposición del dedo en el gatillo lo habilita por lo visto, no sólo para departir cultamente con Su Majestad Británica, sino para dictaminar respecto a la formación en cuestiones económicas de los futuros gobernantes, previniéndolos sobre la "inestabilidad democrática" que caería sobre ellos si por ignorancia cedieran a la pendiente "demagógica".

No existen dudas sobre el hecho de que el brigadier McLoughlin entiende por "forma-

ción técnica" el compartir el recetario ideológico de los economistas del imperialismo, el culto a la "estabilidad", y que cumplir la voluntad del pueblo, o sea, sujetarse a los dictados de una economía científica, es "demagogia". En otros términos, habrá "democracia" para decir amén a lo resuelto por los hombres del gatillo, que dicen amén a lo resuelto por los hombres del capital extranjero.

Cáceres Monié, palabras oscuras para fines claros

Por su parte, el ministro de Defensa, Cáceres Monié, en uno de los reportajes más rocambolescos de los últimos tiempos, expresaba que las condiciones estaban verdes, institucionalmente hablando, para convocar a elecciones, aunque el pueblo está maduro para votar mañana mismo. Este trabalen-guas mental no revela, como podría sospecharse, que el cerebro del ministro sea una niebla londinense. Sus palabras son enmarañadas porque su cabeza sabe con claridad qué es lo que quiere.

Justamente, porque el pueblo está maduro para votar mañana mismo es que los comicios están verdes, pues se trata nada menos de lograr que el pueblo vote pero no elija, y que esto suceda sin fraudes ni proscipciones aparentes, lo cual supone haber tejido con paciencia de Penélope, una telaraña tramposa, saliendo de la cual nadie sepa si un círculo es redondo o es cuadrado.

Y así resulta que, abolidos los tiempos, se reintroducen por la simultaneidad, dependiendo la solución de "lo político" de la conjunta solución de lo "económico" y "social", cuando lo único que interesa realmente es que sin solución política fundada en el pleno ejercicio de la soberanía popular, lo "social" y "económico" serán coto cerrado de los monopolios extranjeros.

Moyano Llerena en acción

Esta confusa y difusa retórica democrático-representativa contrasta con la nitidez meridiana en dos cuestiones: la económica y la ley de pena de muerte.

La ley de pena de muerte consuma la hipótesis contemplada por el anatema del artículo 29 de la Constitución Nacional, pues dueño ya el Ejecutivo de la facultad personal de legislar, ahora tiene el instrumento legal

para imponer a los jueces la obligación de condenar a muerte por simples presunciones y hasta por hechos subsidiarios de otros que no merecen tal condena, con lo cual la vida, el honor y la fortuna de los argentinos se encuentran bajo el puño de un poder discrecional y usurpador.

En cuanto a la conducción económica, al margen de cualquier examen de fondo, la devaluación del peso aparece como una contraseña de respetabilidad, pues todo ministro serio, es decir, con la "formación técnica" que agrada a McLoughlin, es decir, ligado por fuerza a los capitales extranjeros como piensa Onganía, se inaugura devaluando, llámese Alsogaray, Pinedo, Krieger o Moyano.

En cuanto al análisis de fondo, la medida —según se dijo— no afectaría los costos industriales de importación, pues serían rebajadas proporcionalmente las tarifas. Cabría preguntar porqué entonces devalúan si lo que ingresa al fisco por la diferencia entre dólar de exportación (retenciones) y dólar de importación, se pierde por la menor recaudación aduanera.

Lo que hay de concreto en esta aparente complicación inútil es que, al desarrollarse la inflación de costos, el saldo final neto será una caída permanente de la protección aduanera.

El segundo rasgo de la política económica parece residir en un reajuste de relaciones entre la oligarquía y el capital extranjero devolviendo a los latifundistas parte de lo que les fuera arrebatado en el último reparto del botín. El campo sería "estimulado" y se prestan oídos tiernos a sus reclamos de obtener el "producto íntegro".

El tercer rasgo de la política económica reside en la heterogeneidad del elenco ministerial, apuntada con inquietud por el "Financial Times", de Londres, pues junto al ortodoxo titular de Economía figura el nuevo equipo del CONADE y, sobre todo, un estructuralista tan notorio como el doctor Aldo Ferrer, quien por lo visto ama sus ideas, pero más todavía la respetabilidad de un ministerio o, al menos, de una secretaría.

En rigor, la distensión psicológica del relevo no puede sino reflejarse en esta yuxtaposición de contrarios, en esta simultánea satisfacción a las demandas de Dios y del Diablo, sin resolver ni superar sus antagonismos, simplemente sumándolos.

En general, parece advertirse algo así como una vuelta a la "ortodoxia" del Plan Krieger, anulando las desviaciones a que Onganía tuvo que someterse para salvar el pellejo después de mayo y, sobre todo, de octubre del año pasado.

Durante las semanas y meses que se abren es de prever un renacimiento de la actividad política. Nuestro Partido deberá realizar un

esfuerzo serio y sistemático para ponerse en condiciones de aprovechar al máximo, las oportunidades que se abran.

La cuestión electoral

Todo el sector de la ultraizquierda ha comenzado a parlotear contra las presuntas elecciones que prepararía el nuevo gobierno. Para la ultraizquierda, lo blanco es blanco y lo negro es negro, la elección es la elección y la revolución es la revolución. Por nuestra parte no hemos de pronunciarnos sobre una convocatoria electoral hipotética que permanece en el limbo de las posibilidades equívocas y abstractas. El Partido se pronuncia sobre hechos, pero no sobre hipótesis.

Lo único que de momento haremos es refrescar entre toda la militancia la rica literatura marxista acerca de la cuestión electoral, y los antecedentes de las posiciones partidarias frente a anteriores comicios, por ejemplo, los de 1963.

En 1963 enfrentamos el votoblanquismo y abstencionismo de la izquierda, que esgrimía tres argumentos principales: (1) La clase trabajadora había dejado de "creer" en las elecciones como ruta hacia el poder; (2) Las elecciones eran fraudulentas pues (en un primer momento) se permitía una limitada concurrencia del peronismo; (3) Los candidatos peronistas (Matera, Unión Popular) eran traidores, capituladores y reaccionarios.

Por nuestra parte, imposibilitados de presentar nuestros propios candidatos por los vericuetos de la reglamentación electoral, decidimos el apoyo a las listas de legisladores de la Unión Popular, y la abstención en las elecciones presidenciales, donde el peronismo apoyaba el "frente" de Solano Lima.

¿A qué se debía este distingo? A que debía fijarse un requisito mínimo pasado el cual el sistema proscriptivo obligaba a la abstención o el voto en blanco. El requisito mínimo era que el peronismo se presentara con sus propios candidatos. La fórmula de Solano Lima, en cambio, representaba una opción semejante a la de Frondizi en 1958. Como se ve, no caben pronunciamientos apriorísticos en la materia.

El argumento de que los trabajadores "no creen ya" en las elecciones como ruta hacia el poder fue rechazado por nosotros por equívoco y falso, pues una cosa es pensar que las elecciones conducen al poder y otra, que podemos servirnos de ellas para los fines de la clase trabajadora. El uso del voto ha permitido a los trabajadores argentinos, por ejemplo, derrotar a Balbín en 1958 y al fusilador Aramburu en 1963. El uso del voto

permite a la clase trabajadora efectuar un recuento periódico de sus fuerzas y arrebatarse a la burguesía, llegado el caso, la bandera de la legalidad. Así lo afirmó Engels a fines del siglo pasado hablando de los progresos electorales de la socialdemocracia alemana.

La clase trabajadora argentina, con su intuitivo realismo, jamás ha creído en la sinceridad electoral de los gorilas, pero ha tenido una actitud concurrencista, pues comprende que no es posible facilitar con la pasividad las maniobras del fraude legal. Sólo apoyó masivamente el voto en blanco en las elecciones para la Constituyente de 1957, que carecían de toda significación práctica.

Tampoco podíamos admitir la conclusión extraída del carácter fraudulento del proceso electoral, pues esto esconde el prejuicio liberal de suponer que si desaparecieran las trabas del fraude legal los comicios serían honestos. La democracia burguesa está siempre falseada por la dictadura económica y política de la burguesía. Pero esto no significa que no hayamos de utilizar sus instituciones como tribunas revolucionarias. Los bolcheviques rusos rectificaron la posición de boicotear las elecciones a la segunda Duma tal como lo habían hecho para la primera.

¿Es que ambas Dumas no habían sido fraudulentas? Lo eran en alto grado, pues establecían el voto y la representación por clases sociales, de modo que los diputados obreros y campesinos, aunque expresando a más del 90 por ciento de la población, eran minoría respecto a los diputados de la burguesía y de los terratenientes.

¿Por qué era correcto boicotear a la primera Duma? Porque el movimiento de masas había logrado en 1905 organizar con los soviets de obreros y campesinos un foco de poder dual. El germen de Estado revolucionario estaba en condiciones de atraer a las masas y lanzarlas a la lucha contra el Estado zarista. Carecía entonces de sentido convalidar el Estado reaccionario de la nobleza concurriendo a las elecciones a que convocaba.

Un año después, con el reflujó del movimiento, la situación había cambiado. La abstención era una actitud moral, no una respuesta política.

Por último, poco nos importaba al apoyar a los candidatos de la Unión Popular, que fuesen corruptos, capituladores y reaccionarios. Precisamente, esa era una de las causas de nuestro apoyo, la necesidad de que emergiendo esa dirección del movimiento popular a la acción pública se delimitaran objetivamente los campos, se desenmascararan los traidores. Los apoyábamos, pues, según la conocida expresión de Lenin hablando del apoyo a los laboristas ingleses, "como la sogá apoya al ahorcado".

En rigor, dadas ciertas condiciones mínimas de legalidad, la cuestión de la concurrencia electoral está zanjada para los marxistas desde hace décadas. Quien quiera asumir la tradición del anarquismo desmascarada por Engels en "Los bakuninistas en acción", por Lenin en "El izquierdismo..." y "El estado y revolución", por Trotsky en sus trabajos sobre la revolución española, que lo haga, en buena hora. Nosotros los ayudaremos, les daremos ánimo y fuerza para que se hundan rápidamente en el pantano.

Empleo revolucionario de la violencia

La política revolucionaria se funda en el desenvolvimiento de la acción de masas, de las capacidades de las clases oprimidas para enfrentar el sistema económico, político y represivo de las clases explotadoras. La piedra de toque de una política revolucionaria reside en la aptitud de estimular, profundizar y centralizar la acción de masas. Las experiencias del 69 pusieron de manifiesto el inmenso poder que se encierra en las clases oprimidas cuando se lanzan a enfrentar al Régimen. La violencia revolucionaria no puede plantearse al margen de la acción de masas sino como un momento de esa acción, si no quiere caer en la esterilidad, si no quiere separar a los cuadros más combativos y abnegados, del movimiento histórico real de las clases oprimidas y entregarlos a un sacrificio doloroso e inútil.

Las clases explotadoras quieren rebajar la insurgencia popular a la categoría de la crónica policial, y no cabe facilitarles la tarea con acciones de carácter meramente conspirativo por las cuales pequeños grupos de revolucionarios se enfrentan con sus solas fuerzas al aparato de represión del Estado oligárquico.

El derecho de oponer la violencia revolucionaria a la violencia oligárquica está fuera de cuestión. Sólo pueden negar el derecho a suprimir a un agente de la CIA que opera como asesor policial, como experto en torturas, en un país de América latina, quienes se colocan del lado de los torturadores, del lado del país imperialista opresor, contra el pueblo latinoamericano, contra los patriotas revolucionarios latinoamericanos.

Sólo denuncian esa violencia quienes militan como defensores de la violencia originaria, general y cotidiana que corroe nuestras sociedades, la violencia de la explotación, el hambre, la falta de techo, el desempleo, la frustración nacional, el envilecimiento cultural, la mentira, los atropellos, la tor-

tura, el fraude y la corrupción.

Pero el enjuiciamiento moral de la violencia es sólo un aspecto del problema, ya que no basta hablar de la licitud de la violencia revolucionaria prescindiendo de examinar las condiciones políticas de su empleo.

Nosotros examinaremos con sumo cuidado todas las experiencias que nos ofrece la realidad latinoamericana, y estamos incondicionalmente del lado de los revolucionarios, dispuestos a aprender de sus aciertos y también de sus errores.

Pero hemos señalado que la estructura social y demográfica de nuestro país excluye la guerrilla como método central de lucha, a diferencia de otros países de América latina donde existe una cuestión agraria predominante, una explotación semifeudal de grandes masas campesinas, y en los cuales la guerrilla —no en todos los casos— puede ser un camino apto de lucha.

Con todo, la guerrilla campesina no involucra un empleo abstracto, minoritario, de la violencia, en cuanto la guerrilla, por encima de su faz militar (que es lo aparente), es el partido político nucleador del campesinado, un partido en armas que promueve, despierta y concentra la iniciativa revolucionaria de una clase dispersa, castigada por déspotas locales y por las fuerzas del poder central.

La transposición mecánica de este sistema de lucha a las ciudades pasa por alto la médula política, centralizadora e impulsora del accionar de una clase campesina, que tiene la guerrilla. Olvida que las clases oprimidas urbanas, por su estructura y natural concentración, disponen de otros medios para expresarse y centralizarse. Al aislar al aparato clandestino de las tareas de organizar, promover y dirigir el movimiento de masas, la guerrilla urbana gira en el vacío, por espectaculares que puedan resultar algunos de sus éxitos, precisamente porque no realiza ese encuadramiento de las clases oprimidas para la acción, que es lo que lleva a cabo la guerrilla rural existiendo un problema campesino.

Papel protagónico de las masas

Con bastante frecuencia, el planteo minoritario y conspirativo de la violencia transfiere al campo de la lucha revolucionaria los prejuicios subjetivistas y el individualismo hegemónico de la pequeña burguesía. De esta manera la violencia opera en estos casos como una variante de la política burguesa —variante de avanzada, pero variante al fin—, con la pretensión de hacerlo todo en

bien de los oprimidos, pero nada a través de los mismos oprimidos.

La política revolucionaria niega que las clases oprimidas puedan espontáneamente derribar el sistema de las clases explotadoras, porque éste es un sistema altamente centralizado en todas sus fases, en las comunicaciones, en el aparato de la prensa, en la organización burocrática, militar y policial, en la cultura y la enseñanza, en la experiencia política secular de las clases dirigentes, en la influencia y penetración sobre los organismos de las clases oprimidas.

En consecuencia las clases explotadas deben generar su propia centralización revolucionaria, y sólo de ese modo se convierten en clases desarrolladas y maduras, dejan de ser meros agregados sin cohesión ni independencia.

El partido revolucionario es, pues, la mediación necesaria para que la dispersión de una clase oprimida revierta en una totalidad combativa y dinámica.

Pero esa totalidad está latente en la misma dispersión inicial de modo que el partido no ejerce una tutoría ni una dictadura sobre la clase, es una instancia mediadora para que la clase misma pueda realizarse en la lucha y extrae su fuerza y razón de ser de la clase a la cual representa. Esta es la diferencia esencial entre la política revolucionaria y la violencia conspirativa aislada de las masas.

La política revolucionaria sintetiza en un sólido haz los dos elementos que se dan disgregados en las instancias iniciales del proceso: la acción de los cuadros militantes dispuestos a luchar hasta el fin contra la sociedad oligárquico-burguesa y el reformismo sindical que parcializa y limita la lucha de masas dentro de los marcos de esa misma sociedad.

El asesinato de Aramburu

El tema de la violencia ha sido puesto en el candelero por la prensa oligárquica y los voceros de la Argentina oficial. La muerte de Aramburu ha servido de pretexto para una ley draconiana cuyos reales destinatarios son los trabajadores argentinos. No ha sido una sorpresa, por cierto, que la primera vez que se habló de aplicar la ley de pena de muerte haya sido en relación con las ocupaciones de plantas automotrices en Córdoba, es decir, contra un movimiento reivindicatorio de la clase trabajadora.

Naturalmente, nosotros no aprobamos la

la pretensión del gobierno de convertirlo en un héroe nacional. El fusilador de Valle, Cogorno e Ibazeta, el que prohió las masacres de Lanús y José León Suárez, será un héroe de la oligarquía vendepatria, pero no es un héroe nacional.

Si desaprobamos el oscurísimo proceso de su muerte, es por considerar que, de acuerdo a los comunicados de los presuntos secuestradores, se trataría de un acto de vindicta, puesto que la persona del fusilador se declaraba "no negociable". Ahora bien, nosotros estimamos que el único titular de la justicia revolucionaria es el pueblo mismo, y que nadie tiene derecho a invocar su muerte de Aramburu pero desenmascaramos testad, si no que debe lucharse para que el pueblo se libere y pueda ejercer su propia soberanía.

Los actos de violencia y represalia del movimiento revolucionario no pretenden expresar una "justicia". Tienen un fin práctico de autodefensa para debilitar la violencia oligárquica y sólo a la luz de este fin práctico resultan admisibles, y en tanto puedan llegar a ser, comprendidos por las masas.

El argumento de "impedir" con el asesinato la presunta maniobra por la cual Aramburu, pactando con Perón, se habría convertido en el candidato presidencial de un frente, es un calco del que sin duda condujo al asesinato de Vandor.

Si por un momento adjudicamos este modo de razonar a algún sector subjetivamente "del lado del pueblo", se echa de ver la flagrante contradicción entre una tal subjetividad y los hechos objetivos, pues todo el planteo se funda en una esencial desconfianza sobre el discernimiento político de la clase trabajadora, como si fuese necesario suprimir a quienes le tienden lazos para librarla de caer en engaños.

Naturalmente la clase trabajadora no ha acompañado las jeremiadas de la oligarquía ante el cadáver de uno de sus jefes. Por el contrario, el espectáculo le ha permitido corroborar la íntima vinculación entre esta segunda etapa de la llamada "revolución argentina" y los gobiernos de la llamada "revolución libertadora".

La oligarquía reaccionó con pánico ante el asesinato al sentir que tampoco sus hijos son inmunes a la salvaje violencia por ella misma instaurada. Ya se había hecho sobrentendida y cínica costumbre la suposición de que ciertas muertes están destinadas a perpetua incógnita, a cruel impunidad, por una especie de razón de Estado. Pero ahora no estamos ante el asesinato de Vandor o Vallesse, de Mussy o Retamar, de Blanco o Pampillón, de Valle o de Cogorno, sino ante el cadáver de un personero del Régimen, del fusilador Aramburu. Entonces el asunto cam-

bia porque hay dos leyes, la boca ancha y la boca angosta del embudo. También esto ha sabido anotar la clase trabajadora.

Provocación contra los curas del "Tercer Mundo"

Así como la ley de pena de muerte dirigida contra el movimiento obrero fue la primera respuesta del Régimen al secuestro de uno de sus héroes, la ofensiva contra los curas del Tercer Mundo ha sido la segunda respuesta.

En esta hipócrita campaña ha servido como pretexto la presunta conexión de dos sacerdotes con el secuestro de Aramburu. La propia prensa burguesa, en particular algunos semanarios informativos, se ha encargado de desmenuzar todas las incongruencias, contradicciones y vacíos de la versión policial sobre el secuestro, y es posible que en la etapa judicial muy poco de lo "descubierto" quede en pie. Pero ni aún la policía se ha atrevido a concretar cargos contra el sacerdote Rojas, y de todo el endeble andamiaje fabricado por ella el capítulo referente al cura Carbone es el más irrisorio.

Sobre estas bases el presidente de la República se ha atrevido a convocar a los obispos para ejercer una presión que los representantes de Dios parecen tolerarle al César oligárquico.

Los socialistas de la izquierda nacional denunciaremos esta campaña indigna que cuenta con la complicidad de la alta jerarquía eclesiástica, campaña llevada enteramente con el espíritu reaccionario de clase y con la técnica de la "amalgama" policial.

Al mismo tiempo, señalamos que esa campaña se ha visto facilitada por la inmadurez y errores de algunos sacerdotes del Tercer Mundo, cuyas declaraciones derivan hacia un verbalismo revolucionario abstracto, como si olvidasen que la tarea capital que ellos enfrentan consiste en mantener su conexión viviente con los católicos militantes y estimular su toma de conciencia social y nacional, y no en responder a los requerimientos de una pequeña opinión pública formada por ciertas minorías de activistas.

Los sindicatos y sus tácticas de presión

La unificación del movimiento sindical se ha realizado al cabo de un arduo proceso de digitaciones urdidas por el secretario de Trabajo de Onganía, San Sebastián. El resul-

tado, sin embargo, no fue el previsto por los autores del experimento y el centro del poder se desplazó del "participacionismo" a lo que podríamos denominar el "centro" vanguardista. Este resultado se explica en parte porque la operación quedó sin cobertura en sus tramos finales ante el relevo de gobierno, y, sobre todo, por la imposibilidad objetiva de concesiones suficientes por parte de Onganía o de sus sucesores.

Hasta el derrocamiento de Illia el movimiento sindical disponía de un margen de maniobra creado por la escisión entre el poder legal del Estado y el poder militar represivo, y porque el poder legal debía ceder en parte atendiendo a obvias cuestiones electorales.

Esto permitía a la burocracia sindical ensayar métodos de acción directa en vasta escala como los Planes de Lucha con ocupaciones de fábricas o sin ellas, que configuraban una táctica "revolucionaria" puesta al servicio de una estrategia reformista. Los sindicatos actuaban como grupos de presión, y desplegaban la acción directa con el fin de mejorar su posición negociadora de la venta de fuerza de trabajo. Por eso los Planes de Lucha, que encontraban como eje operativo las organizaciones mejor estructuradas, en particular la Unión Obrera Metalúrgica, ponían al desnudo finalmente la impotencia estratégica del movimiento sindical "puro" para enfrentarse al sistema oligárquico en su conjunto.

En rigor, la jefatura sindical se movía con una vaga perspectiva de encontrar una espada salvadora que reconstituyese la fórmula bonapartista del peronismo, sin advertir que las condiciones que la hicieron posible en 1945 ya no se daban a partir de 1955, pues el deterioro económico general y la creciente penetración imperialista habían suprimido las bases materiales para un "acuerdo de clases", y hoy la independencia económica, la soberanía política y la justicia social sólo pueden plantearse en base a transformaciones revolucionarias del régimen de propiedad.

Cuando el movimiento sindical, a principios de 1967 intentó reproducir contra Onganía los mismos métodos de lucha, se encontró con las respuestas de un poder concentrado, sin ataduras electorales ni escisión entre la autoridad legal y el brazo militar, que ahora eran una misma cosa.

Ese nuevo poder extraía su justificación de un programa económico basado en la estricta congelación de salarios que excluía de antemano toda veleidad negociadora. Este fue el colapso del vanguardismo, que se prolonga desde el verano de 1967 hasta el otoño del 69, después de los sucesos de Córdoba. En efecto, si no había margen político ni

económico para negociar, el vandorismo debía llamarse prudentemente a silencio.

Dos respuestas ante Onganía

Sobrevienen ante la nueva situación dos respuestas polarizadas que se repartirán el campo sindical en los años siguientes. Por un lado, el "participacionismo" que a diferencia del vandorismo no se plantea una táctica presionadora-negociadora, cómplice en última instancia del sistema pero no cómplice gratuita, y acepta de antemano el papel de comparsa, recibiendo lo que el autócrata quiera o pueda arrojarle.

Los líderes participacionistas provienen de sindicatos que han perdido toda fuerza de presión (Vestido, Prensa, Textiles) o de gremios cuyos sectores privilegiados esperan beneficios de la política entreguista y oligárquica (Construcción, por el "boom" transitorio de la edificación de lujo).

Pero la posibilidad de consolidar una fuerte ala participacionista es más que remota, porque la política económica de Krieger Vasena excluye todo margen de maniobra.

La segunda respuesta es la que se manifiesta con el Congreso "Amado Olmos", normalizador de la CGT y la constitución de la CGT de los Argentinos. Aún después de retirarse los participacionistas y el centro "vandorista", el Congreso funciona con quórum propio si se computan, como corresponde hacer, a los delegados de los sindicatos intervenidos, principalmente los de la Unión Ferroviaria.

La importancia de esta tentativa nucleadora es el reconocimiento de que la lucha sindical debe avanzar resueltamente más allá de las tácticas de presión, y asignarse como objetivo político el derribar el régimen oligárquico-imperialista en la Argentina.

La CGT de los Argentinos

La CGT de los Argentinos fue un frente de fuerzas necesariamente heterogéneas: sindicatos peronistas de la línea combatiente, direcciones peronistas burocratizadas, direcciones de la línea "independiente" (es decir, ligadas a la UCRP, el socialismo "democrático" y el bando colorado) y la variante stalinista de esta línea, el MUCS.

A este conglomerado debe añadirse un nuevo elemento que la CGT de los Argentinos procura integrar a su estructura: los

activos militantes de la izquierda en todos sus matices y del peronismo pequeño burgués "revolucionario" de nueva y vieja data. Semejante mosaico no podía obrar positivamente por su babélica heterogeneidad, pese a lo cual el grupo hegemónico de la CGT de los Argentinos (Ongaro-De Luca) pretendió servirse de él como corporización militante.

Esto apuntó a la debilidad esencial de la CGT de los Argentinos, la cual aplicó los métodos sindicales clásicos para resolver tareas que ella misma había definido como de carácter político-revolucionario.

El Partido Socialista de la Izquierda Nacional puso de manifiesto en su momento esta contradicción, no para invalidar pedantemente la experiencia que se realizaba sino para indagar de qué modo, partiendo de los niveles existentes, podía generarse un nivel superior.

En un sentido teórico abstracto cabía decir que la CGT de los Argentinos se había dado objetivos y un programa cuyo cumplimiento suponía la existencia de una vanguardia obrera militante poderosamente estructurada, ligada íntimamente a los sindicatos pero independiente de ellos, es decir, suponía la existencia de un partido obrero revolucionario.

Pero en política no es posible divagar sobre lo que ocurriría si existiera lo que no existe. La contradicción entre el programa de la CGT de los Argentinos y los límites de la estructura sindical pura, podía empezar a resolverse —afirmábamos— si las direcciones sindicales del peronismo combatiente eran capaces de utilizar los resortes de sus gremios con un doble propósito: el primero, fortalecerlos y democratizarlos para robustecer su capacidad negociadora, asumiendo así de la mejor manera las funciones insoslayables del reformismo sindical; la segunda, propiciar, sirviéndose del aparato sindical y de la legalidad sindical, la constitución de un sistema militante paralelo, reclutando y educando a jóvenes cuadros extraídos de los talleres.

Naturalmente, advertíamos que un sistema de jóvenes militantes obreros organizados en una estructura para-sindical no es el partido revolucionario, en cuanto la organización política de la clase oprimida supone la presencia de la ideología revolucionaria (el marxismo, el socialismo de la izquierda nacional) como fuerza educadora y aglutinadora de los cuadros.

Pero considerábamos que éste era un paso posible hacia el partido revolucionario, una tarea cuya necesidad emergía de la consideración objetiva e inmediata de los problemas planteados, de suerte que era posible emprenderla sin poner por delante una abstracta discusión ideológica.

A nuestro juicio, la lucha por el cumplimiento consecuente de las tres banderas del movimiento nacional conducía por imperio de los hechos, en un momento dado, a que los mejores cuadros se plantearan el problema de la ideología socialista revolucionaria, no a partir de formulaciones abstractas e impuestas desde afuera, sino a partir de su propia experiencia.

Un planteo de transición

Sabedores de que una publicación periódica puede obrar como organizadora colectiva, propugnábamos sistematizar una red de corresponsales y distribuidores en cada establecimiento de los sindicatos adheridos a la CGT de los Argentinos, del semanario "CGT".

Para sintetizar nuestro punto de vista dábamos vuelta la consigna formulada por Ongaro de "rebelar las bases de los sindicatos vandoristas y participacionistas", afirmando: "Antes de rebelar las bases de esos sindicatos es imprescindible rebelar las propias bases". Con ello apuntábamos al "vandorismo" y al "participacionismo" —como métodos generales de manejo sindical despolitizado— de los sindicatos antivandoristas y antiparticipacionistas.

También apuntábamos a la incongruencia de querer utilizar los activos militantes de la izquierda pequeño burguesa para hacer de puente entre la dirección de la CGT de los Argentinos y las bases obreras, en lugar de construir ese puente mediante un nuevo sistema militante extraído de esas mismas bases.

Nuestros planteos chocaron con un muro de amable hostilidad o sordera, incluso entre nuestros mejores amigos del peronismo sindical. Ello pudo deberse en parte a que el auge que entonces experimentaba el neoperonismo del FEN en Buenos Aires hizo abrigar esperanzas de disponer de "mano de obra barata" para las necesidades de la CGT de los Argentinos, exenta de los sobresaltos ideológicos inherentes a nuestro programa socialista revolucionario.

En verdad, el oportunismo táctico del FEN (una variante de economismo) disolvía las cuestiones programáticas, en una divinización del perpetuum mobile, y utilizaba el mito de la CGT de los Argentinos, dentro del estudiantado, como sustituto ideal de la tarea de construir un partido revolucionario. Con semejante perspectiva, el FEN y otras

corrientes se servían de la CGT sin servirla, y ayudaron a su disolución y fracaso.

Pero la causa profunda de este fracaso está en la dirección gremial misma, cuya resistencia a afrontar las tareas inherentes al programa enarbolado expresaba un ejemplo límite de reformismo sindical.

De esta manera, la CGT de los Argentinos naufragó en el declaracionismo y en el extremismo táctico. Todo un grupo de direcciones retrocedió hacia el centro vandorista (FOETRA, Sanidad) y otras se debilitaron tanto como para facilitar los golpes represivos del gobierno.

Los acontecimientos de mayo del 69 tomaron de improviso a todos los sectores del movimiento sindical. Ni el centro vandorista ni la CGT de los Argentinos tuvieron participación alguna en su gestación y desarrollo. Políticamente la CGT de los Argentinos encontraba una oportunidad para robustecerse, pues los hechos confirmaban la tesis de luchar (y no negociar) frente al gobierno. La jefatura vandorista, si bien globalmente desautorizada por las masas, se enancó a la movilización con el fin de controlarla, lanzando el paro general pacífico que inmovilizó a Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. Seguidamente exigió la "unidad de la CGT" como condición previa a un segundo golpe, es decir, el sometimiento incondicional al sólido aparato vandorista de una CGT de los Argentinos organizativamente débil pero políticamente fortalecida.

Esta exigencia, según se pretextó, pretendía impedir que Ongaro capitalizase en su beneficio un segundo paro general, argumento absurdo pues el prestigio de un movimiento favorece a quien lo asegura, no a quien lo proclama. Pero el vandorismo no quería encabezar realmente una segunda ofensiva contra el gobierno sino amenazarlo con ese nuevo golpe a fin de obtener su capitulación, para lo cual debía cubrirse las espaldas impidiendo que una dirección más enérgica lo desplazase al quedar en descubierto la maniobra.

Estas maquinaciones costaron la vida a Vandor, pues un sector del gorilismo recalcitrante consideró inadmisibles la temida alianza entre la jefatura sindical y el autócrata, por la cual éste se liberaría del abrazo de Krieger, cambiando de base social como de camisa.

Los herederos de Vandor se encontraban con un Onganía ablandado, pero en los límites de una economía menesterosa que agotaba rápidamente sus posibilidades.

Al mismo tiempo, de las conmociones de mayo y junio surgía una nueva distribución de fuerzas en el campo sindical. Por vez primera en la historia del movimiento obrero argentino, las CGT del interior (sólo formalmente cabe hablar ahora de "regionales")

aparecen con fisonomía autónoma, especialmente las de Córdoba y Rosario. Dentro de ellas operan las fracciones de Vandor, Ongaro y de los "independientes"; pero sujetas a una nueva totalización.

El debilitamiento y declaracionismo de la CGT de los Argentinos le impide aglutinar ese reordenamiento, y la política capituladora del centro de Azopardo obliga al interior a delimitarse.

De esta manera se consagra organizativamente la disparidad de ritmos entre el Gran Buenos Aires y las provincias. Pero semejante polarización pone al descubierto una impotencia tanto como un avance, pues sin la clase trabajadora del cinturón porteño las movilizaciones del interior se estrellan contra las fuerzas del poder central.

La propia expresión "interior" es aquí equívoca, pues corresponde distinguir el movimiento obrero en las provincias más directamente desmanteladas y con un grave problema emigratorio como Tucumán o Chaco, las de débil clase obrera como Salta, Santiago y Corrientes, y las de capitalismo industrial relativamente desarrollado aunque sujeto a una crisis más aguda que la de Buenos Aires como Córdoba y Santa Fe (Rosario), siendo estas últimas los focos principales de combatividad.

Para el movimiento obrero, uno de los problemas esenciales del período en curso consiste en superar la paralización regional, revirtiendo hacia el cinturón obrero de Buenos Aires las pautas de combatividad que signaron las movilizaciones de Córdoba, Rosario, etc.

Es simplista imaginar que esta superación de los grandes aparatos nacionales con sede en Buenos Aires ha de producirse por el enfrentamiento sin más de "las bases" con las "direcciones frenadoras" y cualquiera con mínima experiencia de lucha a niveles de fábrica, comisiones internas y seccionales sabe que la "rebelión de las bases" es una frase inconsistente si no se forjan los instrumentos prácticos de semejante rebelión. Estamos mencionando una lucha gris, dura, larga y compleja que no admite presurosas retóricas ni oposiciones netas de luz y sombra.

Sobre todo, es preciso tener en cuenta el carácter contradictorio en todos los niveles del movimiento sindical. La "rebelión del interior", por ejemplo, fue el producto de poderosas presiones desde abajo; pero el movimiento se puso en marcha bajo la dirección de burocracias sindicales no diferentes en esencia de las que operan sobre Buenos Aires: entre un Elpidio Torres y un Vandor, entre un Tosco y un Scipione, la diferencia es sólo de grado.

En los países imperialistas, la posibilidad de una burocracia sindical estabilizada deriva de la estabilidad social de regímenes

que se nutren con el saqueo del área dependiente. En la Argentina semicolonial las direcciones sindicales no encuentran esa base sólida de sustentación y se ven sometidas a encontradas presiones de abajo y de arriba. Su afán de capitular y de integrarse no es menor que el que guía a sus hermanos de las grandes metrópolis. Quieren, pero no pueden, aunque tampoco quieren ni pueden encabezar una lucha resuelta contra el sistema.

De esta inestabilidad resultan avances y retrocesos relativos que han de juzgarse concretamente. Una coyuntura de recambio político y una tensión crítica con un Régimen en franco deterioro, han conducido por ejemplo a una especie de CGT unificada que no es la prevista por los proyectos de San Sebastián, y cuyos "diálogos" con Levingston desembocan en aumentos irrisorios que ponen a los dirigentes en la más difícil encrucijada. Pasos de lucha y capitulaciones aún más sombrías que las de octubre del 69 serán la sal de los próximos meses.

A su vez los sectores medios y bajos de la jerarquía sindical (direcciones regionales, comisiones internas, cuerpos de delegados) sienten que el apoyo de arriba al cual se aferraban para resistir a las bases comienza a resquebrajarse, dificultando los métodos brutales y persecutorios contra posibles opositores practicados con el auxilio de la patronal y el Estado.

Esto obliga en una serie de casos a abrir hasta cierto punto el juego, a mirar un poco más hacia abajo, a permitir aunque sea limitadamente la expresión de las bases, pues se advierte el peligro de una rebelión franca o de un repliegue en el escepticismo del cual resulte el hundimiento de todo el andamiaje.

El aprovechamiento de todo este curso contradictorio evitando confrontaciones netas que no consulten la verdadera relación de fuerzas política y organizativa, es lo que distinguirá la verdadera política revolucionaria del seguidismo oportunista, por un lado, y del agitaciónismo pequeño burgués por el otro.

La irresponsabilidad de la pequeña burguesía estudiantil, como tendencia, emana del hecho de no verse obligada a soportar catástrofes como consecuencia de sus errores. Para la clase trabajadora, perder una huelga es hambre y desempleo en cientos de familias. El militante obrero que se equivoca queda a merced de la burocracia de su propio gremio, la policía y la patronal. En tanto el stalinismo, dentro del movimiento obrero, persiste en sus métodos derechistas imbuidos de Unión Democrática, la "nueva izquierda" cipaya transfiere los métodos de la militancia estudiantil, teñidos de subjetivismo e impaciencia.

La lucha por superar los actuales niveles operativos del movimiento obrero y sindical pone a la orden del día, en virtud de las

consideraciones precedentes, las consignas de democratización. El sindicato es un medio limitado para abordar las tareas fundamentales de la clase trabajadora; pero es la escuela elemental de la solidaridad de clase, no cabe saltar por encima de él. Sobre todo, sus limitaciones se acentúan por los vicios del manejo burocrático y vertical, que son como una segunda naturaleza en los dirigentes de todos los niveles, producto de tradiciones arraigadas que persisten más allá de las circunstancias bajo las cuales nacieron. Pero la posibilidad de abrir brechas en este sistema no depende de ninguna misteriosa conversión de sus personeros sino de cambios objetivos, de un agravamiento de la crisis, que resta solidez al viejo monolitismo.

Esta lucha por democratizar más allá de los simples mecanismos formales el movimiento sindical, se liga con la promoción de nucleamientos militantes desde las bases, abiertos a la discusión de los grandes problemas políticos y prácticos, dispuestos a asumir iniciativas de lucha y a aglutinarse en unidades más vastas de alcance local, barrial, interfabril y regional.

Es posible que, así como ciertas regionales de la CGT en el interior se convirtieron en verdaderas CGT locales o provinciales reflejando el impulso de las bases, agrupamientos semejantes lleguen a desempeñar un papel de importancia en el cinturón obrero del Gran Buenos Aires.

En todo caso, éstas y otras posibles perspectivas deben asumirse partiendo de la consideración de que entramos en un período de agravamiento y no de atenuación de los conflictos. Desde el punto de vista más general, el movimiento obrero tiene como objetivo esencial de su lucha romper la cadena de congelamientos salariales. Este será el modo concreto de enterrar el Plan Krieger, cuya piedra de toque es la congelación y, sobre todo, la derogación indefinida del régimen de convenciones colectivas de trabajo.

Excede los límites de este informe lo que será tema para los informes de las secretarías sindical, universitaria, de Finanzas y de la dirección de "Lucha Obrera". El XVII Pleno deberá considerar, asimismo, los informes de los diversos Comités Zonales y adoptar disposiciones para el próximo Congreso Nacional del Partido, que será nuestro V Congreso.

En lo que concierne al frente sindical, el Partido ha reflejado en su literatura propagandística, primordialmente en las ediciones de "Prensa Obrera" de diversos comités zonales, en la sistematización de piqueteos, en la aplicación de tácticas de frente único y en la constitución de núcleos obreros en diversos frentes zonales, su voluntad de poner en práctica las resoluciones de los Plenos de Córdoba y Santa Fe.

Esta tarea tiene hoy para nosotros funda-

mental importancia, pues corresponde a transformaciones profundas en la situación objetiva y en el estado de conciencia de la clase trabajadora, y debemos intensificarla desechando todo rutinarismo, superando los métodos empíricos y sectarios.

No nos mueve la impaciencia de los éxitos rápidos, pues el desarrollo partidario en el seno de la clase trabajadora se liga a los ritmos de la realidad concreta. Pero debemos obrar bajo el supuesto de que nos hallamos en retraso respecto a las posibilidades objetivas que ya se nos brindan, tal como surge de varias experiencias auspiciosas que revelarán los respectivos informes.

Por lo demás, nuestra capacidad de acción en este campo también depende del grado de fortalecimiento global del conjunto de la actividad partidaria.

El fortalecimiento de la corriente reformista nacional dentro del estudiantado universitario, nos permite ahora gravitar crecientemente en casi todas las casas de estudio del país, y hemos comenzado a romper el cerco histórico que obstruía nuestra penetración en Buenos Aires.

A estos avances se añaden en los últimos tiempos lo conseguido en diversos frentes estudiantiles secundarios, especialmente en Córdoba, Tucumán, Chaco y Buenos Aires, donde pisamos un terreno aún más propicio, lo que pone a la orden del día la coordinación nacional del movimiento.

Asimismo, entre el Pleno de Santa Fe y el presente hemos dado con éxito los primeros pasos en el campo de las docentes y profesionales universitarios.

El crecimiento en extensión del Partido ha permitido añadir a los jóvenes Comités Zonales de Rosario y La Plata los Comités Zonales en formación de Mendoza y San Juan.

El fortalecimiento y expansión de la actividad partidaria, imprescindible para abordar una etapa de intensa vida política en el país, exigen del Partido un serio esfuerzo tendiente a consolidar una Política Nacional de Finanzas, de modo que cada militante, cada núcleo, cada Comité Zonal, se integren activamente en una labor que exterioriza la voluntad concreta de existir del partido. El Socialismo de la Izquierda Nacional proclama con orgullo su independencia de la burguesía, el imperialismo y la burocracia soviética. Pero no es un honor lírico. Tienen como contrapartida una pesada carga que debemos levantar con inteligencia, sacrificio y perseverancia.

La maduración política del Partido, el fortalecimiento y multiplicación de sus organizaciones zonales y de base, permiten y exigen abordar ahora este objetivo a fin de potenciar nuestra capacidad operativa.

16 de agosto de 1970.

CORDOBA, 1918: DE HAYA A FIDEL

Por Alberto Methol Ferré

En estos años, de creciente y desgarrada unidad problemática latinoamericana, donde los planteos y acciones se efectúan de más en más a la estatura necesaria, América Latina, rompiendo los viejos límites de campanario, desde los obispos del Celam hasta los revolucionarios de la Olas, desde los economistas del Cepal hasta las conferencias gubernamentales del Mercado Común, desde los "boinas verdes", rangers, hasta las guerrillas, pasando por una ya no recordable jungla de nuevas siglas, bancarias, empresarias, sindicales, etc., ¿para qué recordar a Haya de la Torre? ¿Qué conexiones tiene con todo esto? O más aún, ¿para qué restituirlo en función de todo esto? ¿Acaso tiene que ver mucho con todo esto? Pareciera desproporcionado. Lo que hoy aparece más bien revelaría insignificancia. Pocos hombres de tan maltrecha fama entre las nuevas generaciones, donde corre de boca en boca el santo y seña de "revolución" y Haya sólo es una mala palabra. Al punto, que los espontáneos reflejos de repulsa inhiben el menor intento de inteligir a tal apóstata, más allá de la compulsión del mero denuesto. El solo querer entenderlo suscita retracciones y suspicacias. Grande tuvo que ser su apostasía para tal muerte civil. ¿Qué habrá pasado con ese Haya, que el primer Congreso Latinoamericano de Estudiantes de 1937 en Santiago de Chile proclamara con fervor "Maestro de Juventud" y "Ciudadano de América". ¿Acaso el viejo Haya lleva un gran estudiante muerto en su alma? ¿Qué fue? Porque hoy se sabe más de su decadencia que de su esplendor, y entonces la decadencia se vuelve vacua y falta de

Methol Ferré, católico uruguayo, nacionalista latinoamericano, pensador excepcional de la tierra artiguista, expone aquí su punto de vista sobre los orígenes de la Reforma.

concepto. Debemos así remontar de las malas palabras a su génesis, que son las buenas palabras. Y de la inopia del rictus, a la comprensión histórica. El tiempo del desprecio para Haya ha sido tan profundo, que linda ya con su más supina ignorancia, y hace sospechar las dimensiones de grandeza del apóstata. Perder a Haya como él se perdió a sí mismo ¿no será una inmensa pérdida para las nuevas generaciones latinoamericanas? Las grandes caídas están reservadas sólo a los grandes. Tienen también el terrible privilegio de las mayores desventuras. Es justo que así sea.

Estamos en el *Cincuentenario de la Reforma Universitaria*, aquel prodigioso movimiento estudiantil que conmovió a toda América Latina. Conmemorarla y sintetizarla, apreciarla y criticarla, es referirse inevitablemente a su hijo y protagonista directo, Haya de la Torre. Es en él, donde la Reforma Universitaria del 18 alcanza su más alta expresión y riqueza. Es en él, donde se retratan también todas las miserias, claudicaciones e impotencias de su generación, la llamada "*generación latinoamericana del año 20*". O sea, de nuestros directos progenitores. Y señala con claridad la primera gran convulsión común, bajo variadas formas, de la irrupción de las clases medias en la vida real de América latina. Es la primera oleada *conjunta* de las clases medias dentro del viejo sistema patricio terrateniente y de oligarquías comerciales, signo de nuestro atraso y nuestra dependencia agroexportadora. Y el ariete tomó la figura del estudiante.

En efecto, desde el 900 comienzan los grandes discursos a la "juventud", síntoma de la presencia ponderable de las nuevas clases medias. Sólo en ellas hay "juventudes", momento de la sociabilidad que les está vedado a campesinos y proletarios. Pues es un fruto de la transición entre la sociedad doméstica y la sociedad política, un singular, fugaz y brillante momento en que todo está en vilo y cuestionado, donde las ideas se libran de la pesadez de las cosas y hasta pueden escudriñar su sentido. Claro, no siempre, pues corren el peligro mortal de la ingravidez. Esta transición, lugar de grandes elecciones, de enfrentamiento directo y global con la condición humana, está posibilitada por una cierta exoneración de la penuria del pan de cada día, cuando todavía los padres subsidian el propio asesinato y las rebeldías de sus hijos. Y para ello hace falta un cierto status económico, o la aspiración potente a un status social que alienta el sacrificio de los padres. Pero de algo disponen, para sacrificar. Así la pujanza de las Juventudes latinoamericanas

que alborea con el siglo, es señal de la formación ascendente de las clases medias, que quieren hacerse un lugar bajo el sol. "Mi hijo, el doctor" resume esa voluntad y objetivo. Sólo que las clases medias, por su propia situación en la sociedad se bifurcan siempre entre dos caminos, que normalmente conviven en el alma estudiantil: acceder hacia "arriba", ser reconocido en la sociedad real tal como está estructurada, o repudiar a esa sociedad solidarizándose con los de "abajo", herido por la injusticia y con los instrumentos conceptuales para visualizarla. La propia situación mediadora de las clases medias les posibilita, ya que no manipular, entender y abrazar a la vez el arriba y el abajo, penetrar sus mecanismos de relación, padecer en su intimidad todas las contradicciones de la sociedad, y es por eso que de su seno salen los mejores dirigentes de la revolución y de la contrarrevolución, de la protesta y del conformismo. Y también la ambigüedad de protestas que son máscara de conformismos. Todo esto se objetivará en alto grado en las vicisitudes de los reformistas del 18.

DE RODO A UGARTE

Antes de Córdoba, los maestros se dirigían a la juventud. José Enriqu  Rodó es el mayor testimonio de esa devoción magisterial a la juventud, que comienza a ser atributaria de maravillosas virtudes. Pero en Córdoba, la juventud ya habla por sí misma y sobre sí misma: *"La juventud vive siempre en trance de heroismo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace méritos adulando y comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien"*. Así se pone de manifiesto en Córdoba. Y es también el tiempo en que ella misma empieza a designar *"Maestros de Juventud"*, epidemia por suerte clausurada, dado el pertinaz infortunio de esas consagraciones, que se condensan en ese personaje mosqueteril y oportunista de Alfredo Palacios. Payasos políticos, de tan larga vetustez asentada en la siempre renaciente credulidad de los jóvenes, como Palacios ponen de relieve hasta qué punto el ser joven no es sólo un acierto, y que el riesgo propio de la juventud es el espejismo. Porque su vocación también es la ruptura de los espejos, la iconoclastia. Tarea saludable, siempre necesaria, pero más difícil y compleja de lo que habitualmente tiene la tentación de creer. Porque el heroismo se forja junto a una gran paciencia y perseverancia, en la edad de las impaciencias y las cuentas de color. Dice la canción que *"amores de estudiantes flores de un día son"*, pero si prosiguen, quizá sean los mejores. Son la sal del mundo. Pero no es fácil esa fidelidad renovada a la frescura, a la generosidad fraterna, al asombro y a la inteligencia en maduración.

Por Córdoba, la juventud entra en escena por sí, en América latina, y nos exhibe desde ya los rasgos más comunes a todas las juventudes. Pero nada se agota en la generalidad, que es sólo el primer paso

hacia un concepto más diferencial y específico. Como en todo, hay también una historia de las juventudes, y las de hoy no son ni pueden ser las de ayer, a pesar de sus parentescos. Importa pues aquilatar en su originalidad el significado latinoamericano de Córdoba, para impedir que las juventudes de hoy por ignorarlo, prosigan en rutinas creyendo que son renovaciones, y est n en mejores condiciones para decir su propia palabra, que sólo puede profirirse en la adecuada conciencia de su situación. Y conciencia situacional, es conciencia histórica. Esta, en América Latina, implica un denodado esfuerzo a contramano.

En efecto, la condición semicolonial de América Latina, engloba y contamina todos los aspectos de su vida social. Y la Universidad, como institución, es quizá la más vulnerable y sensible, en el plano de la cultura, a esa disposición. Es en la Universidad donde llega a su paroxismo la contradicción entre el "colonialaje mental" y la necesidad de liberarse de él. Por medio de la Universidad, abierta de suyo a la universalidad, se introducen sin cesar las poderosas corrientes del pensamiento científico, filosófico y social de las metrópolis, que por responder a situaciones profundamente diversas, distorsionan de continuo la auténtica "modernidad" universitaria en relación a las necesidades de su pueblo, conduciéndolas a menudo a pseudo-problemas y pseudo-soluciones, desarraig ndolas de su misión. Pero por otra parte, esa Universidad no puede pura y simplemente arraigar, porque le significará otro tipo de renuncia a su necesidad de promover su ámbito, cosa que no podrá lograrse sin asimilar creadoramente las conquistas e inquietudes de las sociedades de mayor desarrollo, que son a la vez las dominantes. Por eso, nuestras Universidades subdesarrolladas son como Jano, tienen dos caras. Por una, son imantadas por sus metrópolis culturales ajenas. Por otra, quiere atender y ligarse a su pueblo, del que mucho tiene que aprender. Pero ese no es un aprendizaje con envase académico. Y así, el péndulo universitario se mueve sin cesar entre ambos polos, oscilando entre una alienación soberbia, que genera un "despotismo ilustrado", "educador del soberano", y un irrestable complejo de culpabilidad, por nostalgia —distancia e incomunicación— con su pueblo. Es de esa situación inexorable que surge el campo específico de las grandes confusiones universitarias, la diversidad de sus caminos. Nada más ejemplar que la desgraciada historia del movimiento estudiantil argentino, en la cuna misma de la *"Reforma Universitaria"*, donde en los momentos decisivos, fue instrumento de los peores intereses, creyendo liberar. Nacida la Reforma bajo la protección e impulso de Yrigoyen, será la Fuba punta de lanza contra el mismo Yrigoyen en el 30, abriéndole paso al golpe reaccionario de Uriburu y la "década infame". Luego volver  a sus andadas, contra la irrupción nacional popular del 45 con Perón y, según cuenta Ciria (1), nació en su seno la "Unión Democrática" capitaneada por la oligarquía vacuna y el embajador Braden. Y podríamos abundar con otros ejemplos. Es que la Universidad, a pesar suyo, está expuesta como nadie a los verbalismos ornamentales y al "ghetto" no obstante su pretensión de vanguardia. Ninguna vanguardia verdadera se aisla del grueso del ejército, pero de suyo corre siempre ese peligro, y es el de encontrarse de sopet n a la retaguardia, por extravío. No es extraño: como los estratos universitarios pertenecen además en gran parte a sectores acomodados de las clases medias, es común encontrar en su seno la mistificación de las buenas conciencias, que encubren su conservadorismo con radicalis-

mos. Pero hay también lo contrario, una verdadera historia de heroísmo universitario, una actividad fermental y promotora, en lucha contra las estructuras opresoras arcaicas y sus miserias. Los militantes universitarios se han convertido en elementos políticos decisivos de grandes movimientos populares latinoamericanos. Ello es indudable, y ha sido y será de la mayor fecundidad. Pero, en las loas del aniversario, es bueno recordar que la sangre universitaria no corrió sólo por el lado de las causas nacionales.

LA IGLESIA EN LA HISTORIA LATINOAMERICANA

¿Y qué pasa con los estudiantes y la historia? Pues es en el ámbito estudiantil donde se presenta más agudamente la cuestión del rol de las generaciones en la historia. Es donde el Jano universitario casi ha perdido su rostro nacional. Uno de los dramas esenciales de los países semicoloniales es la "discontinuidad generacional". Entre dos generaciones latinoamericanas sucesivas se introduce siempre una *cuña*, que es la generación europea (con algún norteamericano) precedente. Como filiación intelectual, cada generación latinoamericana queda emparedada entre dos generaciones europeas, a las que se liga mucho más hondamente que con sus antecesores latinoamericanos. Tal la regla general, que admite excepciones. De tal modo, la vida intelectual pierde densidad crítica y capacidad de diálogo, y no puede constituirse una auténtica tradición nacional. Los padres quedan estériles de sus hijos, aún para su asesinato crítico, lo que sería un modo profundo y esencial de continuidad. ¿Qué comunidad puede construirse si no? Pero la forma del parricidio colonial, es simplemente ignorarlos, desdeñarlos, o dejarlos abandonados en el incienso del elogio de sus capillas, y adoptar al maestro extranjero de última moda. Ayer existencialista, hoy estructuralista, mañana vaya uno a saber, porque nos caen como peludo de regalo. La pendiente de la facilidad del latinoamericano es encontrar maestros extramuros, más que en su propia tierra. Respecto de ella, propende a comportarse como Adán, el primer hombre, sin serlo, lo que es su inconveniente. Las generaciones latinoamericanas son, en relación consigo mismo, "sandwich". Y así sucesivamente, en la noria de la alienación colonial. Este fenómeno del "adamismo" latinoamericano, de su desencuentro y superposición de actualidades metropolitanas y propias, se abulta naturalmente con el estudiante, un Adán redoblado, puesto que recién ingresa a la historia. Entonces, semicolonia y juventud se conjugan en el más atroz desconocimiento de la historia concreta latinoamericana, a la vez que la busca a tientas, declamando sobre la "historicidad" sin historias reales. ¿Tuvimos maestros en nuestra América? se ha preguntado hace décadas Luis Alberto Sánchez. En tal sentido, el rito de los "maestros de juventud" tuvo ese aspecto positivo, quería encontrarlos aquí, y expresaba retóricamente una necesidad auténtica. ¿Pero, qué mejor maestra que la historia propia, esa que traspapelamos a cada paso? Una razón más, pues, para tomar directamente y sin tapujos a Haya de la Torre. Nadie como él, para permitirnos reasumir medio siglo de historia latinoamericana y poder proseguirla críticamente, como se debe, sin la calesita de comienzos que son repeticiones desvaídas. Nadie como él, para ser guía en

retomar hilos perdidos, en función de lo más candente de nuestra actualidad histórica.

Desde un punto de vista católico latinoamericano, hay todavía nuevas razones para hacerlo, además de lo expuesto. Y es que en su propio ámbito, cincuenta años después, y por supuesto bajo otras modalidades e imperativos, la Iglesia Católica en su nueva dinámica, se encuentra abocada a su propia "Reforma Universitaria". *Las Universidades católicas latinoamericanas tienen ahora su Córdoba, que es Buga*. Los resultados del seminario de Buga, Colombia, de febrero de 1967, sobre la misión de la Universidad Católica en América Latina, inician un tiempo "cordobés" religioso y moderno. La conmoción producida por sus documentos fundamentales está ya abierta, y la crisis de las Universidades Católicas de Santiago de Chile y Valparaíso, son el ejemplo más notorio de este proceso en marcha. En el orden de la "democratización" de la Universidad, la afinidad entre Córdoba y Buga es notoria, si bien sus bases teológicas y filosóficas muy distintas. La hora americana de Córdoba se hace también la hora americana de Buga, donde los obispos desde el Evangelio asumen la tarea de "la desalienación de posturas generadoras de la cultura colonialista". ¿Y esto que implica sino la comunicación abierta con la historia de nuestros hermanos latinoamericanos? A plena conciencia, pues sólo se supera y trasciende, lo que se asume vitalmente. Por otra parte, tal circunstancia es aún más abarcadora, puesto que en las universidades estatales latinoamericanas circula la mayor parte de las juventudes católicas, lo que acrecienta la urgencia del replanteo cordobés, que en cierta medida se hizo, o así lo creyó, contra nosotros. O que dejó a la vera del camino a los católicos. Los ventisqueros de hoy, que conmueven a la Iglesia latinoamericana son las primicias del deshielo, un anuncio de primavera. Confluyen aquí muchos factores, pero muestran de consuno un nuevo fenómeno: la potente irrupción de nuevas clases medias en la Iglesia y en América latina. Hay como el augurio de una segunda oleada continental, latinoamericana. Por eso, es momento de retomar a nuevo nivel las tradiciones de Córdoba y sus grandes cuestiones, que son las nuestras. ¿Qué mejor mediador entonces para la asunción de Córdoba y sus tareas inconclusas o frustradas que Haya de la Torre, que está en la cruz de los caminos latinoamericanos del siglo XX?

Y finalmente: ¿por qué de Haya a Fidel? Tanto está en el epicentro de nuestro siglo, que es también antecedente inevitable de Fidel, como génesis histórica y como ámbito problemático, pues ambos, de un modo u otro se aboñan a la magna cuestión de la unidad nacional latinoamericana. Son como los dos extremos de un mismo proceso. Esto es muy evidente, y ya Halperin señalaba: "Parecía poco probable que la generosa y no siempre coherente ideología reformista lograra sobrevivir, alcanzarse eco más allá de la circunstancia universitaria. Sin embargo, lo alcanzó en toda Latinoamérica: jefes de grandes movimientos populares, desde Víctor Raúl Haya de la Torre hasta Fidel Castro desarrollaron trayectorias no necesariamente coincidentes a partir de una rebelión universitaria cuyas exigencias declaran mantener en su sucesiva acción política" (2)

De ser cierto lo que afirmamos, y de ello estamos convencidos, es fácil comprender que el título de este artículo desborda ampliamente lo que aquí podemos tratar. Es más bien y nada más que una primera aproximación, un esbozo, como una introducción a una perspectiva de América Latina contemporánea desde sus raíces. Lo que sigue, será un

esquema global, sencillo, para que otros se aventuren también por una ruta que creemos fecunda. Partir de problemas más que de soluciones, tender comunicaciones, anudar nuestra historia, para abocarse fielmente y con inteligencia a las tareas de liberación nacional y social que a todos se nos reclama. Cristo vino a cumplir la historia de su pueblo, Israel. Los cristianos latinoamericanos debemos cumplir así la historia de nuestro Israel, América Latina. Con nuestro pueblo y la Iglesia peregrina, que es de todos los pueblos, la Israel universal de todos los Israel.

TAMBIEN EL POSITIVISMO

El novecientos hispanoamericano reabre una nueva instancia histórica para lo que parecía extraviado. Desde el magno intento del Congreso de Panamá, convocado por Simón Bolívar en las postrimerías de la primera emancipación, para salvar la unidad nacional latinoamericana, la historia pareció condenar definitivamente tal tarea. América Latina balcanizada por la alianza comercial de la industria inglesa y los patriciados regionales agroexportadores, consolidó su extrañamiento recíproco en una veintena de repúblicas, semicolonias caricatura de nación. Al último período del siglo XIX le llaman por lo general nuestros manuales, el del "civilismo" o de la "organización nacional", cuando era su más perfecta desorganización. Sin embargo, el novecientos americano se vuelve nostálgico y esperanzado de la unidad perdida, y quiere remontar nuevamente el tiempo. ¿Qué había pasado?

Desde el 90 hasta la primera Guerra Mundial, grandes acontecimientos sacudían la conciencia latinoamericana. *Esa conciencia se resumirá, con todas sus contradicciones y potencias, en el ciclo del movimiento "modernista"*. Estamos en el apogeo del imperialismo europeo, que se hace mundial y termina el reparto colonial, a la vez que desde su altitud hurga en todas las variadas culturas humanas, a todo lo ancho del planeta y a todo lo largo de sus tiempos. Es la plenitud del capitalismo europeo: el inglés Hobson desentrañará su índole en *"El Imperialismo"* (1902) y el austríaco Hilferding describirá los mecanismos de *"El Capital Financiero"* (1910). La Europa del novecientos proyectará su Cosmópolis en América Latina, en su más próspera factoría, rebotante de inmigrantes y riqueza: Buenos Aires. El modernismo partirá de Buenos Aires en la década del 90 encabezado por el cónsul colombiano, el nicaragüense Rubén Darío: *"Entonces se producía en el Río de la Plata el fenómeno sociológico del nacimiento de ciudades únicas, cosmopolitas y poliglotas, como este gran Buenos Aires, flor enorme de una raza futura. Entonces tuvimos que ser poliglotas y cosmopolitas y de todos los pueblos nos viene la luz"*³. Es allí donde nace propiamente la primera generación latinoamericana, luego de la disgregación que siguió a la independencia, con la *"Revista de América"* y *"El Mercurio de América"*, donde se congregan junto al nicaragüense, argentinos, uruguayos, bolivianos, colombianos, venezolanos, guatemaltecos. De allí irradiarán a toda la lengua española, y se darán cita en París y Madrid. El modernismo es la punta más extrema de la alienación latinoamericana en Europa: sus lujos, decadencias y neuraste-

nias residen en París, y reencuentran sus viejas fuentes en Madrid. Pues a la vez ese afuera es un unificador, lugar de encuentro, y punto de partida para el redescubrimiento de América Latina. De todos los pueblos, volvían a su pueblo. De metrópolis, a su casa.

Y el agente catalizador de ese retorno sobre sí será la potente irrupción del *"Destino Manifiesto"* yanqui en América Latina. Es lo que un hombre del New Deal, Flagg Bemis, denominará tímido y elíptico "el imperialismo protector": *"El «nuevo destino manifiesto», la cuestión de Cuba y la Guerra con España habían introducido una nueva era en la política latinoamericana de Estados Unidos, una era de imperialismo protector enfocado a la defensa del canal a través del Istmo, que permitiera un pasadizo entre las dos costas de la república continental, vital para sus comunicaciones navales y para su seguridad de la república continental ha sido siempre la consideración primordial de su política exterior y a ella ha contribuido en forma muy importante su política latinoamericana"*⁴. Así se abrirá esa política de seguridad yanqui, que comenzando por el Caribe se extenderá luego a toda América Latina y al mundo. Esa política de seguridad abarca tanto que se confunde con expansión, y América Latina será hasta hoy la predilecta de sus protecciones, bajo el palabrerío de "lucha por la democracia".

Cosa singular, será Cuba el punto de partida de la nacionalización del modernismo, la piedra de toque para una nueva conciencia latinoamericana. La última retirada española, visualizará el avance norteamericano. Ya en el Congreso de Panamá, Bolívar quiso emprender la liberación de Cuba y Puerto Rico, pero su propósito fue impedido por Estados Unidos, que amenazó con ruptura. Si Estados Unidos frustró la culminación bolivariana, fue porque reservaba a Cuba y Puerto Rico para sí. A tal punto que posteriormente realizó varias gestiones para comprar a España esas "islas". Finalmente, en el 98 procede a su ocupación desembozada, so pretexto de "liberarlas". Luego de la Enmienda Platt, será el cubano Enrique José Varona, el que intente desnudar los nuevos fenómenos de modo objetivo con *"El imperialismo a la luz de la sociología"*, en 1906. Y las astucias de la historia, han hecho que en nuestros días sean justamente Cuba y Puerto Rico los que simbolizan las dos posibilidades fundamentales del futuro de América Latina. Los que estaban más atrasados respecto al ciclo de la primera emancipación, nos muestran lo más avanzado de nuestra actualidad.

OBREROS Y ESTUDIANTES

Aunque hay otros, con tres nombres se puede representar la transmutación del modernismo en política. Y son el uruguayo Rodó, el peruano García Calderón, y el argentino Ugarte. Más que en política, en teoría política o agitación política.

Con el *"Ariel"* (1900) de Rodó se abre el nuevo período. Es un discurso ético y estético, pero desde su postración los latinoamericanos vieron una compensación en las figuras de *"Calibán"* (el imperialismo) y *Ariel* (ellos mismos). Si los Estados Unidos tenían el poder, nosotros el espíritu. Era el consuelo y motivo de los débiles. Era un aliento y un sostén, en una historia mezquina. Y todo nuestro ámbito

mestizo se sublimó en una retórica de mármoles y bronce, Partenones y Areópagos, idealidades. Pero Rodó fue más lejos. Desde Montevideo proclamó que Bolívar era incomparable, una síntesis superior de "Artigas y San Martín", y tomando como modelo las recientes luchas por la unidad nacional alemana e italiana, penetraba casi hasta el fondo de la cuestión: *"Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincia, regiones y comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún sueño, cuya realización no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo una expresión geográfica de Metternich antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria; era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal, existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones"*. Cabe señalar que Rodó usa el término "española" en sentido amplio, pues puntualiza que incluye a Brasil. Rodó lanza en la apertura del siglo XX, la reafirmación bolivariana: *"Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo"*.⁵

Francisco García Calderón enuncia con claridad que la Doctrina Monroe de "defensiva" se hace "tutelar". Sus dos grandes obras son *"La Creación de un Continente"* y *"Les democracies latines de l'Amérique"* (escrita en francés, y nunca traducida al español) de 1912. Perpetuo diplomático en París, García Calderón escribe con reposo académico y prosa galicista, pero pocos intentos de síntesis tan orgánicos y profundos como los que él hizo. Estamos en pleno auge del antiimperialismo hispanoamericano, cuando abundan las historias del "panamericanismo" y de los avances de la *"Política del Garrote"* de Teodoro Roosevelt, cuyo logro más alto fue la invención de otra "república", la de Panamá, a costa de Colombia. El Panamá de Bolívar se había hecho el Panamá del Imperio. ¡Estímulo poderoso para la reflexión histórica! Y con García Calderón se realiza la primera historia general de América Latina, el primer esfuerzo de asumirla concretamente en su proceso de formación conjunta. Aunque conservador, clama por *"una clase media coherente"* que equilibre y funcione mejor a la *"confusa plutocracia"*.

Argentino, literato, hijo de estancieros que le llevan, como es obvio, a París, Manuel Ugarte hace su conversión latinoamericana en su primer viaje, a New York en 1900, donde escucha en un mitin, entre aplausos: *"Hemos empezado a tomar posesión de un Continente"* y descubre la vocación de la política norteamericana enunciada por el senador Preston en 1838: *"La bandera estrellada flotará sobre América Latina hasta Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza"*⁶. Desde entonces será el insobornable propagandista de la unidad nacional latinoamericana, del reencuentro de la Patria Grande desmantelada en patrias chicas. Gastará toda su fortuna en sus giras por toda América Latina, apóstol de la idea que le valdrá casi el destierro perpetuo. Afiliado al partido socialista argentino de Justo, su representante en los Congre-

sos de la Segunda Internacional de Amsterdam y Stuttgart donde alternará con Jaurés, Lenin y Kautsky. Será expulsado por el Partido Socialista argentino que negaba la intervención norteamericana en Panamá. Es interesante señalar que este nacionalista latinoamericano, socialista, que distinguió siempre a las naciones opresoras de las oprimidas, fue en su fuero íntimo católico. Lo singular es que tal sentido no se trasluce explícito en su obra pública, y esto está ligado sin duda al estado de la Iglesia, en especial la latinoamericana, encerrada en sí misma y alimentada por una teología que era más bien derecho canónico, ajena a la historicidad. De tal modo, Ugarte fue una conciencia desgarrada y no logró unificar de raíz sus convicciones rectoras.

Ugarte, como un precursor ideológico de Guevara, recorrió incansable a América Latina. El estudiantado le aclamó por doquier y reunió en torno suyo a multitudes efímeras. Una calle de México y un mural de la Universidad de Guayaquil, le recuerdan como grande latinoamericano. Funda en 1912 la *Asociación Latinoamericana de Cuba*. Entonces comenta: *"El medio, las circunstancias, los desalientos, interrumpieron el ímpetu inicial; pero la animosa tentativa queda como un antecedente"*⁷.

Es que la normalidad cotidiana era el extrañamiento, y la unidad sólo un ansia de remontar la corriente, y esta fue una experiencia una y otra vez repetida. Recordando su pasaje por Montevideo, nos dice: *"Pero a través de las mareas que se levantaban y morían, no podía dejar de percibir yo, en el panorama general del viaje, algo del Sisifo simbólico que elevaba penosamente la piedra y la veía caer de nuevo en una eterna labor contrariada por fuerzas superiores. Pasada la llamarada de entusiasmo que significaba un paréntesis dentro de las preocupaciones locales, volvía a empezar el ir y volver de las fuerzas generadoras de confusión. Lo que había ocurrido en todas partes, tendría que ocurrir también en Montevideo"*⁸.

Sin embargo, *"algo nos dice a todos, desde el Norte de México hasta el estrecho de Magallanes, de un límite a otro de las comarcas donde triunfa el alma latina, que hay que coordinar el empuje y reunir el pensamiento de los países que se debaten en la sombra. Y algo que parece un estandarte hecho de todas las banderas empieza a flotar sobre los odios del Continente fraccionado... Por más vivo que conserve el recuerdo de las querellas históricas, nadie puede dejar de sentir las brisas de fraternidad que nos inclinan los unos hacia los otros. El buen sentido exige los congresos latinoamericanos. Si no los abre el presente, los madurará el porvenir; si no los realizan los gobernantes, los reunirá la juventud"*⁹. Apelear a la juventud, es referirse a la juventud universitaria. Estamos ya en las puertas de Córdoba.

UNIVERSIDAD Y CRITICA

Hagamos aquí un breve Interludio antes de Córdoba, para mostrar la problemática que es original y consustancial a toda Universidad. Para ello, nada mejor que apresarla en su nacimiento. De tal modo, captaremos "in status nascendi" las tres dialécticas constitutivas de la Universidad, y tendremos el esquema básico para la interpretación específica de Córdoba.

La Universidad designa a la vez, una vocación al conjunto del saber, a lo universal, y una "comunidad", una organización corporativa que abraza maestros y estudiantes. Tal institución es una de las magnas creaciones de la Cristiandad medieval europea. Su eclosión en el siglo XIII (se toma como punto de partida la Universidad de París en 1211), manifiesta desde el principio la dinámica de contrarios que va a ser la esencia de su vida. Una doble dinámica: las tensiones de *autoridad-crítica* (que es inherente a la razón) y la polaridad *maestros-estudiantes*, que se entrecruzan pero no se confunden. La Universidad es el lugar institucionalizado (y la institución, autoridad y crítica, investigación y, por otro lado, también se anudan y contradicen las generaciones, y la dialéctica de maestro-discípulo, oscila frágil entre la primaria de padre-hijo y la final de fraternidad igualitaria, hermano-hermano. El maestro está tironeado entre la monarquía paterna y la libertad fraterna. Nadie le libraré de su ambigüedad: ser a la vez padre y hermano, dictador y compañero.

En el aspecto "*autoridad-crítica*", la Universidad se liga de suyo al surgimiento de las ciudades. Es un fruto intrínsecamente urbano, de las burguesías nacientes. La razón y las ciudades han sido inseparables compañeras, y suspicaces ante el primado tradicional y de imaginación metafórica rural (lo que no significa que ésta estuviera desprovista de inteligencia. La han tenido más que innumerables y presuntos "racionalistas"). Universidad y ciudad irrum-



pen en el viejo mundo feudal, con sus monasterios señoriales, aislados en el campo, con su trabajo agrario-artesanal y sus vidas contemplativo-litúrgicas, con sus escuelas y su "*lectio divina*" (lecturas, conferencia espiritual del abad). Por el contrario, "*magister*", maestro, comenzó por designar a predicadores itinerantes, fraternos, que introducían entre la lectura y la predicación la disputa, es decir, la cuestión o problema a dilucidar. Así, al viejo método pa-

cífico y autoritario de la lección, le sucede el diálogo de la "*disputatio*". Con el racionalismo de Abelardo, precursor, se contraponen dialécticamente las opiniones y argumentos opuestos, las objeciones, el *Sic et Non*. Son las célebres "*Queestiones quodlibetales*" (Problemas acerca de un tema cualquiera), todo es problematizable, que proliferarán en el racionalismo escolástico, hijo de la discusión universitaria, donde siempre hay "dar razón". Así, las "*disputatio*" son la objetivación de la primigenia vocación racional de la Universidad, y su modo de intercomunicación maestro-estudiante. Bajo cualquier forma, la *disputatio* es esencial a la Universidad como tal. Un ejemplo arquetípico de tal situación será la tarea emprendida audazmente por Santo Tomás, defensor acérrimo de las luces propias de la "razón natural" y fundador de la teología como ciencia, inteligencia sistemática de la Revolución, "*Intellectus fidei*" de la Palabra, delimitando sus relaciones y autonomías recíprocas. La Suma Teología es la más formidable ebullición de "cuestiones". Luego, sus discípulos las degradaron en la idolización del comentario y el axiomatismo. ¡Y eso que su maestro advirtió "*el argumento basado en la autoridad es debilísimo*"!

La escolástica, que el tiempo y ciertos avatares históricos, han convertido en palabra desmonetizada, ha sido la primera gran reivindicación moderna de la razón, desde y en la Universidad. Su mismo nombre lleva el signo de esa gloria, y su peligro, que es la caída en la escolaridad, habitualidad y repetición, de convertirse así de asunción racional en su contrario, autoridad mecánica. Toda renovación lleva ese destino, y sólo una profunda autocrítica puede recrearla una y otra vez, transfigurada a la luz de nuevas situaciones. Porque toda disputa puede decaer en banalidad y formalismo, y la institución Universidad lleva también la banalidad en sus entrañas. Las Reformas se convierten en banalidades rituales, escolásticas, como es el caso hoy entre nosotros de Córdoba. Y ya estamos transando hacia el otro aspecto, que es el de la relación *maestro-estudiante*.

El mismo ejemplo anterior nos será ejemplar. En aquel entonces, los "scholars", enseñantes, eran clérigos (todavía hoy en francés "clerc" conserva su sinonimia con "intelectual") y la presencia del mendicante dominico Tomás suscitó graves conflictos, en los que se entrecruzaban motivos ideológicos y de celo profesional. Hubo polémicas en el claustro, protestas y huelgas estudiantiles solidarias con Tomás. Incluso muere un estudiante en refriega con la policía y se abuchearon a dos bedeles encargados de leer la expulsión de Tomás, etc. Es decir, desde su principio en la Universidad se generó la tensión entre los cuerpos profesoral y estudiantil, y éstos operaban decisivamente en la elección, mantención o destitución de maestros. De un modo u otro, a la Universidad le es esencial siempre, el alboroto, la huelga, y la coparticipación estudiantil en sus derroteros. Desde el principio, se plantearon las luchas de maestros y estudiantes y se ha dicho entonces que "*si París era la corporación de maestros, Bologna era la corporación de estudiantes*". Como acotación, señalemos que la Universidad comenzó con gratuidad de la enseñanza y de los grados (Concilio de Letrán, 1179), pero luego vinieron las derogaciones, y en el Renacimiento ya era aristocrática.

Desde el origen, la Universidad también fue un cuerpo con privilegios y autonomías, y *la tercera de sus dialécticas será su relación en la sociedad, con los otros poderes bipolares de toda sociedad: el temporal (Estado) y el espiritual (Iglesia)*. Tomamos aquí los nombres en su sentido más amplio: de algún

modo todo poder espiritual es también temporal y viceversa, pero es lícito distinguirlos y tomarlos como una bipolaridad ideal que existe en toda sociedad posible. De hecho, hay una tendencia inherente de la Iglesia a subsumir al Estado y una tendencia del Estado a subsumir a la Iglesia. Cuando esto ocurre, de un modo u otro, nos encontramos ante el hecho "totalitario" y la Universidad no tiene autonomía por sí, sino como autolimitación del poder existente. Por el contrario, en los momentos en que hay vacíos en el "poder espiritual" y en el "poder temporal", la Universidad puede asumir transitoriamente el rol de un "poder espiritual con vocación temporal", y convertirse en semillero de reforma social e intelectual, como ocurrió en las Universidades alemanas del romanticismo, o los estudiantes rusos en los turbulentos decenios que prepararon la revolución de Octubre. Son los momentos episódicos y fulgurantes de los universitarios, pues luego el Estado (identificado o no con la Iglesia —o Partido—) retoma sus fueros. Lo que queremos mostrar es que de suyo la Universidad es como una mediación inestable entre el poder espiritual y el poder temporal, y que podría justificarse desde su ser mismo su autonomía tanto del poder eclesiástico como del poder administrativo. Si primero la Universidad tuvo el amparo de la Iglesia y luego el del Estado, pareciera que hoy fuéramos en camino de encontrarle un nuevo status jurídico de orden internacional. Pero esto ya es harina de otro costal.

LA PEQUEÑA BURGUESIA

En resumen: visualizamos ya las tres dialécticas que configuran a la Universidad, distintas y enlazadas entre sí, que son las de *autoridad-crítica*, *maestro-estudiante* y *poder espiritual-temporal*. Estas dialécticas variarán sus modalidades y contenidos, pero en ellas están planteados todos los problemas fundamentales de la Universidad. La Universidad es eminentemente conflictual, a pesar de sus largos períodos conformistas, y un poder espiritual de vocación intrínsecamente temporal. La Universidad es fábrica de protestas, pues la razón crítica sólo avanza protestando, acatando y volviendo a protestar, hacia sí misma (la Universidad), o hacia el otro (la sociedad) donde está inmersa. Y lo que importa no es sólo la protesta o el acatamiento, sino sus contenidos, pues sólo por éstos aquéllos adquieren sentido. Todas estas múltiples tensiones, anudadas, las reencontramos en el movimiento de Córdoba.

La premonición de Ugarte se cumplía. Córdoba daba la voz de reunión de las juventudes latinoamericanas en su célebre manifiesto del 18: "*La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica*". Fue un reguero de pólvora en todos nuestros países, e incluso se propagó en Brasil. Y bien, ¿cuáles fueron las condiciones concretas del detonante cordobés y las razones de su expansión?

Se estaba al fin de la Primera Guerra Mundial, que en realidad fue sólo la guerra de los imperios metropolitanos: Europa quedaba postrada y desangrada, las monarquías tradicionales se derrumban —último vestigio de cristiandad en el seno de capitalismo: la rusa ortodoxa, la alemana luterana y la austríaca católica— y la llamarada del Octubre rojo cubría la tierra de maximalistas, inaugurando la revo-

lución socialista, cuando Valery suspiraba por las "civilizaciones mortales" y Spender escribía agorero la "decadencia de Occidente". Y un Wilson idílico y poderoso anunciaba la "paz perpetua" a la vez de intervenir con sus tropas en Méjico y las Antillas. La periferia semicolonial entraba en sus primeras convulsiones creadoras, desde Sun Yat Sen que terminaba con el "Celeste Imperio" hasta Kemal Ataturk que, volteriano, liquidaba al Imperio Otomano, Sultán y Califato juntos. La primera gran crisis mundial del imperialismo remataba con la sobrevivencia de los viejos Imperios dinásticos medievales en su regazo (Japón, luego, será de los últimos... e Inglaterra). Entonces los jóvenes argentinos proclamaban: "*Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando una revolución, estamos viviendo una hora americana*". Ingenuamente, ante el traspie de Europa, consideraban en su orden del día que "*el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicaré en América, porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales*". Así, bajo el velo retórico y archimanoseado de "*América, Nuevo Mundo*", se mostraba más que un nuevo pensamiento, una nueva exigencia. Esa orientación era la de recuperar la estatura nacional de América Latina rompiendo las alienaciones semicoloniales. Y Córdoba, sin pensamiento aún para llenar esa exigencia, la suplió con grandilocuencias.

Córdoba se inscribe como efecto de la primera gran oleada de las clases medias en la historia de América Latina, que corre entre 1910 y 1920 y casi la abarca por entero, con distintos grados de incidencia y poder. Batlle en el Uruguay, Yrigoyen en Argentina, Alessandri en Chile, Billinghurst y Leoufa en Perú, Saavedra en Bolivia, Suárez en Colombia y Maderos y Carranza en Méjico, aquí complicada con la revolución agraria, serán sus portavoces. El eco de Córdoba es la repercusión social en la Universidad de esa onda sísmica que remueve a los viejos patricios. Un cierto nacionalismo liberal, un "radicalismo", será su tónica, acentuada de modo diferente en Méjico, donde la eclosión es revolucionaria y toma ciertas consignas socialistas, y en Uruguay, donde se instala pacíficamente el Welfare State con amplias estatizaciones de servicios públicos. El 17 serán el Colegiado uruguayo y la nueva Constitución de Querétaro mexicana. Un primer empuje de democratización sacudía la América Latina. Y Córdoba también querrá democratizar a la Universidad, exigiendo la participación estudiantil. No soportará más a una universidad "*parisina*" y la transformará en "*holañesa*". Así, del movimiento cordobés saldrán los nuevos dirigentes para la segunda oleada de las clases medias.

LOS PAYASOS POLITICOS

Pero detengámonos un poco en la génesis de la Universidad latinoamericana, para trazar mejor el encuadre y momento del movimiento de Córdoba. Pues la Universidad tiene casi tan larga historia, entre nosotros, como la propia América Latina: llega con la conquista apenas a tres décadas del descubrimiento y ya se instala en Santo Domingo, fundada por los dominicos, hermanos de Tomás. "*La España que*

descubrió a América tenía el mayor número de Universidades de Europa, incluso de las más brillantes. Timbre de gloria, transplantar de inmediato sus vástagos de Alcalá y Salamanca, cuando apenas nacían los villorios hispanoamericanos. Las Universidades eran cumbre del sistema formativo. Se debe en especial a la Iglesia, por su fin y promotores. Todavía no se había separado la vida entre la Universidad y el Seminario, lo que ocurrirá luego del Concilio de Trento y los estudios teológicos y ciencias afines se cursan en la Universidad, y, cosa que hoy no se estila, se matriculaban en ellos estudiantes que no aspiraban a las Ordenes".¹⁰ En ese singular proceso que va de la colonización a la nacionalización de las Indias, la Universidad y los Colegios Mayores cumplieron un papel fundamental. Santo Domingo, Lima, México, Guatemala, Nueva Granada, Caracas, Cuba, Quito, Chile, San Felipe, Charcas, Córdoba, serán sus centros. Primero bajo el signo de la escolástica del barroco y Suárez; luego bajo el signo de la Ilustración española y Rousseau. Dos vertientes mezcladas que pondrán su sello a los dirigentes de la primera emancipación. Pues no sólo se educaban ahí los hijos del patriciado, sino también los de la incipiente clase media, como de Charcas, son Moreno, Montegudo y Castelli o de Córdoba son Monterroso y el enigmático Dr. Francia. Salvo este último, en la guerra de la independencia la pequeña burguesía intelectual, integrada por numerosos clérigos, tuvo un rol muy importante, pero relativamente fugaz. Su escaso peso específico le condenaba a una función "secretarial" dependiente finalmente de los caudillos o las oligarquías. Pero las grandes convulsiones de la primera emancipación significaban también el desmantelamiento de la "Cristiandad Indiana", y las Universidades modestas y renacientes a mediados de siglo XIX ya no tendrán cátedras de teología, y pasarán al dominio primero del espiritualista "eclecticismo" franco-escocés, cuya mayor encarnación será Andrés Bello, y luego al del Positivismo, en sus más variadas formas, en tiempos de la "modernización" de las oligarquías aproexportadoras. De esta última matriz saldrá la Reforma de Córdoba, enemiga a medias.

Sin duda, el nombre mismo de "Reforma" tiene como un lejano eco religioso, y de hecho es indudable el sesgo anticlerical de Córdoba. Ya habían existido otras "Reformas" en América latina, la más importante de ellas fue la mejicana, encabezada por Juárez y consolidada por el gobierno de los "científicos" positivistas de Porfirio Díaz. Es que tanto el siglo XIX como los comienzos del XX, asistieron a la liquidación de los restos del régimen de "cristiandad", en enconada lucha de liberales y "clericales". Las fuerzas del patriciado se dividían entre un sector mayoritario modernizador, dentro de las vías trazadas por el imperialismo en su apogeo, y otro más tradicional. Uno más ligado a los sectores comerciales, otro más a los sectores terratenientes. Y es dentro de este panorama que la Iglesia latinoamericana, postrada por el desmantelamiento institucional e intelectual de sus cuadros desde la Independencia, comienza a reorganizar su osatura apoyándose en su roca salvadora, Roma y su Concilio Vaticano I. Esta era la fortaleza en la tormenta, la que permitió la larga convalecencia de la Iglesia latinoamericana, mediocre, y conservó los canales para una nueva circulación de vida. Los ultramontanos, en su estrechez, protegieron la barca y la dejaron apta para nuevas navegaciones. Grandeza y miseria de un integrismo que cerró filas, y no estaba preparado para abrirlas. Y bien, el movimiento estudiantil se inauguró

justamente en Córdoba, que conservaba sus añejas tradiciones católicas, de raigambre hispánica. Por supuesto, también era un hervidero del clásico liberalismo masónico. La Reforma se inició en la Casa fundada por el gran Obispo Trejo, y tuvo en su contra a un obispo archirreaccionario crispado. Es que el conservatismo eclesiástico se proyectaba como conservatismo generalizado, aún junto a lo que Irigoyen —nada anticlerical— calificaba de "régimen falaz y descreído", el de las oligarquías liberales en su época de oro. Esta confluencia de paradojas, explica parcialmente el tono anticlerical del movimiento cordobés, por un lado hijo putativo de las tradiciones del liberalismo oligárquico, aunque se planteaba contra éste, y por otro ante una Iglesia parálitica y encerrada en sí misma. Pero sin duda, ésta no era su principal enemigo, sino por añadidura, marginalizada como estaba al proceso histórico. Además, la Iglesia latinoamericana carecía entonces de toda vitalidad intelectual, ignorante aún de las renovaciones profundas del pensamiento tomista y su apertura a la modernidad y la investigación experimental que ya irradiaba, por ejemplo, desde el 90 en Lovaina, con el cardenal Mercier. Seguía por el contrario en los desvaídos trillos de la herencia de Balmes, con manuales eclécticos y apologéticos, que pululaban, señal de su mentalidad a la defensiva. Será sólo en la década del 30 que el tomismo comenzará a ser conocido, e irrumpirá en una versión con doble rostro: Maritain y Garrigou Lagrange; alimentando el primero, un laico converso, el surgimiento de clases medias católicas "demo-cristianas" (con nombres representativos como los de Tristán de Athayde más intelectual y Frei más político) y el segundo, un dominico que llevó a la calle el convento y no al convento la calle, fortificando al pensamiento integrista, como el que anima al rector Derisi y su Universidad Católica de Buenos Aires. Cuando Córdoba no se vislumbraban, ni por tiorios ni por troyanos, estos caminos del proceso posterior.

LOS MAESTROS DE LA JUVENTUD

Decíamos que la matriz de Córdoba había sido el Positivismo. Conviene puntualizar más. La cultura semicolonial latinoamericana, imitativa, dependiente, sin densidad propia, se encauzó en el último tercio del siglo XIX bajo los cánones del positivismo de Comte y Spencer, Taine, con el "darwinismo social" junto a cosmogonías materialistas y evolucionistas, como el monismo de Haeckel y toda suerte de baratijas de segunda mano que nos arrojaba el centro metropolitano europeo. Así, campearon la "Religión de la Humanidad" y la "Religión de la Ciencia" como difuso y ubicuo poder espiritual. Ese nuevo poder espiritual venía a sustituir el vacío que dejaba la Iglesia, incluso quiso levantar la suya en Río de Janeiro, pero el lugar común de su residencia tenía que ser la Universidad, que simultáneamente procuraba, formando profesionales, su "actualización modernizadora", en el sentido preciso en que Darcy Ribeiro emplea la expresión. También desde este clima intelectual se hicieron las más fuertes detracciones al "mestizaje" latinoamericano, a su inferioridad racial y a su lastre católico en comparación a la maravilla del modelo anglosajón. Por el contrario, el gran movimiento del "modernismo" latinoamericano, que lleva

las contradicciones a su paroxismo, denotaba la quiebra más profunda de esas categorías. No se ha estudiado aún cómo el modernismo, nacido al margen de la Universidad, revela la más honda crisis espiritual latinoamericana de su historia: es el desfonde sin fondo del positivismo y el materialismo finiseculares, la aparición trágica de un nihilismo, un "spleen", que tendrá la desesperación de nostalgias cristianas bajo coberturas esteticistas. José Enrique Rodó será uno de sus arquetipos, pero es un fenómeno generalizado. De tal modo, Córdoba se sitúa en rigor dentro de la confusa crisis de positivismo y materialismo precedentes, y no está en condiciones de acuñar ninguna ideología propia, aunque la anhele en sus altisonancias. No puede escapar a la noria de un neoidealismo invertido, a la retórica de "idealidades" que son algo así como las trascendentales del tomismo (verdad, bien, belleza), pero sin fundamento, sin ser, sin Dios, quedando etéreos sobre el vacío.

Sin embargo del modernismo —sus hombres eximios como Rubén y Rodó mueren en sus umbrales— extraerá Córdoba su lección hispanoamericana. Los ideales bolivarianos descienden hacia la realidad, se transmiten de los intelectuales a la juventud. Mejor dicho, están como a mitad de camino hacia la realidad, puesto que la juventud puede asumirlos porque todavía no ha sido apresada por el mecanismo alienante del sistema cotidiano de vida de cada país, volcado hacia afuera y localista, sin vínculo orgánico con el resto de América latina. Ya no será un puñado de intelectuales y poetas: la segunda generación latinoamericana congregará multitud de jóvenes. Y la roca de Sísifo de Ugarte pasará de juventud en juventud, durante décadas. Pero Córdoba será un nuevo jalón en la larga marcha de América Latina, en pos de su unidad nacional. Decía entonces en Córdoba, Saúl Taborda: "Seamos americanos. Seamos americanos por la obra y por la idea y no simples facturías".

El Primer Congreso Americano de Estudiantes (anterior a la Reforma) fue en Montevideo en 1908, y tuvo como aspiración la representación estudiantil. Estas reuniones de jóvenes se hicieron todavía de "frac". Pero las clases medias fueron sumergiendo a los señoritos engominados, y la tonalidad fue de más en más populista. Estamos también en los comienzos tímidos de la industrialización latinoamericana, la aparición de la clase obrera, y el reformismo cordobés recogerá esa inquietud en su consigna siempre intentada, nunca realizada plenamente, de las *Universidades Populares y la unidad obrero-estudiantil*. Paradójicamente, la Reforma Universitaria nacida en el Río de la Plata, quedará aquí estancada, repitiéndose conformista, porque es donde las clases medias consiguen más fácilmente su lugar bajo el sol. En el Uruguay languidecerá en el Centro Ariel y raquíticas Universidades Populares paralelas a la oficial, que les quitaba funcionalidad. En cambio, la Reforma adquirirá virulencia creadora en los países donde la oligarquía no cede el paso, y apela a las dictaduras para mantener el statu quo. Es allí donde tendrá sus mayores exigencias ideológicas y organizativas, es allí donde será reflexionada más hondamente y generará grandes partidos populares.

La Reforma atravesó de un extremo a otro América Latina. Si arranca en Córdoba, su primer Congreso es propiamente el de México, en setiembre de 1921. Abarcaba de Tierra de Fuego a Río Grande. Era el Primer Centenario de la Independencia de México, y la Federación de Estudiantes resolvió convocar un Congreso no sólo latinoamericano, sino internacional. Pero la asistencia de delegados alema-

nes, norteamericanos y chinos no le quitó su índole esencialmente latinoamericana. Fue presidido por el Rector José Vasoncelos, hombre extraordinario, educador, político, filósofo, el más grande intelectual católico latinoamericano de la primera mitad del siglo XX —hoy olvidado como es rutina en las renovaciones europeas de las "generaciones sandwich"— que luego culminara su concepción hispanoamericana en su obra "*Bolivarismo y Monroísmo*", heredero de lo mejor del modernismo y con una visión del mundo no lejana de Teilhard de Chardín. Los delegados estudiantiles al Congreso han dejado su huella en nuestra historia: Cossio Villegas, Henriquez Ureña, Lombardo Toledano, Miguel Ángel Asturias, Orfilia Reynal, etc. Allí se pronuncia: "*La juventud universitaria proclama que luchará por el advenimiento de una nueva humanidad*", destruyendo la "*explotación del hombre por el hombre*" y reafirmando su fe en los "*finés espirituales del hombre*", condena "*las tendencias de imperialismo y de hegemonía y todos los hechos de conquista territorial, y todos los atropellos de fuerza*" y "*el avance imperialista sobre Nicaragua y Santo Domingo*", etc. Por otra parte declara que es obligación de los estudiantes el establecimiento de Universidades Populares.

Sin embargo, si el foco pasaba de Argentina a México, también en México había una revolución victoriosa, y poco a poco se reclusa sobre sí mismo. ¿Quién tomaría y desarrollaría las banderas de la Reforma? ¿En qué ámbito? ¿Donde todo estuviera por hacer? ¿Donde la Reforma no fuera un resultado sino un principio? Allí en el Perú, el joven líder reformista Haya de la Torre se hacía rector de las *Universidades Populares*. De ella extraerá la idea social: *Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales*. De la persecución y el exilio, transitando desde el Río de la Plata a México, abarcará la nación entera y dará un nuevo paso: fundará el Apra (*Alianza Popular Revolucionaria Americana*) desde una visión indoamericana, recogiendo en un nivel superior los planteos de odó y Ugarte. Córdoba daba su fruto auténticamente político e intelectual.

Y llegamos aquí al centro del epicentro cordobés, Haya de la Torre y el Apra. El bolivarismo quería hacerse práctica concreta.

1 Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio: "Universidad y Estudiantes" (Ed. De Palma, Buenos Aires, 1962), pág. 17.

2 Tulio Halperin Donghi: "Historia de la Universidad de Buenos Aires" (Ed. Eudeba, 1962), pág. 132.

3 Citado por Rafael Alberto Arrieta "Introducción al modernismo literario" (Ed. Columba, Buenos Aires, 1956), pág. 56.

4 Samuel Flagg Bemis: "La Diplomacia de Estados Unidos en la América Latina" (F. C. E. Méjico, 1944), pág. 149.

5 José E. Rodó: "Bolívar" (en Obras Completas, Vol. IV. Ed. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1954), pág. 122.

6 Manuel Ugarte: "El Destino de un Continente" (Ed. Patria Grande, 1962), Cap. I, "El lobo y los corceles", págs. 24 y 13.

7 Manuel Ugarte: op. cit., pág. 69.

8 Manuel Ugarte: op. cit., pág. 282.

9 Manuel Ugarte: "El Porvenir de América Latina" (Ed. Indoamericana, Buenos Aires, 1955), pág. 111.

10 En la obra colectiva: "El legado de España a América" (Ed. Pegaso, Madrid, 1954). Tomo II. Constantino Bayle S. J., pág. 339 a 441.

REVOLUCION PERUANA Y CAMINO SOCIALISTA

por Ismael Frías

El socialismo no es, en el Perú menos que en ninguna otra parte, un planteamiento importado, improvisado ni "extremista", como lo pretenden tendenciosa e interesadamente sus enemigos. Muy al contrario. El proyecto y la empresa socialistas, en tanto que única salida para la crisis peruana, fueron propuestos inicialmente por el más nacional a la vez que el más eminente de nuestros pensadores: el *Amauta* José Carlos Mariátegui. Y su obra —cuya peruanidad, madurez y realismo son indiscutibles— constituye hasta ahora la base teórica de todo socialismo entre nosotros.

En que, en realidad, la opción socialista representa para el Perú del presente siglo, al mismo tiempo que un mandato histórico del pasado integral de la patria, la condición *sine qua non* de su desarrollo futuro como nación independiente. Aquí lo ajeno y extraño es el capitalismo, secuela de la neocolonización imperialista. Mientras que lo propio y entrañable viene a ser el socialismo, simbiosis de nuestra vocación autóctona con lo más fecundo de la cultura mundial contemporánea.

Así lo demuestra la evolución de la idea del socialismo en nuestro país durante las últimas cuatro décadas. El testimonio irrecusable de los hombres y las obras (Castro Pozo, Valcárcel, el primer Basadre, Augusto Salazar Bondy, etc.) prueba la legitimidad del socialismo entre nosotros como designio y quehacer auténticamente peruanos.

Pero no se trata solamente de eso. Hay algo muchísimo más importante. Y es que el socialismo constituye en verdad la exigencia objetiva, el prerequisite indispensable y la necesidad vital supremos de esta

Político y escritor, Ismael Frías es el antiguo secretario de Natalia Sedova, viuda de Trotsky, asesor de Ben Bella en Argelia y actual dirigente de la Liga Socialista Revolucionaria del Perú, cuya posición de "apoyo crítico" al gobierno militar de Velasco Alvarado ha permitido el reagrupamiento de varios sectores de la izquierda peruana.

época, para la supervivencia y el progreso del Perú en tanto que comunidad nacional libre y soberana. La revolución socialista no es para nosotros una solución entre varias. Ha llegado a ser la única solución. Veamos por qué.

Si el socialismo resulta imperativo para el Perú de hoy, ello se debe a que la vía no-capitalista o socialista ha demostrado en la práctica ser la senda exclusiva que conduce al desarrollo actualmente. Y porque el desarrollo, a su vez, significa el solo camino por donde podremos salir del estancamiento y la regresión crecientes; evitar la desintegración económica y social total; y rescatar de su pérdida definitiva nuestra identidad nacional misma. La continuidad histórica de la sociedad peruana depende de la posibilidad del desarrollo. Y la posibilidad del desarrollo está sujeta a la eventualidad de la revolución socialista. He ahí por qué decimos que la revolución socialista representa la única solución para los peruanos.

Hay que tener bien presente que ningún país ha logrado durante el siglo veinte franquear el paso del subdesarrollo al desarrollo por la vía capitalista. Rostow pretende que México entró ya en el umbral del crecimiento económico autosuficiente. Pero la verdad es que dicha nación sigue siendo subdesarrollada. "El brutal índice de mortalidad de 12,5 permanece más alto que en Bolivia o el Perú; la mortalidad infantil de 81 por mil es mayor que la de Argentina. La proporción de médicos por habitante (1 para 2.200) es inferior a la de Chile y no llega a la mitad de la de Argentina. El 43 por ciento analfabeto que persistía en 1950 difícilmente se compara con el 19 por ciento y el 13 por ciento de la Argentina. La mano de obra dedicada a la industria permanece en 12 por ciento; el ingreso de 300 dólares por persona coloca a México atrás de Chile, la Argentina, el Uruguay y Cuba, para no hablar de la rica Venezuela petrolera.



Después de la redistribución de tierras en gran escala, más de un millón de jefes de familia campesinos continuaron sin tierra propia; con el crecimiento de la población desde 1950 el número debe llegar a casi dos millones dentro de un total de quizá cuatro millones. Según la FAO, la dieta mexicana promedio tiene un déficit en calorías de menos 24,4; y las condiciones económicas de los tres millones de indígenas en una población actual mayor a treinta millones son tan malas o aún peores a las que sufrían sus más pobres ancestros prehispánicos hace cuatro siglos y medio. Por grande que sea el cambio social, los beneficios económicos de la Revolución Mexicana no alcanzan o se rehusan a grandes sectores de la población; cerca del 50 por ciento recibe hoy sólo el 15 por ciento del ingreso nacional; y se calcula (aunque es discutible) que sólo el 1 por ciento de la población dispone del 66 por ciento del ingreso monetario. Aún más: la desigualdad en la distribución del ingreso crece, no decrece". (Andrew G. Frank, "México: las dos caras de una revolución burguesa del siglo veinte", *Política*, México DF, 15 de mayo de 1963, Vol. IV, núm. 74, Suplemento, p. I).

Australia, Canadá e Israel, a pesar de su riqueza y progreso, no constituyen excepciones a esa regla. Corresponden simplemente a una categoría aparte: la de colonias de poblamiento, donde inmigrantes procedentes de las metrópolis imperialistas, tras de exterminar o expulsar mediante despiados genocidios a los indígenas, y sobre la base de enormes inversiones de capital internacional (preponderantemente inglés y estadounidense) han levantado sendos puestos avanzados de la penetración del imperialismo con vistas al control del resto del mundo.

Es obvio, por el contrario, que el ascenso meteórico de la Unión Soviética, en menos de medio siglo, desde el atraso asiático hasta el rango de superpotencia planetaria y vanguardia social de la humanidad, fue hecha posible tan sólo gracias a la Revolución Socialista de 1917, que estableció la propiedad nacionalizada e implantó la planificación de la economía. Cabe ciertamente la atingencia de que la URSS representa un caso especial, dados sus dimensiones geográficas, recursos naturales y avance industrial previo. A lo que habría que contraponer las destrucciones ingentes y sin paralelo sufridas por ella durante las dos grandes guerras mundiales. Así como hacer valer el hecho de que, sin la adopción del socialismo, de nada hubiese servido todo aquello, pues Rusia muy probablemente habría sido desmembrada y sometida a la dependencia neocolonial.

Derroche y Subconsumo

Existe, en cualquier circunstancia, una evidencia incontrastable a favor del modelo socialista: todos, absolutamente todos, los pueblos que han iniciado el "despegue" efectivo de su propio desarrollo —a saber, una industrialización independiente, rápida y autopropulsada—, o que se han situado en una posición tal que les permita acceder a dicho estadio (reivindicando y reapropiándose sus fuentes internas de acumulación, al recuperarlas del dominio imperialista), a lo largo del siglo veinte y más en particular alrededor de su segunda mitad, resultan ser no por casualidad, los mismos que simultáneamente iniciaron también la construcción del socialismo: Yugos-

lavla, China, Cuba (pese a los *handicaps* intrínsecos de ésta en contra, los perjuicios irrogados por el bloqueo yanqui e inclusive ciertos errores de su dirección económica), Vietnam del Norte, entre tantos otros.

A la luz de la experiencia y la teoría puede hoy arribarse a la conclusión de que el desarrollo de tipo capitalista constituyó una fase histórica ya perimida, que abarcó *grosso modo* el siglo XIX, y que ha sido reemplazada por otra nueva etapa de la historia, la del desarrollo de tipo socialista, correspondiente al siglo XX. Un desarrollo socialista resultaba utópico el siglo pasado. Un desarrollo capitalista resulta anacrónico en este siglo. En ambos casos se trata de un imposible. Aquellos países capitalistas que realizaron su "despegue" durante el siglo XIX, continúan y continuarán enriqueciéndose y progresando por cierto tiempo aún, sin duda. Pero ningún país actualmente subdesarrollado podrá efectuar su respectivo "despegue" dentro del capitalismo. Para lograrlo deberán adoptar la forma contemporánea de desarrollo, el socialismo.

La fórmula típica de desarrollo capitalista, en efecto, implica la concentración y capitalización de una elevada proporción del ingreso en manos de una minoría de grandes burgueses. Lo que conlleva obligadamente el que la abrumadora mayoría de la población sólo reciba una parte mínima de la renta nacional. En la actualidad, empero, dicha fórmula resulta inoperante. Ante todo, porque las masas trabajadoras —sobre las cuales el llamado "efecto de demostración" provoca una incesante multiplicación de las aspiraciones y las expectativas—, no toleran más que la riqueza social siga acaparada en poder de los menos. Y luego, debido a que la burguesía de los países subdesarrollados, lejos de cumplir su primitiva función de acumular e invertir para el desarrollo de sus propias naciones, despilfarra, invierte especulativa y no productivamente, o exporta sus capitales a las metrópolis. De ahí que un cambio del régimen de propiedad —de privada a colectiva o socialista— sea hoy requisito previo a la capitalización indispensable para el desarrollo.

El desarrollo de tipo capitalista se caracteriza por: la propiedad privada de los grandes medios de producción, la libre competencia que da origen posteriormente a los monopolios, la ausencia de planificación con la consiguiente anarquía del mercado, y la no intervención del Estado (salvo como defensor de los intereses de clase de la burguesía en su conjunto). Toda una serie de factores impulsaron y favorecieron, hasta el punto de ser en realidad los elementos determinantes del proceso, dicho desarrollo de tipo capitalista, hace cien años, especialmente en los países de Europa Occidental y América del Norte (pues el Japón constituye un caso peculiar). Tales factores no funcionan ya o tienen signo contrario ahora que se trata del desarrollo de las naciones del Tercer Mundo.

Examinemos, un poco más de cerca, cuáles fueron esos factores, qué rol jugaron, si actúan o no y cómo lo hacen en tal caso hoy por hoy.

1. El acrecentamiento de la productividad agrícola, previo a la revolución industrial, proporcionó el impulso decisivo para el desarrollo capitalista, general y acumulativo, en Inglaterra, Europa Occidental y los Estados Unidos. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo y concretamente en el Perú, la productividad agrícola es bajísima y se halla estancada o inclusive en retroceso (con la sola excepción de algunos cultivos de exportación).

2. La simplicidad relativa de los primeros métodos industriales, más empíricos que científicos, permitió en aquel entonces la rápida difusión de la técnica, de uno a otro país, por medio de la imitación, el perfeccionamiento y la invención de las maquinarias y herramientas esenciales. Mientras que la avanzada tecnología contemporánea hace prácticamente imposible un proceso similar entre los países subdesarrollados en nuestra época.

3. La escasez y el costo demasiado elevado de los medios de comunicación y transporte, en el siglo pasado, alentaban la producción industrial para el propio mercado interno en el territorio de cada nación. Actualmente, los progresos de la marina y la aviación comerciales, así como su cuasi monopolio por las grandes potencias imperialistas, permiten a éstas desalentar la industrialización de los países atrasados mediante la competencia de sus mercaderías, mejores y más baratas, transportadas a cualquier parte del globo.

4. El monto comparativamente pequeño de las inversiones de capital requeridas por la industria al comienzo del desarrollo capitalista, puso éste al alcance de virtualmente todas las naciones del hemisferio norte. En tanto que hoy en día, la magnitud de los capitales exigidos por cualquier proyecto industrial de ciertas dimensiones, levanta una valla casi insuperable para los pueblos del hemisferio sur. Un ejemplo ilustrará esta diferencia: en la Inglaterra de 1812, se necesitaba apenas un capital equivalente a *cuatro meses* de salario por cada obrero empleado en una manufactura; en un país del Tercer Mundo, el año 1960, ese mismo capital equivalía a *treinta años* de salario.

La Economía Peruana

5. Las altas tasas de ganancia del capital industrial, en la época del liberalismo manchesteriano, que alcanzaban hasta el 30 el 40 por ciento o más, estimularon y propulsaron la reproducción ampliada, la acumulación y la inversión, sobre cuyas bases se erigió la prosperidad capitalista de los países adelantados. En cambio, ahora, la tasa de ganancia del capital industrial ha decrecido hasta situarse alrededor del 10 por ciento, a la vez que el sector terciario o de los servicios, y más aún el comercio especulativo, brindan utilidades del doble, el triple o todavía superiores. El resultado de todo esto viene a ser que en las naciones atrasadas, los capitales tan preciosos por su rareza y su urgencia, se desvían de la industria hacia los servicios hipertrofiados y la actividad comercial importadora, que fomentan el remedo de las normas de "gran consumo" de las metrópolis imperialistas.

6. El incremento demográfico, al empezar el último tercio del siglo XIX, era apenas del 0,5 por ciento anual en Europa Occidental. En esta segunda mitad del siglo XX, la población del Perú aumenta a un ritmo del 3 por ciento cada año, con tendencia a acercarse a índices como los de México (3,5%) y Filipinas (3,8%). Este hecho, por sí solo, reduce a nada el lento crecimiento de estos países dentro

del actual régimen capitalista, y hace indispensable, por tanto, un cambio radical de sistema social. En efecto, las nacionales hoy desarrolladas, efectuaron su "despegue" hace más de cien años, invirtiendo únicamente del 5 al 6 por ciento de su ingreso bruto anual; cifras que luego ascendieron hasta el 12 por ciento anual a mediados del siglo pasado. Ello les bastó para asegurar su desarrollo capitalista, gracias a su mínima tasa de aumento poblacional. Pero los pueblos del Tercer Mundo, agobiados como se ven con porcentajes de multiplicación de sus habitantes del orden del 3 por ciento, tendrían que invertir el 22,5 por ciento de su ingreso bruto, para obtener un crecimiento sostenido del 5 por ciento anual de su producto bruto nacional (absolutamente insuficiente, sin embargo, puesto que no les permitiría jamás alcanzar el nivel de los países ya desarrollados). Y, sin embargo, la economía capitalista es estructuralmente incapaz para garantizar una tasa de inversión que ni siquiera se aproxime al 22,5 por ciento. Esto sólo sería posible con una economía nacionalizada y planificada, vale decir, con una economía socialista.

Socialismo y Crecimiento

7. La superexplotación más impiadosa de la clase obrera, incluidos los niños y las mujeres, con jornadas de doce a quince horas, salarios no sólo de hambre sino de muerte, en condiciones subhumanas de salubridad y seguridad, etcétera, fue uno de los motores principales del "despegue" capitalista en el siglo XIX. En nuestra época, felizmente, la presencia de la legislación social y la acción de los sindicatos, impiden regímenes de trabajo tan abyectos y criminales en la industria. Ellos sólo subsisten, con todo su horror, en la agricultura. De tal modo el capitalismo de hoy se encuentra privado de uno de sus más poderosos agentes de expansión: la acumulación primitiva basada en la degradación física y moral de la mano de obra.

8. Pero la diferencia esencial entre el alba del capitalismo y su crepúsculo, entre la factibilidad del desarrollo durante la etapa de ascenso capitalista y la imposibilidad del mismo en el período de declinación del sistema, reside en la existencia del imperialismo. La dominación imperialista —fundamentalmente la de los Estados Unidos de Norteamérica—, que se ejerce sobre el conjunto del mundo no socialista, bloquea y cierra el paso hacia el desarrollo a cada uno de los países capitalistas atrasados y dependientes del imperialismo. Tal es la consecuencia de la succión de los capitales, el saqueo de las riquezas naturales, la competencia desigual hecha a la industria, y el despojo mediante el comercio no equivalente, a que son sometidos los países atrasados y neocoloniales por las metrópolis imperialistas. Si éstas hubiesen sufrido, en sus orígenes, un trato semejante, si hubiesen sido colonizadas a su turno, jamás hubieran llegado a desarrollarse. Y nunca se desarrollarán, tampoco, las naciones del Tercer Mundo, dentro de ese mecanismo de exacción y opresión que es capitalismo imperialista, diseñado precisamente para mantenerlas sumidas en el subdesarrollo. Por eso, parafraseando la encíclica "Populorum Pro-

gressio", nosotros decimos que el socialismo es el nuevo nombre del desarrollo.

Basta mensurar las proporciones de la crisis estructural del Perú, por otra parte, para darse cuenta que aquí el socialismo constituye realmente una necesidad objetiva.

Desarrollo y Capitalismo

De acuerdo a cifras oficiales, somos más de doce millones de peruanos. Cada año nacen alrededor de cuatrocientos mil niños, pues nuestra población crece a un ritmo ligeramente superior al tres por ciento anual. Y para hacer frente a esta verdadera explosión demográfica, con el fin de sostener a estos millones de habitantes que aumentan veloz e incesantemente, el país dispone tan sólo de un puñado de empleos. La industria apenas puede dar trabajo a ciento setenta y seis mil obreros y cuarenta y tres mil empleados. La minería ocupa únicamente cincuenta mil obreros y ocho mil quinientos empleados. La administración pública acoge a ciento cuarenta mil empleados y quince mil obreros. El comercio y la banca absorben a sesenta y tres mil empleados y cuarenta y dos mil obreros. El renglón de los servicios da cabida a cincuenta mil empleados y sesenta y nueve mil obreros. En total, solamente seiscientos cincuenta y ocho mil quinientos puestos.

Tan tremendo déficit ocupacional tiende a agravarse en forma inexorable, según datos de la Sociedad Nacional de Industrias, porque del total de la mano de obra que se incorpora cada año al mercado laboral, la propia industria puede asimilar únicamente el 14 por ciento, la rama de construcción el 3,5 por ciento, los transportes el 3 por ciento, la minería el 2,2 por ciento y la pesquería apenas el 0,5 por ciento. Lo que no llega a cubrir ni siquiera la cuarta parte de la oferta de brazos y deja en el aire al 75 por ciento de los nuevos trabajadores.

¿Cómo sobrevive, entonces, nuestro pueblo? Sencillemente, porque su inmensa mayoría vejeta arañando la tierra, dedicada a una agricultura de mera subsistencia, cultivando surcos ajenos, en condiciones inhumanas de miseria y atraso. Y porque, además, los centenares de miles de campesinos que huyen del campo hacia las ciudades, se hacen en barriadas paupérrimas, convertidos en vendedores ambulantes, peones de construcción o trabajadores ocasionales. Mientras que el artesanado y el pequeño comercio dan de comer al resto de la población, por supuesto en un nivel igualmente precario.

Si se toma en cuenta que los habitantes económicamente activos son casi cuatro millones, y que existen, repetimos, más de doce millones de peruanos, veremos dibujarse ante nuestros ojos un cuadro clásico de subempleo y pseudoocupación improductiva; con lo cual llegaremos ineludiblemente a la conclusión de que la mayor carencia que padece el Perú viene a ser la falta de trabajo: somos un país de desocupados parciales o totales.

Ahora bien, para dar trabajo a su población creciente, el Perú necesita: movilizar productivamente a la mano de obra campesina excedente, a través de la reforma agraria; y proceder a la industrialización. Sucede, sin embargo, que ambas requieren una

planificación global y a largo plazo del conjunto de la economía, por un lado, y una muy alta tasa de inversión del ahorro interno (25 % o más del producto bruto nacional), por otro. Cosas las dos, incompatibles con la propiedad privada de los grandes medios de producción. ¿Cómo podría, en efecto, imponerse la planificación ni obligarse a invertir un elevado porcentaje de sus ingresos a los propietarios privados, peruanos o extranjeros, si éstos siguen siendo dueños omnímodos de todos los recursos de la nación?

La línea de razonamiento es irrefutable. Si queremos dar trabajo a nuestro pueblo, debemos revitalizar la agricultura nacional e industrializar el país. Si queremos revitalizar la agricultura nacional e industrializar el país, tenemos que planificar la economía o invertir el máximo posible del ahorro interno. Si queremos planificar la economía e invertir el máximo posible del ahorro interno, hemos de nacionalizar o socializar la propiedad, vale decir, abolir el capitalismo y adoptar la vía socialista de desarrollo. Esto es lo que queríamos decir cuando afirmábamos que el socialismo es para el Perú una necesidad objetiva y la única solución.

Después de haber rastreado la evolución de la idea del socialismo en nuestra patria, y luego de demostrar que la opción socialista está inscrita en la realidad nacional misma, lo que nos toca ahora es exponer y fundamentar las bases programáticas del socialismo peruano. O sea los lineamientos generales del proyecto o modelo de socialismo que nosotros proponemos para el Perú. ¿Cómo haríamos, de lo contrario, los socialistas revolucionarios, para convocar al pueblo a luchar por la revolución socialista? Porque la fuerza de atracción e impulsión del socialismo reside tanto en aquello que afirma y ofrece, como en aquello que niega y rechaza. No se trata, por supuesto, de trazar un esquema más o menos detallado de la nueva sociedad. Los marxistas nos rehusamos a tales ejercicios utópicos. Pero resulta imperativo enunciar un programa coherente y razonado, que articule sistemáticamente las principales decisiones estratégicas, aptas para desencadenar ese proceso irreversible de liberación nacional, cambio estructural, industrialización planificada, democratización autogestora y desarrollo integral en fin, que viene a ser el cometido del socialismo peruano. Plataforma cuya norma inspiradora o criterio definidor es el humanismo marxista. Acá nos limitaremos, claro está, a dar nuestra contribución personal, un aporte simplemente, a la elaboración colectiva, a través del debate libre, de ese futuro programa definitivo de la Revolución Socialista Peruana de mañana.

El "Modelo" Socialista

El punto de partida y el eje central de dicho programa está dado por la comprensión de la inmediatez o la inminencia de la alternativa socialista. Ello no significa, sin embargo, hacerse ilusiones sobre la inevitabilidad, la facilidad y ni siquiera la proximidad cronológica de la transición al socialismo. La solución socialista dista mucho de ser fatal, pues depende de que los hombres quieran y sepan imponerla. No tiene nada de sencilla, estando por el contrario, erizada de dificultades. Y aunque su aplicabilidad ahora y aquí es indiscutible tras el ejemplo cubano,

nadie ignora que un lapso más o menos largo puede transcurrir antes que una posibilidad objetiva se realice, por insuficiencia subjetiva (¿acaso la misma Revolución Cubana posible, se hubiese realizado en 1959 sin Fidel Castro?) Lo que queremos decir cuando proclamamos como la piedra angular y la viga maestra de nuestro programa, la concepción de la oportunidad y la perentoriedad de la disyuntiva socialista, es que en este país y en esta época, el socialismo, la revolución socialista, constituye el paso previo y el requisito imprescindible para cualquier avance real de la sociedad. Y esto porque: "El establecimiento de una economía socialista planificada es una condición esencial, y de hecho indispensable, para lograr el progreso económico y social de los países subdesarrollados". (Paul A. Baran, "La Economía Política del Crecimiento", México DF, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 293).

Como Creció el Capitalismo

Pocos han expresado esta ley contemporánea de la actualidad y la urgencia del socialismo en el presente siglo, tan temprano ni con tanta lucidez y pasión, como esa genial teórica del marxismo que fuera la heroica Rosa Luxemburgo: "Nuestro programa... se opone deliberadamente a que las llamadas demandas mínimas e inmediatas formuladas para la lucha política y económica sean separadas de la meta socialista, considerada como el programa máximo... No sabemos nada de programas mínimos y máximos; lo único que conocemos es el socialismo, y es el socialismo el mínimo que vamos a asegurar... Tenemos que juzgar la situación política desde el punto de vista de los que procuramos la inmediata realización del socialismo, de los que estamos decididos a subordinar todo lo demás a ese propósito". (Rosa Luxemburgo, "Programa para la Revolución", *Pensamiento Crítico*, La Habana, diciembre de 1967, N° 11, p. 138). He ahí el basamento inmovible de nuestro programa, como el de todo programa revolucionario en el mundo de hoy.

Puntualizaremos a continuación los elementos esenciales del programa socialista revolucionario para el Perú.

La investigación científica contemporánea acerca de los problemas del subdesarrollo y del desarrollo, ha probado que la estructura de relaciones metrópoli-satélite, característica del sistema capitalista, es la verdadera causa histórica del subdesarrollo nacional y regional. Además, según las más nuevas teorías socioeconómicas, el rasgo específico que define a las sociedades satelizadas, consiste en que el poder de decisión sobre su economía y su vida en general reside en el exterior, en la metrópoli, y no en ellas mismas. La dominación imperialista actual, y su correlato la dependencia neocolonial presente, o lo que es igual, la hegemonía de la metrópoli y la subordinación del país satélite, se han constituido históricamente a través de cuatro tipos sucesivos de monopolio (que coexisten en los casos extremos de algunas de las llamadas "naciones aparentes", en todo o en parte) ejercidos por el centro sobre la periferia. Ellos son el monopolio comercial, el monopolio de la industria manufacturera, el monopolio de la industria de bienes de capital, y el monopolio de la tecnología, yendo de su modalidad más antigua

a la más moderna. El colonialismo, semicolonialismo o neocolonialismo externos determinan, por otro lado, el fenómeno concomitante de lo que se conoce por colonialismo interno: los centros urbanos, que funcionan como satélites de la metrópoli imperialista, actúan a su vez en tanto que metrópolis frente a las zonas del interior, especialmente las rurales o campesinas, de las que hacen sus propios satélites. La pobreza, el atraso y el subdesarrollo de los satélites con la condición básica de la riqueza, el progreso y el desarrollo (o pseudodesarrollo en la mayoría de los casos) y de las metrópolis. He aquí por qué la quiebra de la estructura de relaciones metrópoli-satélite, la desatelerización de la órbita imperialista, la ruptura de la polaridad centro imperial-periferia colonial, la emancipación respecto de todos los monopolios, vale decir, la liberación nacional, mediante la nacionalización de todas las propiedades del imperialismo, así como la "nacionalización" del gobierno y de la sociedad en su conjunto, es el punto de arranque insustituible del desarrollo.

1. Nacionalización sin indemnización de todas las empresas y propiedades imperialistas: petroleras (lo que queda de ellas), mineras, ferroviarias, eléctricas, telefónicas, bancarias, comerciales, fabriles, agrícolas, ganaderas, etcétera.

2. Monopolio estatal del comercio exterior. Acción concertada y efectiva con todos los países del Tercer Mundo para estabilizar y elevar sustancialmente los precios de nuestros productos de exportación.

3. Relaciones económicas y diplomáticas con todos los países socialistas. Restablecimiento de relaciones con Cuba socialista.

4. Denuncia del Tratado Interamericano de Río de Janeiro, del de Ayuda Militar con los Estados Unidos y de todos los demás pactos lesivos al interés nacional. Expulsión del país del "Cuerpo de Paz", tal como ya se hizo con las misiones militares norteamericanas. Reemplazo de la OEA por una Organización de Estados Latinoamericanos. Integración económica y política dentro de la Federación Socialista de América Latina.

5. Aceptación de la ayuda y la inversión internacionales, sea cual fuere su procedencia, pero sólo en las condiciones siguientes: a) Que los capitales extranjeros se sujeten estrictamente a los objetivos y pautas de la planificación nacional. b- Que el personal foráneo permanezca siempre bajo el control administrativo y técnico patrio. c) Que la maquinaria y el equipo venidos de fuera se ajusten a especificaciones tales que no dependan exclusivamente de los repuestos, la tecnología y las materias primas del país proveedor. d) Que en caso de inversión privada, las nuevas instalaciones pasen a ser propiedad peruana después de la amortización y la normal remuneración del capital invertido. e) Que las licencias y patentes de origen externo sean también transferidas en propiedad al Perú, a cambio de una compensación equitativa. f) Que la ayuda y la inversión internacionales no provengan de una sola gran potencia, sino del mayor número posible de ellas.

La Demografía Colonial

El cambio estructural prioritario y decisivo, del cual dependen todos los otros, y que constituye el factor desencadenante del desarrollo, es la Reforma

Agraria: transferencia masiva, rápida y drástica de la propiedad y el poder de la minoría a la mayoría, que mejora la repartición del ingreso; corrige la utilización de los recursos; estimula la oferta y la demanda; aumenta la tasa de formación del capital; tiende a disminuir el índice del crecimiento demográfico; y libera fuerzas que actúan positivamente sobre todas las variables de la economía.

1. Las bases de la Reforma Agraria deben ser: A) Fijar un límite máximo de tierra que pueda pertenecer en propiedad a cada individuo y su familia: dicho límite podría ser el propuesto por la Confederación Campesina del Perú: en la Costa: 60 hectáreas con riego, 90 de secano y 120 con pastos naturales; en la Sierra: 60 hectáreas con riego, 90 de secano y 200 con pastos naturales; en la Selva: 100 hectáreas de secano. B) Expropiar toda la tierra que exceda del límite máximo fijado; no pagar indemnización alguna a los latifundistas expropiados. C) Entregar gratuitamente las tierras expropiadas a los campesinos que carezcan de ellas o las posean en cantidad insuficiente. D) Organizar democráticamente a los campesinos en cooperativas de producción de tamaño mediano. E) Restituir a las comunidades sus tierras usurpadas y transformarlas en cooperativas comunales. F) Nacionalizar las grandes haciendas azucareras, ganaderas y todas aquellas que hayan alcanzado un alto nivel tecnológico; mantenerlas en funcionamiento como sendas unidades productivas; y colocarlas bajo la autogestión de sus propios trabajadores. G) Prohibir la venta o el arrendamiento de las tierras a fin de evitar la reconstitución de la gran propiedad agraria. H) Redistribuir racionalmente y sin privilegios las aguas de regadío. I) Anular las deudas de los campesinos a los gamonales, usureros y tinterillos.

El Programa Socialista

2. Las normas fundamentales para la intensificación de la agricultura, después de realizada la Reforma Agraria, han de ser: A) Reestructurar las unidades de producción agrícola, eliminando el minifundio, pero sin caer en el exceso opuesto, la extensión desmesurada de los fundos o el "gigantismo". Las unidades de producción agrícola deben tener dimensión óptima y no necesariamente máxima. Entendiéndose por dimensión óptima aquella que: permite al director técnico de la explotación conocer y dirigir personalmente el proceso productivo; reduce los gastos generales; simplifica la gestión; facilita el control; y favorece el mantenimiento de relaciones humanas en el seno de la colectividad de trabajadores. B) Adoptar la cooperativa de producción como el tipo predominante de organización agraria, empezando por la conversión de las comunidades en cooperativas comunales, con las siguientes características principales: a) La tierra puede ser propiedad nacional, comunal o de los cooperativistas individualmente. b) El Estado aporta parte del capital en calidad de crédito, por el cual hay que pagar intereses y que debe ser amortizado gradualmente. c) El plan central orienta la naturaleza y el volumen de la producción. d) La gestión es plenamente autónoma y corre a cargo de los organismos de autogestión elegidos e integrados por los cooperativistas mismos. e) El director técnico, cuya función consiste en asesorar a

los organismos de autogestión y jefaturar el trabajo cotidiano, es nombrado por el Estado. C) Confiar a la autogestión de sus trabajadores las grandes haciendas nacionalizadas (azucareras, ganaderas y en general las de alto nivel tecnológico). En una primera etapa: a) El director técnico, designado por el gobierno, dispondría de amplios poderes. b) Los órganos de autogestión, electos por y compuestos de los mismos obreros agrícolas, irían aumentando sus atribuciones conforme se desarrollase la experiencia de gestión del personal. D) Respetar la existencia de las unidades de producción cuyos dueños campesinos deseen continuar explotándolas como propiedad privada de escala familiar. E) Autorizar a las cooperativas, las grandes haciendas nacionalizadas y los pequeños propietarios para que, después de cumplir sus respectivos contratos de provisión y de satisfacer sus demás obligaciones en especie con el Estado, vendan a precio libre en el mercado el resto de su producción F) Reglar las relaciones financieras entre el Estado, de una parte, y las cooperativas y las grandes haciendas nacionalizadas, de otra, de acuerdo con dos principios básicos: a) El Estado recaudará la renta absoluta procedente de las tierras expropiadas, redistribuidas o nacionalizadas, a fin de incrementar con ella el fondo de inversiones en provecho de la sociedad en su conjunto. b) El Estado no enjugará los déficits de dichas empresas autónomas, que sean consecuencia del mal trabajo y/o de la mala gestión. G) Promover el máximo desenvolvimiento de las relaciones comerciales de las empresas agrícolas entre sí y con las de todos los otros sectores. H) Remunerar a los trabajadores de las cooperativas y las grandes haciendas nacionalizadas en proporción directa a los resultados económicos globales de cada explotación: a) No habrá un jornal "garantizado" independientemente de la marcha efectiva de la empresa. b) El salario estará ligado a las utilidades realizadas anualmente. c) La evaluación del trabajo tendrá que efectuarse por tareas. d) Se recurrirá a los estímulos materiales, vale decir al pago según el trabajo verdaderamente rendido, para elevar la productividad incentivándola. I) Educar y capacitar al campesinado, a través de campañas planificadas, masivas y aceleradas, para la aceptación y adopción de la tecnología moderna. Difundiendo preferentemente aquellos mejoramientos tecnológicos que complementan y no desplazan al trabajador: abonos orgánicos y químicos, pesticidas, semillas seleccionadas, métodos de cultivo más eficaces, etcétera. J) Movilizar la fuerza de trabajo campesina, equivalente a millones de hombres, que de modo permanente o temporal, se halla desocupada, subocupada o improproductivamente ocupada, mediante la inversión de esa mano de obra en la construcción de caminos, la realización de obras de pequeño regadío, de drenaje, contra la erosión, la edificación de escuelas, viviendas, etc.; o sea en la capitalización, con ayuda y orientación estatales, de la tierra que usufructúan.

Si la reforma agraria y la intensificación de la agricultura representan la plataforma indispensable para el "despegue", la industrialización planificada constituye el vehículo mismo de ese vuelo ascendente, continuo y autoimpulsado, al que llamamos desarrollo. Ahora bien, dicha industrialización planificada sólo resulta factible, en un país neocolonial, pobre y atrasado como el Perú, previa la nacionalización de los sectores claves de la economía: ésta permite, en efecto, que la sociedad capitalice la parte no consumida del producto nacional o excedente económico —hoy expatriada por los monopolios o despilfarrada por la oligarquía burguesa de intermediarios nativa—,

con cuyo capital habrán de financiarse las grandes inversiones en las que se basa precisamente la creación de toda industria independiente y moderna.

1. Nacionalizar en forma rápida y coordinada: A) Las empresas industriales que empleen más de cien obreros. B) Los bancos, financiadoras, mutuales de crédito y compañías de seguros. C) El transporte urbano e interurbano. D) Los servicios esenciales. E) El comercio mayorista y los grandes almacenes minoristas de propiedad imperialista.

2. Organizar a los artesanos en cooperativas de producción, que los abastezcan de materias primas y equipo, al mismo tiempo que les aseguren la comercialización de sus productos en el país y en el extranjero.

3. Fomentar el establecimiento de una vasta red nacional de cooperativas de consumo.

4. Garantizar la subsistencia, durante un período determinado, de los sectores industrial y comercial capitalistas nativos que, al no corresponderles ser incluidos en las medidas iniciales de nacionalización, colaboren con el setcor socialista predominante; para lo cual se les brindará toda clase de ayuda y se les asegurará un margen razonable de utilidad.

Una Nueva Sociedad

5. Implantar la autogestión obrera en todas las empresas nacionalizadas: la empresa bajo autogestión debe ser por ley la forma única de empresa en el sector socialista de la economía.

6. Adoptar un sistema de planificación flexible y no burocrático, que: A) Fije las proporciones globales del desarrollo económico: tasa de crecimiento; estructura de la distribución del ingreso; volumen y estructura de las inversiones; e intercambios con el extranjero. B) Deje en poder de las empresas bajo autogestión obrera, una parte sustancial y creciente de sus utilidades, al margen de lo que le toca percibir al Estado, a fin de que dichas utilidades constituyan el fondo de acumulación de cada empresa, destinado a la inversión. C) Canalice la libre iniciativa de las empresas nacionalizadas y privadas, de las cooperativas y comunidades, así como de los órganos de autogobierno local, apoyándose en las leyes económicas objetivas y en las fuerzas y tendencias del mercado. D) Respete la equivalencia fundamental entre valor y precio, tal como ésta se manifiesta a través de la formación de los precios en el mercado, al mismo tiempo que mantiene una moneda firme y estable. E) Haga del Plan, no un cuerpo de decisiones centralistas y detalladas, sino una línea directriz general, que ejerza su acción orientadora por medio de los mecanismos fiscal y de crédito. F) Dé a cada empresa bajo autogestión obrera la posibilidad de formular su propio plan, de acuerdo con los recursos materiales de que disponga. G) Elabore y aplique el Plan nacional —trienal o quinquenal, pero que se inserta dentro de una planificación a largo plazo, de diez, veinte o más años—, mediante un diálogo democrática permanente, que debe sustentarse sobre la información objetiva y el estudio científico, entre las unidades económicas básicas autogestionadas, las grandes organizaciones de masas, las distintas co-

rientes políticas socialistas, los múltiples núcleos del autogobierno local, las diversas instancias del Estado y el organismo planificador central.

7. Definir como los objetivos prioritarios de la planificación económica socialista en el Perú: A) La elevación de la productividad agrícola, que permita compensar y superar cuando menos la tasa del crecimiento demográfico actual, de más del 3 % cada año. B) El aumento de la producción, la diversificación de los mercados y la defensa de los precios del azúcar y del algodón. C) El autoabastecimiento ganadero, para la provisión de carne y leche, por medio de cerco generalizado de los pastizales, la importación de reproductores finos y la inseminación artificial en gran escala, etcétera. D) La fijación de un precio de productores para la harina de pescado, aprovechando la posición hegemónica que nuestro país ocupa en el mercado mundial. La racionalización de la industria pesquera, gracias a la máxima tecnificación de todo el proceso y la toma de medidas para evitar la sobrepesca. E) El incremento de la producción, la consecución de nuevos mercados y la protección de los precios de la minería nacional. La refinación y la mayor elaboración posible de los minerales en el país antes de su exportación. F) La autosuficiencia en materia petrolífera, como primer paso hacia nuestro retorno a la posición de exportadores de petróleo y sus derivados. G) La creación de industrias locales complementarias de la agricultura: frigoríficos, fábricas de conservas, talleres artesanales, etcétera. H) La ampliación de la industria nacional de fertilizantes sintéticos hasta cubrir los requerimientos de la intensificación de nuestra agricultura. La puesta en explotación de los ricos yacimientos de fosfatos del norte. El impulso a la industria de los pesticidas e insecticidas químicos para la protección de los cultivos. I) El no debe ser desplazada. J) La expansión de la industria liviana, orientada hacia la satisfacción de la demanda de los millones de nuevos consumidores campesinos, creados por la reforma agraria, y a la concurrencia en el mercado latinoamericano. K) El desarrollo de las industrias básicas, que son la clave del progreso del Perú como de cualquier otro país: siderometalurgia, petroquímica, química de base, de equipos electromecánicos pesados, de construcción naval, de material ferroviario, de material aeronáutico, nuclear y cibernética; teniendo perfecta conciencia naturalmente de que su afirmación y expansión sólo puede concebirse dentro del marco de la futura integración socialista de América Latina. La creación de dichas industrias básicas deberá ser encarada financiándola con los créditos y beneficiándonos con la transferencia tecnológica de todos los países que deseen ayudarnos, socialistas y capitalistas, de modo que no se agobie la capacidad de acumulación e inversión de nuestra economía, ni se comprima inhumanamente el consumo de la población.

Bases de la Revolución Agraria

El desarrollo no consiste tan sólo en la liberación nacional, el cambio estructural (fundamentalmente la reforma agraria) y la industrialización planificada, sino además y por igual en la continua promoción de las masas, en la creciente participación del pueblo, vale decir, en el paso gradual de la democracia abstracta

a la democracia concreta. El punto de partida de este proceso no puede ser otro que el lugar de trabajo: la empresa. Mientras allí no se inicie la transferencia efectiva del poder de decisión a los trabajadores, resultará imposible cualquier verdadera promoción y participación suyas. Por eso el desarrollo a nivel de la empresa se llama autogestión. Y toda democratización real de la sociedad será autogestora o no será tal democratización. Únicamente sobre la base de la autogestión obrera de las empresas, por otra parte, podrá consolidarse el autogobierno local de las unidades territoriales y la autogestión social de las instituciones. Es la autogestión, finalmente, lo que garantiza a escala histórica el carácter socialista de la actual revolución antiimperialista, agraria, anticapitalista y para el desarrollo de la nación.

Agricultura e Industria

1. Todas las empresas agrícolas, industriales, comerciales, bancarias, del transporte y de los servicios, pertenecientes al sector socializado de la economía, serán puestas en autogestión: a) cada empresa será propiedad de la sociedad; b) la gestión de cada empresa estará a cargo de la colectividad de trabajadores que laboran en la misma.

2. La empresa en autogestión gozará de plena autonomía: a) elaborará su propio plan económico; b) fijará el volumen, la calidad, la variedad y el precio de su producción, así como la comercializará libremente; c) reglamentará la organización de su trabajo interno; d) establecerá el modo de repartición de sus ingresos, una vez satisfechas sus obligaciones con la sociedad.

3. El Estado no intervendrá en la vida de la empresa bajo autogestión, sino a través de sus disposiciones legales generales respecto de: a) los compromisos financieros de las empresas con el mismo Estado; b) la higiene y la seguridad industriales; c) la remuneración mínima básica de los trabajadores; d) el control de ciertos precios; e) la asignación de divisas extranjeras, etcétera.

4. La planificación —o sea la coordinación de la actividad de las empresas, bajo autogestión en este caso, con los objetivos, prioridades y plazos del Plan central nacional— se cumplirá, no mediante la fijación de cuotas obligatorias de producción anuales (en especie o en valor) para cada empresa, sino por la acción de incentivos y disuasivos fiscales y crediticios, tales como: a) la tasa de amortización del capital; b) la tasa de interés sobre el capital; c) los impuestos; d) la distribución de los capitales del fondo nacional de inversiones; e) el otorgamiento de créditos y la diferenciación selectiva de las tasas de interés a cobrarse por los mismos.

5. La remuneración de los trabajadores de la empresa en autogestión será establecida por ellos solos, sobre la base de: a) la eficacia de la gestión colectiva, medida según las ganancias logradas anualmente por la empresa; b) el trabajo efectivo realizado por cada miembro del personal.

6. Los organismos encargados de ejercer la autogestión —Consejo y Comité— serán elegidos democráticamente: el Consejo, por la Asamblea General; y el Comité, por el Consejo. El Director Técnico será nombrado por el Estado inicialmente; pero estará sujeto a revocación, cuando así lo soliciten los dos tercios de la Asamblea General.

7. Todas las circunscripciones o unidades territoriales —distritos, provincias, departamentos y regiones—, tendrán derecho al autogobierno local: a) sus autoridades no serán nombradas por el poder central, sino elegidas por el pueblo de la respectiva zona; b) disfrutarán de total autonomía financiera y administrativa.

8. Todas las instituciones educativas, culturales, científicas, de servicio social, asistenciales, recreativas, de mantenimiento y edificación de casas-habitación, etcétera, serán confiadas a la autogestión social de: a) los trabajadores que laboran en ellas; b) los usuarios de las mismas; c) los representantes de las poblaciones donde aquellas están situadas o de la comunidad nacional, según su importancia.

Por desarrollo integral entendemos el desarrollo de la totalidad de los hombres y del hombre total. He ahí la meta indefinidamente autorrenovable del desarrollo económico, y de todo otro tipo de desarrollo, social, político, etcétera. El camino real que conduce hacia ese norte perpetuamente móvil es la educación. La misma educación que constituye, por otra parte, uno de los motores esenciales del desarrollo económico. Este doble rol protagónico —de instrumento de la formación del hombre y de fuerza motriz de la economía—, explica el puesto primordial que la educación ocupa siempre dentro de cualquier programa de veras revolucionario. Tanto más en los países subdesarrollados, como el Perú, donde revolución y educación están indisolublemente unidos. Entre nosotros, la revolución socialista hará posible por vez primera una educación técnico-humanística realmente universal y de nivel cada día más elevado. Pero esta última, a su turno, es lo único que podrá hacer posible el logro de los fines supremos de la revolución. Hay, por supuesto, otros problemas relacionados también con el desarrollo integral, como los referentes a la igualdad de derechos de los quechuas y aymaras con los demás peruanos, la liberación de la mujer y la salud pública. Ellos no podrían faltar tampoco en un auténtico programa socialista. El cual tiene que abocarse a resolverlos.

La Autogestión Obrera

1. La educación peruana debe ser ante todo una educación para el desarrollo, que: A) Cree en la juventud una conciencia nacional del desarrollo. B) Limpie la mente de los jóvenes de todos los prejuicios, tabúes y dogmas que frenan y obstaculizan el desarrollo. C) Capacite a las nuevas generaciones para las tareas concretas y prácticas del desarrollo.

2. La educación peruana debe ser por lo mismo una educación técnico-humanista, que reemplace la primaria y secundaria comunes de la actualidad, por un sistema educativo nacional unificado, que dé formación técnica para el trabajo productivo a todos y prepare a los mejores para acceder al nivel universitario. Dicho sistema se encuadrará dentro de los lineamientos del plan nacional de desarrollo.

3. La educación peruana debe ser además una educación socialista, que: A) Garantice materialmente igual oportunidad de educarse a cada uno, sin más limitación que la de su propia capacidad. B) Vincule de modo mutuamente complementario los centros educacionales con los centros de trabajo. C) Organice las instituciones de enseñanza según el principio de la autogestión social.

4. La Universidad socialista habrá de cimentarse sobre los fundamentos siguientes: A) Autonomía económica: mediante la garantía constitucional de la obligación que tiene el Estado de cubrir el íntegro del presupuesto de la Universidad, tal como ésta lo elabore, de acuerdo con la evaluación del costo por alumno y del número de alumnos, en coordinación con el Plan central. B) Autonomía académica: todos los aspectos relacionados con la investigación científica y la enseñanza deben ser de competencia exclusiva de la propia Universidad, tal como ésta lo elabore, de acuerdo con la evaluación del costo por alumno y del número de alumnos, en coordinación con el Plan central. C) Selección rigurosa e imparcial del estudiantado: a) Un concurso general de admisión que clasifique sólo a los más aptos. b) Un concurso de admisión *ad hoc*, menos complejo, para un porcentaje fijo de ingresantes procedentes de los sectores sociales marginados y discriminados ("mancha india", negros, barriadas, etcétera); a los que se nivelará con el resto de los estudiantes mediante un curso propedéutico especial. D) Sistema generalizado de becas integrales: que proporcione a cada estudiante, alojamiento, alimentación, vestido, textos y material de estudio gratuitos, además de una asignación para gastos personales, a cambio de la dedicación intensiva al estudio y del más alto rendimiento posible. E) Cogobierno paritario: por los profesores y los estudiantes, en la proporción de 50 % para cada categoría. F) Formación propiamente universitaria: a) Definición de la Universidad como centro de adquisición de la ciencia pura en su nivel más alto, así como de investigación científica. b) Preparación básica común para todas las profesiones, en: matemáticas, lógica, filosofía, física, biología, historia y lenguas. G) Combinación racional del estudio con el trabajo productivo manual: dedicando una parte del año al trabajo personal de los estudiantes en fábricas y explotaciones agrícolas, para fomentar en ellos una ética socialista fundada en la acción solidaria de los hombres dentro del proceso de la producción de su existencia.

Hacia un Nuevo Perú

5. Igualdad de derechos de los quechuas y aymaras con el resto de la nación: A) Derecho de voto para los analfabetos. B) Reconocimiento del quechua y el aymara como idiomas oficiales a igual título que el español. C) Adopción de un alfabeto uniforme de los idiomas quechua y aymara; primera enseñanza para niños y adultos en sus lenguas nativas; edición de libros, folletos, revistas y periódicos. D) Legislación especial contra todas las formas —groseras o sutiles— de discriminación anti-india.

6. Inicio de la liberación de la mujer de su secular estado de opresión patriarcal: A) Igualdad jurídica y económica plenas de la mujer con el hombre. B) Reemplazo progresivo del trabajo doméstico por servicios públicos, de tipo industrial, que los sustituyan.

C) Instalación de casas-cuna en todos los centros de trabajo en que haya mujeres. D) Coeducación de mujeres y hombres. E) Difusión de los anticonceptivos modernos y capacitación para la planificación familiar, en forma masiva. F) Legalización del aborto.

7. Implantación de un Servicio Nacional de Salud sobre la base de la socialización de la medicina, que: A) Asegure a todos los ciudadanos y sus familiares menores de edad, la necesaria protección sanitaria, independientemente de sus posibilidades económicas personales. B) Haga depender la remuneración de los trabajadores de la salud (médicos, odontólogos, enfermeros, etcétera), del éxito obtenido en la prevención y tratamiento de las enfermedades. C) Organice las instituciones de salud según el principio de la autogestión social.

Creemos que en torno a proposiciones concretas como las que hemos presentado aquí, la izquierda nacional, puede empezar a dialogar fructíferamente sobre el modelo socialista más adecuado a las necesidades del Perú, ahora que la urgencia del socialismo como única vía para la liberación y el desarrollo de nuestra patria aparece día a día con mayor claridad.



UN MARXISMO

para latino-americanos

por Jorge Abelardo Ramos

Publicamos en esta edición de nuestra revista el texto completo de la conferencia que nuestro compañero Jorge Abelardo Ramos, Secretario General del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, pronunció en Bolivia en enero de 1970, a invitación de los estudiantes de La Paz y Cochabamba. La presente versión, preparada por estudiantes bolivianos, reproduce los conceptos expresados en la Universidad de San Andrés de La Paz y en la Universidad de San Simón de Cochabamba, con motivo del Foro Político de la Revolución realizado en la segunda de las Universidades nombradas. El Foro Político organizado por la Federación Universitaria de Cochabamba fue iniciado con la exposición del compañero Ramos y clausurado por el General Juan José Torres, en ese entonces Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Bolivia. Entre ambos oradores, usaron esa tribuna representantes de los partidos comunistas, pro-chinos, trotskistas, la COB, y el MNR de Paz Estenssoro.

La conferencia de Jorge Abelardo Ramos reviste especial interés en nuestros días, cuando la revolución boliviana, condenada desde sus comienzos por la cipayería de la izquierda pro-imperialista, puso fin a las vacilaciones de Ovando y por medio de Torres reinició el camino del nacionalismo. Todo el mundo, menos los cipayos contumaces, saben que ese no es nuestro camino, pero que el nacionalismo, militar o no, amplía y prepara las condiciones históricas del triunfo socialista.

En nuestro próximo número publicaremos la conferencia que en el Foro mencionado pronunció el General Torres, precedido por una nota crítica de nuestra Redacción sobre las posibilidades y limitaciones del nacionalismo militar en la América Latina semi-colonial.

Compañeros:

A pesar que estamos viviendo un crítico episodio de la Revolución Boliviana, en el marco del drama de América Latina, mi exposición de esta tarde no se propone poner el acento en los factores emotivos que habitualmente sustituyen el análisis. Por el contrario, me propongo hacer una exposición reflexiva, destinada a poner de relieve la importancia del marxismo como un instrumento necesario, imprescindible, para conocer antes de actuar. Comencemos por decir que si es necesario reiterar algunos de sus principios

El Secretario General del Partido Socialista de la Izquierda Nacional expuso ante los universitarios de La Paz y Cochabamba un conjunto de ideas que aquí se reseñan de la versión original grabada.

esenciales para inteligir los procesos políticos vivos, es justamente porque nosotros, los latinoamericanos, todavía somos coloniales. Pero no somos coloniales pura y exclusivamente por la subordinación económica que se refleja en los cuadros estadísticos de los minerales, haciendas o frutos naturales que exportan nuestras economías unilaterales. En este caso somos coloniales porque también hemos asumido las doctrinas revolucionarias bajo la forma de otra dependencia. De este modo, debemos decir que el marxismo como teoría y práctica de la liberación, debe ser liberado a su vez y los emancipadores deben emanciparse.

La grande Europa nos envió entre los variados productos de su ingenio, su mayor proeza intelectual: nos envió el pensamiento marxista. Pero lo recibimos como un producto terminado y así lo adoptamos, sin adaptarlo a nuestras particulares condiciones históricas y sociales. De ahí que sea necesario, en consecuencia, reconquistar el marxismo para los latinoamericanos. Por eso se impone emancipar al marxismo de la tutela europea que le imprimió históricamente su sello, para que pueda cumplir su papel de doctrina emancipadora. Naturalmente, esa tarea no es algo abstracto, sino que se vincula con los problemas ardientes que nos rodean aquí en Bolivia y en América Latina. Cuando una doctrina se transmuta en actos aparece la política. Y la política es la única actividad productiva nacional que el imperialismo ha dejado a los latinoamericanos, porque se ha reservado para sí mismo todas las restantes. La política domina la vida latinoamericana, justamente porque es el resultado de su atraso histórico, atraso que empuja hacia la política a inmensos sectores de la población, conscientes de que solo ella puede poner fin a ese atraso. Cuando hablo de política, naturalmente me estoy refiriendo a la síntesis general de toda la actividad social y, en América Latina, a la política revolucionaria. Es obvio que para hacer política revolucionaria el marxismo se revela como el factor civilizador por excelencia.

Por el contrario, cuando el atraso latino-

americano promueve a la acción pública al nacionalismo, las debilidades de este último se ponen de manifiesto en aquellos casos en que la política nacionalista aspira a reproducir las condiciones históricas del desarrollo capitalista burgués europeo en las condiciones de atraso latinoamericano, e intenta a veces formular la hipótesis de que de la misma manera que en Europa el capitalismo logró consolidarse como régimen económico y social, también entre nosotros y en nuestra época, las revoluciones nacionales o populares que se producen podrían instaurar los puntos de partida de un capitalismo análogo al europeo, capaz de ofrecernos a los latinoamericanos las mismas ventajas que el capitalismo europeo ofreció al viejo mundo en los últimos siglos. Como resultado de esta perspectiva profundamente errónea, los teóricos del nacionalismo tienden a someterse, por su parte, a los criterios sociológicos y económicos de corte tecnocrático, que el propio imperialismo ha forjado para imbuir de ilusiones las reivindicaciones nacionales de nuestros pueblos. Por esa razón aparecen frecuentemente en los regímenes nacionales y populares de la América Latina criterios "desarrollistas" y expertos internacionales generalmente más diestros en su autodesarrollo que en el desarrollo inicial. (*Risas*).

Conviene, pues, retornar a los puntos de vista del marxismo en la medida en que el marxismo enseña o debería enseñar a pensar con precisión, si es que hablamos de un marxismo genuino, vivo y en desenvolvimiento, no concluido y nutrido de la realidad específica de América Latina. Pero al mismo tiempo es necesario tomar distancia ante el peligro de su sacralización, y de un respeto servil que impida justamente lograr lo que el marxismo se pronone: la independencia, la soberanía espiritual y social del pueblo latinoamericano y de la humanidad en general. Recordemos que Marx fue un europeo genial, pero europeo al fin, condicionado por el estado de los conocimientos, los códigos éticos, los prejuicios de su época y la cultura general de la Europa del siglo XIX. Nosotros no podríamos seguir a Marx en todo cuanto escribió y pensó a lo largo de su vida prodigiosa. Naturalmente, que no podríamos seguirlo, por ejemplo, en sus opiniones sobre Bolívar. Según se sabe, Marx juzgaba a Bolívar como un "miserable canalla", al que no podría compararse nunca con Napoleón I, un militar que habría sido derrotado en todas las batallas que libró, salvo aquellas en que sus oficiales ingleses salvaron la suerte del combate. Esa era la opinión de Marx, pero no es la nuestra. Marx opinó también, con cierta extensión, en sus estudios sobre la penetración británica en la India, que el capitalismo inglés del siglo XIX, al destruir las viejas

artesánías hindúes mediante la introducción del ferrocarril y los artículos manufacturados en Gran Bretaña, creaba las condiciones técnicas para la incorporación de la India a la producción capitalista. En otros términos, que la destrucción de la economía natural hindú, por la circulación de mercancías importadas, suponía el desarrollo del capitalismo hindú y no la anexión de la India al mercado mundial como provincia agraria colonial, que es lo que en realidad ocurrió.

Desgraciadamente, un siglo más tarde, tanto los stalinistas como algunos trotskistas llegaron a decir en América Latina que efectivamente la penetración del capital extranjero había resultado beneficiosa para la expansión del capitalismo y que, en consecuencia, fue progresiva. Resultaba así, que el error de apreciación de Marx, que no había llegado a comprender las particularidades del capitalismo financiero (Marx murió en 1881, al comienzo de la década en que hace su aparición el imperialismo contemporáneo) iría a facilitar y a justificar la capitulación teórica y política de seudos marxistas que carecían, después de Lenin y Trotsky, de toda justificación para tales aberraciones. Pues, en efecto, en tiempos de Marx parecía legítimo esperar que en la carrera triunfal del capitalismo metropolitano europeo hacia los continentes periféricos, esa expansión de las fuerzas productivas originase la implantación del régimen de producción capitalista en todo el planeta y, a su vez, la formación de un proletariado mundial capaz de poner fin a la dominación de ese régimen. Pero cien años más tarde, a la luz de la experiencia china, rusa, cubana o europea, era totalmente evidente que se habían creado dos mundos históricos y sociales opuestos: los países opresores y los países oprimidos. Justificar "teóricamente" en el siglo XX la "progresividad" de la penetración extranjera —que en el siglo XIX era sólo un error de perspectiva— no es sino la justificación de la política imperialista que saquea a los pueblos débiles. Tampoco en este caso, como en su juicio acerca de Bolívar, podríamos coincidir con Marx. Las condiciones peculiares de su época permiten explicar, sin embargo, las causas que impidieron al genial pensador revolucionario percibir el verdadero papel que iría a desempeñar el imperialismo inglés en la sociedad hindú. Si bien es cierto que esa penetración aceleraba el crecimiento del capitalismo británico, ahogaba al capitalismo de la India. Si los ingleses destruían las milenarias artesánías de la India, no las reemplazaban por una moderna industria textil, metalúrgica o papelería instalada en suelo asiático, sino que abastecían ese gigantesco mercado por los productos terminados fabricados en Gran Bretaña. En esta relación dependiente, la

India se constituía en un suplemento agrario de la industria británica, en la reserva de soldados coloniales como carne de cañón en las aventuras bélicas del Imperio y en el país trágico que hizo célebre la palabra "cipayo".

Consideremos ahora la juventud y envejecimiento del "Manifiesto Comunista". El propio Marx ha enseñado que el pensamiento revolucionario "no se detiene ante nada", ni siquiera ante sus propias manifestaciones teóricas susceptibles de rectificación o enriquecimiento. El poder analítico del marxismo debe ser empleado también sobre las propias conquistas intelectuales del marxismo. Cuando leíamos de jóvenes el "Manifiesto Comunista" aprendimos una de sus frases más memorables: "Los obreros no tienen patria". ¿Pero esta frase revestía el mismo significado para nosotros, latinoamericanos, que para los europeos? No, por supuesto. Los obreros no tienen patria en aquellos países que como los del Viejo Mundo se ha realizado hace mucho tiempo la revolución nacional burguesa, en aquellos países que constituyeron victoriosamente la Nación, consolidaron sus fronteras, se emanciparon del pasado feudal y alcanzaron los grados más altos de la civilización y la cultura. Justamente por esa razón, en esos países donde la burguesía realizó históricamente todos sus fines y estableció el régimen capitalista que ya ha comenzado su decadencia, la Nación comienza a perder su justificación histórica, las fronteras se vuelven obstáculos para la expansión de las fuerzas productivas y la necesidad de los Estados Socialistas Unidos de Europa se acerca con fuerza inculcable para mantener y aumentar mediante el socialismo el progreso obtenido otrora por medio del capitalismo. En ese sentido, la patria ha dejado de ser para los obreros europeos una meta a defender, sino que es, por el contrario, el pretexto burgués para desatar guerras interimperialistas o aplastar, si llega el caso, a la clase trabajadora.

¿Ocurre lo mismo en la América Latina? ¿Es legítimo aplicar en suelo latinoamericano la famosa frase del "Manifiesto Comunista"? ¿Podemos decir que para los obreros de Bolivia, por ejemplo, la patria carece de importancia y es indiferente su defensa? Más rigurosamente, ¿cuál es el enemigo de la patria en Bolivia y en América Latina, quién amenaza su soberanía territorial, económica, política, cultural? Sabemos bien que ese enemigo es el imperialismo. De esto se deduce que negarse a defender la patria invocando el "Manifiesto Comunista" es aliarse con frases de izquierda con el imperialismo extranjero, que tampoco reconoce la idea de patria en los pueblos que desea dominar.

Invirtiendo el concepto, podríamos decir que los obreros latinoamericanos carecen de

patria en el sentido de que el imperialismo se las ha usurpado y que se impone expulsar definitivamente al imperialismo para que los latinoamericanos readquieran su patria. Porque en los países latinoamericanos, que son simples partes de una Nación no constituida de la América bolivariana, la lucha por la unidad nacional es una lucha del presente, no algo que está en el pasado o en el porvenir. Para los trabajadores y las clases medias de la América Latina, la lucha por la unidad de América Latina significa la lucha por la reconquista de la patria perdida, solo posible por la expulsión del imperialismo. Así podrán crearse las condiciones para el desenvolvimiento de una civilización y una cultura análogas o superiores a las obtenidas por la historia europea en los últimos siglos. De manera que ideas que para los revolucionarios de las grandes naciones capitalistas revisten una importancia decisiva, resultan ser abiertamente contrarias a los intereses de la revolución en América Latina. Hechas estas precisiones, debemos recordar que la obra de Marx no ha pasado a la historia por la suma de sus errores, sino, por el contrario, como un penetrante instrumento de análisis capaz de volverse críticamente hacia algunos aspectos de su propio creador, involuntario homenaje de todos sus discípulos verdaderos. No es obvio señalar a este respecto que el propio Marx proporcionó los datos fundamentales para entender las relaciones entre las grandes potencias y las pequeñas naciones que aquellas subyugan: ese fue el significado de sus observaciones acerca de Gran Bretaña e Irlanda o de Rusia y Polonia. Según Marx, la cuestión no consistía en esperar que el proletariado inglés realizase su revolución socialista para que los irlandeses lograsen emanciparse del yugo inglés. Antes bien, advirtió que solamente cuando los trabajadores y patriotas de Irlanda se librasen de la Inglaterra imperialista podría el proletariado inglés adquirir la conciencia de clase que le faltaba. Despojada de su colonia tradicional, Inglaterra ya no podría corromper a sus obreros con las migajas del festín colonial. En ese caso, los trabajadores británicos perderían al fin las ilusiones imperialistas y los prejuicios patrióticos reaccionarios que alimentaban contra los explotados trabajadores irlandeses y se moverían hacia la lucha contra su propia burguesía. De este modo, Marx enseñaba que la lucha nacional abría forzosamente la vía a la lucha socialista, se enlazaba con ella y si era inevitable pasar por ella en los países dependientes, muchas veces era la palanca exterior para el socialismo en los países avanzados.

Tal criterio tendría una importancia definida en el pensamiento de su discípulo más notable. Fue Lenin precisamente quien elaboró la política nacional del proletariado en los países atrasados. Pero como en el caso

de Marx, las tesis de Lenin sobre la táctica revolucionaria en los países atrasados llegaron mal o no llegaron. En nuestras tradiciones políticas había prevalecido, con la complacencia del imperialismo, la leyenda de un Marx o un Lenin tan universal o europeo que nadie podía siquiera inferir de sus textos una interpretación más o menos ajustada a la peculiar realidad latinoamericana. Del mismo modo, el pensamiento de los economistas burgueses fue seleccionado hábilmente por el imperialismo. Entre nosotros la influencia de Adam Smith fue decisiva, pues las oligarquías exportadoras necesitaban tanto como el imperialismo de las doctrinas librecambistas. Alejandro Hamilton o Federico List, en cambio, teóricos del proteccionismo burgués, cuyas ideas mejor se adaptaban a las necesidades de sociedades jóvenes en las que apenas nacía un capitalismo incipiente, fueron descartados en las enseñanzas de las Universidades: era evidente que las oligarquías agrarias frenaban la formación de burguesías industriales y que la enseñanza universitaria, repleta de "moralistas", abogados, médicos, repetidores y filósofos reflejaba dócilmente a las clases dominantes antiindustriales de la semicolonía.

Resultaba imprescindible al imperialismo que los latinoamericanos fuésemos librecambistas y no proteccionistas; de la misma manera, en el campo de las ideas supuestamente revolucionarias, los jóvenes eran educados en los conceptos puramente internacionalistas desprendidos del pensamiento de Marx o Lenin, pero no en aquellos textos de los maestros que podrían inducirnos a descubrir la peculiar relación entre metrópoli y colonia y a desprender de ella todas las consecuencias políticas de la tragedia nacional de América Latina. ¡Y bien! Sea por la vía directa del imperialismo, sea por conducto de la supuesta tradición ideológica de un marxismo europeizado, el conjunto del pensamiento de izquierda latinoamericano fue deformado y adulterado, fue un pensamiento colonial y dependiente. Por esa razón, durante mucho tiempo se consideró la cuestión de las clases sociales en América Latina con los patrones de las sociedades europeas más evolucionadas. Y no voy a establecer aquí ninguna distinción entre las diversas corrientes socialistas, marxistas, rusófilas, trotskystas o chinófilas, sino a referirme en general a la tradición de izquierda que todavía hoy en América Latina ha inmovilizado el pensamiento marxista en categorías ultraizquierdistas puramente verbales y reseca, en completo olvido de la médula de las ideas de Lenin. Esta situación, bien lo sabemos, ha acarreado consecuencias trágicas al movimiento revolucionario. Una glorificación neo-soreliana de la violencia abstracta

ha sustituido al pensamiento y la acción leninistas. El pensamiento mágico fundado en fórmulas técnicas excluyentes reemplaza aquí a la reflexión política.

Sólo recordaré, compañeras y compañeros, que el concepto central de Lenin con respecto a la cuestión nacional era éste: "¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis; —decía—. La distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la Segunda Internacional y a la democracia burguesa". Obsérvese bien, Lenin dividía al mundo contemporáneo en naciones oprimidas y naciones opresoras, no solo entre burguesía y proletariado, sino también entre grupos de naciones diferentes, clasificados por diversos niveles de desenvolvimiento histórico y social. Entre ese apéndice del Asia llamado Europa, brillante y refinado y que contaba con las primicias de la civilización y el resto del mundo colonial y semicolonial, se abría un abismo económico, cultural y social. Estos últimos eran atrasados porque los europeos eran civilizados. La civilización de Europa se fundaba en el atraso del resto del globo. En consecuencia, los marxistas debían comprender que el antagonismo de clase puro, típico en los países avanzados, tendía a disminuir en los países atrasados, precisamente porque el imperialismo había impedido su pleno desenvolvimiento y la aparición de clases perfectamente diferenciadas y opuestas, según el modelo ofrecido por el capitalismo analizado por Marx en "El Capital". Esto significaba que en las luchas políticas del siglo XX se introducían problemas que Europa había solucionado en los siglos XVII, XVIII y XIX, pero que permanecían actuales para los pueblos coloniales de nuestra época. Esto no significaba que estos pueblos tuviesen que resolver pura y simplemente problemas de tipo nacional, como la unidad del Estado, la situación semi-servil del indígena y la cuestión agraria. Significaba que si estos problemas de la sociedad precapitalista debían ser resueltos a fondo solo por el socialismo y por el proletariado a la cabeza de las masas populares, no era menos cierto que la magnitud numérica del proletariado en los países atrasados, entre otras razones, obligaba a los verdaderos militantes marxistas a considerar en primer plano las formas políticas de una acción tendiente a unir bajo la conducción de la clase obrera a todas las clases no proletarias en torno a banderas nacionales, incluyendo también a parte de las fuerzas armadas y de la pequeña burguesía comercial o industrial aplastada por el imperialismo extranjero. En los países atrasados, en fin, existía la lucha de clases y la lucha nacional. Este punto de vista fue subrayado repetidas veces por Lenin para que los marxistas de los pueblos coloniales supiesen establecer las diferencias tác-

ticas necesarias en sus respectivas luchas contra el imperialismo extranjero.

León Trotsky, el organizador del Ejército Rojo, que tuvo la oportunidad de conocer América Latina en sus últimos años, antes de ser asesinado en México por un agente de la policía política de Stalin, escribió lo siguiente: "El imperialismo solo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semi-coloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo. Pues por un lado prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso y por otro asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce en parte que en una guerra entre la República democrática imperialista "civilizada" y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente del lado del país oprimido a pesar de ser monárquico y en contra del país opresor por muy democrático que sea". A pesar de ser el verdugo de la Revolución Rusa, Stalin escribió, bajo la directa inspiración de Lenin, un librito muy interesante y que se puede leer con provecho. Stalin también fue un revolucionario en sus comienzos y el trabajo que comento así lo prueba. Se titula "El marxismo y la cuestión nacional y colonial". Coincidiendo con el pensamiento de Trotsky que acabo de leer, dice Stalin: "La lucha de los comerciantes e intelectuales egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente revolucionaria, a pesar del origen burgués y la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio y a pesar de que están en contra del socialismo. En cambio, la lucha del gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto, es, por las mismas causas, una lucha reaccionaria, a pesar del origen proletario y de la condición proletaria de los miembros de ese gobierno y de que son partidarios del socialismo". Y agrega Stalin: "Lenín tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no se debe valorar desde el punto de vista de la democracia formal sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo".

Stalin quiere decir que carecen de importancia las formas externas, por ejemplo que la lucha nacional la lleve a cabo un rey o un general, sino debe juzgarse a la luz del enfrentamiento real de un país colonial deter-

miando con el imperialismo extranjero que lo oprime. Si un monje medioeval nacionaliza la Gulf estamos con el monje medioeval y no con un izquierdista que afirma que es preciso esperar a que llegue el socialismo para nacionalizar la Gllf. Ahora, bien, nosotros estamos resueltos a aprovechar de Occidente todo lo que Occidente pueda ofrecernos. En primer lugar, la lengua castellana, que es lo único o lo más importante que nos dejó España. Pero esta herencia es preciosa, porque al fin y al cimiento de Occidente, que nos coloca para licabo estamos usando un instrumento de conoberarnos en una situación mejor que la que los holandeses colocaron a Indonesia después de cuatro siglos de explotación colonial. (*Aplausos*).

La civilizada Holanda impidió que la lengua holandesa se generalizase entre los 100 millones de habitantes de Indonesia. Era solo la lengua de los amos extranjeros y los capataces. Confinaron a la población nativa al empleo de la lengua popular tradicional, el malayo. Pero al mismo tiempo no crearon e impidieron que se crease, una estructura educacional y una vida cultural capaz de elevar al malayo a la creación de una literatura nacional y a su enriquecimiento con los vocablos nacidos del desarrollo científico y tecnológico de los últimos cuatro siglos. Esta deliberada reducción a la barbarie nos fue evitada a los latinoamericanos por España. Esto nos debe permitir, asimismo, aceptar o rechazar libremente, según lo dicten nuestros intereses nacionales, cuanto Occidente desee enviarnos. Cuando los guerrilleros indonesios expulsaron del suelo natal en 1945 a los vampiros de Holanda, los gobernantes nacionalistas debieron introducir por primera vez a la lengua malaya las palabras "automóvil", "átomo", "tecnología" y muchas otras. Nosotros, los latinoamericanos no necesitamos introducir a nuestra lengua castellana vocablos nuevos, sino redefinir los que ya conocemos y propagar el castellano hacia aquellos núcleos del pueblo latinoamericano que aún no lo habla y escribe. Debemos redefinir las palabras, decía, pues ellas pueden ser armas de la liberación o de la esclavitud. Así, nos resistimos a aceptar los juicios de Marx sobre Bolívar o algunas de las opiniones de Trotsky o Engels sobre la América del Sur. Ustedes saben que existe en español una edición de las obras completas de Lenin, de origen soviético. Las ediciones soviéticas tienen la maravillosa cualidad de cambiar constantemente, evitando el hastío y modificando sin cesar la visión del pasado histórico. La historia deja de ser así algo rutinario y verdadero para transmutar-

se en leyenda, o poesía, según sea la camarilla que en ese momento gobierna en la Unión Soviética. En el caso de Lenin, la última edición permite leer textos antes omitidos, pero sobre todo advertir en sus índices analíticos que el gran revolucionario (primero convertido en objeto de culto y luego enterrado bajo la mole de 40 volúmenes, que es una nueva manera de volverlo un autor inédito) se había referido en toda su vida solo unas cinco o seis veces a los países de América del Sur. Si se examinan más de cerca las referencias, se verá que las observaciones de Lenin acerca de nuestros países son generalmente menciones en columnas estadísticas. Pues Lenin, según es bien sabido, consagró todos sus esfuerzos al estudio de la realidad de Rusia y esa es la mejor lección que podemos extraer de su obra impar: que los y redefinan los términos de la ideología del latinoamericanos estudien Latinoamérica y marxismo a la luz de nuestra propia realidad. En cuanto a Trotsky, en su "Historia de la Revolución Rusa", dice que "las revoluciones" crónicas de las Repúblicas latinoamericanas nada tienen que ver con la revolución permanente. En cierto sentido constituyen su antítesis."

¡Son asonadas, vagamente tribales, o neurosis propias de las tierras calientes! Nosotros naturalmente, rechazamos este juicio e intentamos librarnos de los errores de los grandes maestros del socialismo para aprovechar tan sólo sus históricos aciertos. Si el marxismo es la culminación suprema de toda la cultura de Occidente, debemos apoderarnos críticamente de él y convertirlo en un instrumento idóneo de nuestra propia liberación. Pero no lo deseamos en modo alguno para remachar nuestra dependencia. Así hemos descubierto que muchos de los grandes problemas aparecidos en América Latina después de 1930 no estaban respondidos en los textos sagrados. Y como no lo estaban, los izquierdistas tradicionales de cualquiera de las vertientes conocidas, no se aventuraban por la "tierra incógnita" de la realidad y de la historia viva cotidiana. Como Doctores de la Iglesia, se aferraban a ciertas frases de los maestros para inmovilizar la historia, para cristalizarla y para no incurrir en heterodoxia. Naturalmente, esto hace que la historia discurra al margen de sus aforismos viejos y polvorientos y nos muestre formas nuevas, inesperados saltos y cambios bruscos.

Debemos internarnos, en consecuencia, en esa tierra incógnita y esforzarnos por descubrir, nosotros, los marxistas, mediante las categorías de Marx, cuál es la verdadera estructura de clases en América Latina, cuáles son sus sectores vivos y constituyentes y cuáles son los deberes políticos prácticos que los revolucionarios deben adoptar ante estas

variantes sorprendentes de una realidad que no está, por fortuna, cristalizada ni inerte, sino que es una realidad nacida de una historia en realización. Cuando el anteaño pasado se produjeron en Europa las rebeliones estudiantiles, Europa entera rechinó sobre sus goznes y los editores se apresuraron a publicar todo género de interpretaciones sobre los movimientos estudiantiles. Todavía están viviendo de ese despertar y de esa movilización obrera. Tengan en cuenta que en Francia, la última huelga con ocupación de fábricas se había producido en 1934, para no hablar de Holanda, donde su última huelga general fue en 1903. Fíjense ustedes si podemos asimilar miméticamente la situación de América Latina con la de Europa. Nosotros, precisamente por nuestro atraso, estamos en la avanzada revolucionaria y la nuestra es una historia en movimiento.

Pero nuestra dependencia asume rasgos tan grotescos, que desde 1968 proliferaron en América Latina izquierdistas, profesores y hasta "marxistas" que se quejan entre nosotros de los males de la "sociedad de consumo". Estos papagayos del trópico, enfermos de literatura francesa, ignoran todavía que si los estudiantes de París combatían contra la "sociedad de consumo", los estudiantes y obreros de América Latina luchan por ella, pues es el subconsumo nuestro flagelo. ¡No estamos hartos de consumir sino de no consumir! (*Risas y aplausos*).

Marx había sostenido que el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo puro que él estudiaba en las condiciones de la Inglaterra victoriana, debían, necesariamente, llevar a la polarización de la riqueza en un extremo y a la pauperización incesante de la clase obrera en el otro extremo. Además, el empobrecimiento creciente de la clase media, la destinaba a incorporarse al reducido núcleo de plutócratas en una sociedad altamente desarrollada o disolverse en la masa de los desposeídos situada en el otro polo social. Llegada a cierto punto del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, la masa de los desposeídos y pauperizados, de los proletarios, de los expropiados, expropiaría a los expropiadores. En consecuencia, el conjunto de la sociedad, que había llegado hasta un alto nivel de evolución tecnológica y científica, debía reducirse a expropiar un reducido número de magnates y socializar los medios de producción y de cambio e instaurar la dictadura del proletariado como régimen de transición hacia el socialismo. Como ustedes ven, esta perspectiva de que la revolución iba a brotar en los centros del capitalismo más desarrollado del planeta, esa perspectiva de Karl Marx, no se verificó. Por el contrario: las revoluciones del siglo XX no estallaron en los centros altamente civilizados, sino que se produjeron en los centros mar-

cadamente incivilizados. No estallaron en la Europa burguesa, harta y refinada, sino que se manifestaron en las márgenes del planeta, en los pueblos sin historia. Estallaron en los focos de la barbarie y no en los focos de la civilización. Esa es la historia de todas las revoluciones ocurridas desde la Revolución Rusa de 1917. Se trata de un tema que, como ustedes saben, no ha sido objeto de las meditaciones de los marxistas latinoamericanos. De los europeos no hablo, pues Europa, a este respecto, es un inmenso cementerio teórico. Hablo de lo que nos concierne directamente. Es curioso comprobar que los marxistas latinoamericanos no han reflexionado acerca del hecho de que las previsiones estratégicas de Marx no se realizaron allí donde él había fijado su ojo genial, sino allí donde él suponía que el socialismo sería la consecuencia incruenta del triunfo revolucionario de la Europa civilizada, capaz de arrastrar por su solo ejemplo hacia el nuevo orden social a las antiguas colonias y semicolonias. Estas llegarían al socialismo, sin pasar por los dolores del capitalismo, según la esperanza de Marx. Nada de eso ocurrió. La revolución rusa estallará, en opinión de Lenin, en el eslabón más débil de la cadena imperialista mundial, es decir, en el Imperio de los Zares, esa especie de monstruosidad prediluviana que sobrevivía todavía en las primeras dos décadas de este siglo, esa cárcel de pueblos donde el Jefe del Estado era al mismo tiempo jefe de la Iglesia Ortodoxa, numen de la Policía Secreta y simultáneamente un idiota clínico.

Pero si alguien podría haber quedado estupefacto ante el triunfo de la revolución en el Imperio zarista, ese alguien es Marx, porque la Rusia bizantina de 1917 era todo lo contrario del modelo de desenvolvimiento tecnológico, cultural y civilizado que según los maestros del socialismo debía ser el prerrequisito material de toda revolución socialista. Se había roto el eslabón del capitalismo justamente en las fronteras entre Asia y Europa, esto es, en la sociedad cosaca apenas bañada por la Ilustración. Esa revolución realiza ante todo tareas de Revolución Nacional, como cabía esperar por su grado de atraso. En el mismo sentido, el régimen capitalista mundial, conmovido por los horrores de la segunda guerra imperialista, ve propagarse por el mundo colonial otra onda de revoluciones nacionales y antiimperialistas, nuevamente en las márgenes, en las fronteras históricas de los "pueblos bárbaros". Triunfa la revolución china, largamente preparada a lo largo de 40 años de luchas incesantes (no como creen los chinos de aquí sino como saben los chinos de allá) y logra arrancar a la hipocolonia china de las garras del imperialismo occidental. Pero si triunfa, es como revolución nacional, es decir, como una

revolución que tiene como tarea inmediata la unidad nacional y territorial de China, y una tarea democrática, la revolución agraria. Naturalmente, Mao no realiza ambas tareas con dos frases, según se acostumbra a haber las revoluciones en ciertos cafés de América Latina, sino a través de un combate teórico, político y militar inquebrantable, a lo largo del cual pacta con grandes terratenientes contra los japoneses, con Chiang contra los grandes terratenientes, con los pequeños dueños de tierras contra los grandes, con la burguesía industrial contra los dueños de tierras, con algunos señores de la guerra contra todo el resto de la vieja sociedad china. A lo largo de esa larga lucha, el patriotismo chino que llega a encarnar Mao, se impregna cada vez de medidas, avances y terminología socialista. Es un proceso contradictorio, tenaz y complejo. La relación entre las tareas nacionales y democráticas y las perspectivas socialistas de China constituye una gran lección para aquellos izquierdistas bolivianos y latinoamericanos que no saben distinguir los elementos ya socialistas que hay en toda lucha nacional de Bolivia.

Si nos fijamos en otras revoluciones, vemos que no existió, ni existe, ni podrá existir lo que los sabios palabreros llamarían una tipología única en materia de revoluciones. Todas son diferentes, como corresponde a un proceso nacido bajo determinadas particularidades nacionales. Ninguna revolución se parece a otra, ni la revolución rusa admite una asimilación mecánica con la revolución china ni ésta con las que llegó a asumir después de 20 años, la revolución de Vietnam, ni con las especificidades de la revolución cubana, ni, mucho menos, con los peculiares modos políticos de los regímenes de Europa Oriental. En estos últimos se transformaron las relaciones de producción existentes en la preguerra y desaparecieron las putrefactas dinastías balcánicas, no por obra de la acción revolucionaria popular, sino mediante la intermediación de las bayonetas del Ejército Rojo. Al avanzar hacia el Oeste, en las últimas etapas de la guerra contra Hitler, los soviéticos exterminaron desde arriba los viejos regímenes monárquico-terratenientes y entregaron el poder a los débiles Partidos Comunistas de cada uno de esos países. La excepción fue Yugoslavia, donde el Partido Comunista de ese país efectivamente asumió la dirección de la lucha nacional contra las bandas de Hitler y ganó por sus propios méritos los derechos al poder. La deformación burocrática de los restantes Estados puede encontrar una parte de su explicación en el hecho que acabo de señalar.

No pretendo esta noche trazar un cuadro detallado de todas las revoluciones contemporáneas, lo que sería imposible, sino llamar

la atención sobre la originalidad que lleva en sí misma toda revolución verdadera. Precisamente por esta razón es que despertó mi curiosidad leer en la prensa boliviana de estos días que algunos ministros disertan sobre cuál es el modelo de la Revolución Boliviana y lógicamente toman prestados modelos de la sastrería sociológica de otras partes. Se dice, entonces, que la Revolución Boliviana ha adoptado tal o cual modelo, sea éste el de capitalismo nacional, bismarkiano o cualquier otro. Todavía no se sabe y resultaría imposible —salvo para los tecnócratas que hojean libros— cuál va a ser el perfil definitivo o siquiera provisional de la Revolución Boliviana. Todo depende de la voluntad creadora y del empuje revolucionario del pueblo que intervenga en ella y la modele desde adentro, porque nada puede modelarse desde afuera, salvo muñecos de cera o planes que no se cumplen.

Tampoco tenemos nosotros un “modelito” socialista para ofrecer. Cada vez que nos han ofrecido “modelos” socialistas, hemos tenido al día siguiente un gobierno proimperialista en el poder. Porque justamente la adopción de modelos, de esquemas o fórmulas que fueron útiles para Mao, Fidel Castro o Lenin, porque las inventaron ellos para sus peculiares condiciones de lucha, aplicadas a la América Latina han resultado catastróficas, en algunos casos, suicidas, y en el mejor de ellos, erróneas. Ya los problemas internos de América Latina son de por sí bastante complejos como para que pretendamos comprenderlos aplicando a tontas y a locas experiencias producidas por otros partidos en otra época y bajo diferentes condiciones económicas, políticas y sociales. Debe recordarse que el rasgo más original de la situación latinoamericana y el que debe determinar toda nuestra óptica revolucionaria es su condición de Nación fragmentada. Somos la herencia del fracaso de Bolívar y nuestros 20 Estados impotentes deberían recordarnos todos los días que no hay redención individual para cada uno de ellos. Esos 20 Estados son artificiales, a pesar de lo que creen algunos militares peruanos, que después de realizar pasos importantes en la lucha contra el imperialismo afectan ignorar las dificultades de Bolivia y la necesidad de una Confederación peruano-boliviana. Es justamente un acto de esta naturaleza lo que pondría a prueba el nacionalismo del Ejército peruano y del Ejército boliviano: cuanto más localistas, serían menos nacionalistas, y cuanto más

confederales, más nacionalistas en el único sentido que para Latinoamérica posee el vocablo, que es el sentido bolivariano. Estas fronteras artificiales no fueron creadas por la naturaleza sino por las oligarquías regionales. En Bolivia, el siniestro Casimiro Olañeta, en nombre de los encomenderos, terratenientes, propietarios de indios y de minas, que naturalmente querían disponer de su propia parroquia para continuar extrayéndole la sangre a sus indios, como en tiempos del Rey, intrigó para la separación de las Provincias del Río de la Plata. Fue secundado por la burguesía porteña, que no deseaba saber nada con las provincias de arriba. El candor de Sucre hizo el resto. Bolívar quedó estupefacto y aceptó el hecho consumado. Con intrigas o maniobras análogas se constituyeron Ecuador, Venezuela, la Argentina, el Uruguay, hasta llegar al Panamá de este siglo. Y estas fronteras, si bien es cierto que son artificiales, si bien es cierto que impiden un auténtico crecimiento económico y el desenvolvimiento de un gran mercado latinoamericano único, son una realidad o lo han sido hasta ahora. Dentro de esas fronteras artificiales, se constituyó en el Alto Perú una forma especial de sociedad, gobernada por una combinación de clases dominantes que todos ustedes conocen, llamada la Rosca. A partir de ese hecho se generaron formas particulares de una estructura de clases, muy embrionarias pero en las que pueden distinguirse, sea en Bolivia como en el resto de los Estados latinoamericanos, rasgos que las vinculan a sociedades mucho más evolucionadas, a sociedades capitalistas altamente civilizadas. Aquí tenemos sin duda un proletariado, pues en virtud del carácter minero de la penetración imperialista, en la semicolonial Bolivia existe un proletariado minero. También apareció un proletariado fabril, que es naturalmente pequeño, pero que sin duda tiene todas las características externas de una clase social definida. Tenemos, obviamente, un campesinado, redimido por la gran revolución de abril de 1952, que dio a Bolivia la Reforma Agraria. Pero este campesinado ya no se compone en nuestros días de pongos. Es un campesinado que está ingresando paulatinamente al capitalismo y que, en consecuencia, se va transformando cada vez más en una clase social esencialmente conservadora. En fin, tenemos a la vista una clase media, una clase media de la que todo el mundo habla pero acerca de la cual es necesario, por así decir, precisar sus contornos, pues es una clase social indispensable para entender la política boliviana. Esta pequeña burguesía boliviana posee rasgos que la emparentan, asimismo, con las clases similares de los grandes países-modelo, aunque en un nivel insuficiente de comodidades materiales. De ahí se derivan su variabilidad política,

su impresionismo característico, su inestabilidad emocional. El pequeño burgués, ya se sabe y así lo enseña el marxismo, oscila perpetuamente entre un temor y una esperanza: el temor de degradarse hacia el proletariado, de arruinarse y de caer en sus filas y la esperanza de incorporarse a la burguesía. Pero vean ustedes las particularidades que posee esta clase social en Bolivia, para cuidarnos en lo sucesivo de peligrosas generalizaciones. Sí, desea naturalmente, está esperanzada en huir de su inestabilidad e incorporarse a una clase social más sólida, como en Europa. Pero no la encuentra. ¡No la encuentra! Es la primera originalidad. El pequeño burgués boliviano quisiera incorporarse a la burguesía. Pero no hay burguesía. Son abogados del capital extranjero, técnicos de la Gulf, importadores de licuadoras o de aparatos de radio y también alguno que otro industrial textil o algo parecido que podría ser un burgués nacional. Pero un par de burgueses no constituyen una clase social. Aún en estos casos especiales, si desde el punto de vista de sus intereses verían la conveniencia de ampliar y mejorar el mercado interno, los burgueses nacionales, como individuos o como grupo empresarial, modelan su cabeza en la doctrina de "El Diario". De ese modo, el pequeño burgués boliviano desea ascender a la clase superior pero no la encuentra. Naturalmente tiene horror hacia la caída en el proletariado. En realidad hay tan pocas vacantes disponibles en un país semicolonial como Bolivia para ingresar al reducido núcleo de agentes oligárquicos del capital extranjero como para introducirse en el proletariado. Justamente el imperialismo traba el desarrollo industrial y en consecuencia el número de obreros. Ante una situación tan peculiar, el pequeño burgués boliviano tiene ante sí escasas oportunidades, salvo la de descender hacia la condición de "lumpenproletariat", o proletariado andrajoso. Esa clase media de Bolivia, análoga por su débil constitución a las clases medias del resto de América Latina, se encuentra sometida a una presión insostenible. Por un lado, su destino material y espiritual está ligado al crecimiento global de Bolivia como Estado y de la América Latina como Nación. Pero no puede crecer si no rompe la arcaica estructura que ha sometido a Bolivia desde hace 60 o 70 años a las condiciones que todos conocen.

Y al mismo tiempo está desorientado, porque en tanto es un pequeño burgués ilustrado, en tanto forma parte del sistema privilegiado de la pequeña burguesía que ha tenido acceso a la Universidad o los colegios secundarios, en esta medida los caminos de la revolución que él supone necesaria para proporcionarle un futuro, están obturados u oscurecidos por los libros. Porque los libros

también vienen de afuera aunque se imprimen en Bolivia o en América Latina. Privilegiada y víctima de un sistema semicolonial que le proporciona los medios culturales para adquirir una profesión pero le niega las bases materiales para prosperar con su título universitario, a la pequeña burguesía no le queda otro remedio que racionalizar críticamente su contradictoria situación. Cuando se es ingeniero y no se puede construir, cuando se es médico pero no hay suficientes pacientes para pagar la consulta, cuando se es abogado y se carece de pleitos, porque la sociedad está cristalizada en un sistema al parecer inmodificable, entonces el pequeño burgués universitario busca la respuesta en la revolución. Pero los libros arrojan arena a sus ojos. Pues vean ustedes: hay tres o cuatro editoriales en América Latina que traducen sin pausa obras sobre el desarrollo. Hay una gigantesca bibliografía sobre esta palabra célebre. Cuando más decae el ritmo de crecimiento de América Latina; cuanto más ascienden las cifras del drama, ya que la población aumenta y las fuerzas productivas se alejan cada vez más del ritmo demográfico; cuanto más cínica es la actitud del imperialismo hacia los pueblos atrasados, más se traduce y más se publica en América Latina sobre el desarrollo. El único desarrollo que el imperialismo permite a los latinoamericanos es el desarrollo de la literatura desarrollista. Ya esta palabra ha llegado a ser una obsesión semántica. Se trata de un nuevo género de utopías burocráticas cuyos beneficiarios todos conocemos. (*Aplausos*).

Pero hay otro sector de la pequeña burguesía mal conocido por los estudiantes universitarios. Se trata del Ejército, puesto que en América Latina los sectores privilegiados de la clase media se dividen entre universitarios y militares. No hay gran diferencia entre ambos, salvo algunos aspectos de carácter profesional: pero son extraordinariamente parecidos.

Cuando la crisis se acentúa, sin embargo, los procesos de compenetración de militares y civiles son más rápidos. Por su antigua abundancia en proteínas, la Argentina tiene procesos menos acelerados (*risas*). Pero también está llegando el momento en que ambos sectores de la clase media en actividad y no en retiro, asuman con plena lucidez la autoconciencia del destino nacional.

Felizmente, ante la pobreza tradicional de Bolivia existe la compensación de procesos más dinámicos. Así, es posible que un estu-

diante movilizado a pesar de sí mismo por la Rosca para colgar a Villarroel, pueda enfrentarse algunos pocos años más tarde a un gobierno contrarrevolucionario. Un militar en Bolivia también sufre presiones sociales análogas, pues es necesario entender que no sólo el imperialismo presiona o corrompe; también el pueblo y el drama nacional presionan y transforman. Por eso es posible ver que en Bolivia un militar puede vivir las condiciones de variabilidad política de una clase que no tiene destino sino es por la vía de la revolución. Cuando se estudia la historia de Bolivia, por ejemplo, es posible caer en la cuenta que sus tres figuras más destacadas son tres militares; que los tres fueron grandes patriotas y que los tres murieron asesinados. Uno de ellos es Belzu, el otro es Busch y el tercero Villarroel. También recordaré que en el siglo XX la posición asumida por el Presidente Villarroel fue combatida energicamente por el estudiantado de la época. Es cierto que Villarroel tenía una posición ambigua y vacilante; no sabía muy bien qué deseaba hacer; estaba rodeado de elementos contradictorios, unos revolucionarios y otros contrarrevolucionarios; había enfrentado tímidamente algunos intereses imperialistas, pero sin herirlos de muerte; había convocado un Congreso indígenal, pero sin hacer la Reforma Agraria; había apoyado desde el gobierno la sindicalización de los mineros, pero no había nacionalizado las minas. Entonces, la conspiración imperialista-rosquera lo derribó, con la ayuda de múltiples izquierdistas y del estudiantado. Estos últimos contribuyeron al derrocamiento de Villarroel argumentando que el Presidente no había llevado la revolución hasta el fin; mientras que la rosca lo derribaba porque había intentado hacerla. Este hecho se ha repetido tantas veces en Bolivia y en América Latina que ya es posible sacar conclusiones generales y elevarlas a la categoría de una ley política: no importa cuan izquierdista sea la terminología: dime con quien andas y te diré quién eres, dime con quien coincides y sabré qué te propones. (*Aplausos*).

Estoy aquí señalando a dos sectores de una misma clase social que deben unirse y no separarse si es que desean ambos que la revolución nacional, popular y socialista de Bolivia no ingrese al eterno *corsi e recorsi* de las revoluciones y de las contrarrevoluciones, de los intentos y frustraciones de que está hecha la historia de las luchas en América Latina. Por esa razón es preciso pensar

con rigor y apartar todo verbalismo de la consideración analítica de los ejércitos latinoamericanos. Ustedes pueden ver por sí mismos que el Ejército de la Argentina actual es un brazo armado del imperialismo extranjero. Pero es un Ejército totalmente diferente al Ejército de Perón, así como el Ejército de Perón era todo lo contrario de lo que había sido el Ejército del General Justo en la llamada "década infame" argentina (1930-1943). En otras palabras, esa misma fuerza militar de Justo era completamente antagónica al Ejército argentino que había sostenido entre 1912 y 1930 al viejo caudillo popular Hipólito Yrigoyen, en su lucha por la instauración de la democracia política en el país. Esta variabilidad de las fuerzas armadas es también, compañeras y compañeros, una expresión de la variabilidad de la clase media civil en sus intentos de encontrar un camino propio, sometida, como ha estado siempre sometida, no sólo al relegamiento económico sino a algo mucho más terrible que la expoliación económica, puesto que la refuerza y justifica: a la conciencia de conformidad con los intereses extraños.

Pero la importancia particular que el Ejército reviste en una sociedad semicolonial, es que aparece como un elemento centralizador en una sociedad descentralizada, cuyas tendencias centrífugas son y han sido siempre alentadas siempre por el imperialismo. No habiendo una burguesía industrial en Bolivia capaz de desempeñar el papel clásico del Tercer Estado frente a la sociedad arcaica ligada al comercio exterior, el Ejército tiende a desempeñar un rol sustituto, puesto que se trata del único factor interno con fuerza suficiente para adoptar decisiones. Para esto es preciso que en su seno disputen las ideas contradictorias que se enfrentan en toda sociedad semicolonial: aquellas que se proponen perpetuar la factoría minera, por ejemplo, o aquellas que aspiran a hacer de Bolivia un Estado soberano dentro de una América Latina unida e independiente. El Ejército también es un campo de batalla de esas ideas y los estudiantes, como ala intelectual de las clases medias deben buscar su alianza con los sectores militares más revolucionarios y nacionalistas de las fuerzas armadas que persiguen los mismos fines.

El imperialismo y sus aliados izquierdistas tienen una larga práctica para separar a los militares nacionalistas de sus posibles amigos de los sectores universitarios. Con motivo de los movimientos revolucionarios de Perú y Bolivia hemos visto desplazamientos muy curiosos que ilustran cuanto vengo diciendo. Sabemos que resulta muy sorprendente que el hombre que enfrentó al Che Guevara en Bolivia y el militar que hizo lo mismo con Luis de la Puente Uceda en Perú

sean las mismas personas que están asestando duros golpes contra el imperialismo: la nacionalización de la Gulf y de la International Petroleum son dos ejemplos notables de esta enunciación. Ante estos cambios radicales numerosos izquierdistas, que en la Argentina llamamos "cipayos", se preguntan: "¡Cruel incertidumbre! ¿Será o no será?" ¿Será preciso que nos internemos en la Biblioteca de la Universidad y nos sumerjamos en la lectura de los clásicos o deberemos proceder, como hace el pueblo, guiado por su intuición profunda, esto es aplaudir cada golpe asestado contra el imperialismo? La perplejidad de ciertos izquierdistas, que oculta una inveterada sumisión a la estrategia del imperialismo extranjero, se puso de manifiesto bajo su forma más maligna en Lima, hace pocos días. Una Convención de Estudiantes reunida en esa Capital aprobó, bajo la inspiración de los grupos verbalmente más extremistas y políticamente más antinacionales y antimarxistas, una declaración por la cual censuraban a Fidel Castro a raíz del apoyo que el líder cubano prestara a la revolución militar peruana.

Según pudo verse, un sector del estudiantado limeño, de aquellos peruanos de la costa que gozan del privilegio acordado a muy pocos en América Latina, que es el de ser pequeños burgueses que estudian, usan las luces de Occidente para enfrentar al gobierno militar que está realizando la misma Reforma Agraria por la que lucharon Luis de la Puente Uceda y sus camaradas caídos. Seis millones de campesinos liberados de la servidumbre y la infamia gamonalista no piensan del mismo modo que el puñado de izquierdistas que disponen de prensa y resonancia en Lima, como en otras capitales de América Latina. Sabemos que los caminos de la historia son complejos, sin duda crueles y a veces confusos, pero estas dificultades no pueden intimidar a los revolucionarios verdaderos. Los impacientes, en cambio, cuando se apartan de la ruta posible, terminan subvencionados, directa o indirectamente, por la Gulf.

La experiencia indica que es tan profundo el drama de América Latina, son tan débiles los acondicionamientos generados a través de un siglo de colonización, es tan frágil toda la estructura de la América Latina, que cuando la guerrilla no logra, por una razón u otra, consumir sus fines, brota en el otro extremo de la misma clase social una res-

puesta nacional y revolucionaria, que es la que ha dado el Ejército del Perú y el de Bolivia a la situación intolerable de sus respectivos pueblos. Esto significa para el que quiera oír y entender, que no hay solución reformista, no hay solución desarrollista, no hay solución imperialista ni solución democrático-oligárquica para la América Latina. De una manera u otra las necesidades profundas de la gran Nación Latinoamericana se abren paso, aún a través de oficiales educados en Panamá. Porque Estados Unidos, pese a sus denodados esfuerzos, no ha conseguido amigos. Y ya son numerosos los ejemplos recientes de amigos de Estados Unidos, en los cuales los norteamericanos han gastado tecnología profusamente que terminan traicionándolos. América Latina está llena de traidores a los Estados Unidos. Recordemos nomás al capitán guatemalteco Yon Sosa, entrenado en Panamá y que se internó luego en las montañas de Guatemala a practicar lo que le enseñaron los norteamericanos, pero al revés (*Risas*). Recordemos al coronel Caamaño, bizarro militar, también educado en Panamá. ¡Panamá es una escuela leninista (*risas, aplausos*), a la que alguna vez habremos de rendirle homenaje porque si alguna vez fue la tumba de las ilusiones del Libertador, quizá de allí salgan los mejores oficiales patriotas de la América Latina!

Tenemos en esta materia ejemplos muy notables, además de los ya citados en Bolivia y Perú, como el del General Prestes, que antes de abrazar el comunismo era un reputado dirigente nacionalista del Ejército brasileño. Su patriotismo lo llevó hacia la ideología socialista pero el stalinismo aniquiló con su funesta política la reputación de Prestes y su antigua influencia. En nuestro país, la Argentina, naturalmente que todos ustedes saben que el mejor jefe militar resultó ser, a partir de 1945, asimismo el segundo caudillo popular del siglo XX, veinte años después de Yrigoyen. Me refiero al general Perón (*Aplausos*). Los ejemplos serían innumerables y las referencias históricas sólo están dirigidas a demostrar que es preciso dejar los criterios de sastrería a un lado cuando se trata de comprender en América Latina procesos políticos que no pueden ser entendidos según una clasificación puramente externa de civiles o militares.

Es necesario mantener la distancia crítica necesaria para que el pensamiento socialista pueda juzgar objetivamente los actos de los militares de acuerdo a su propio contenido, sin dejarse influir por la presión y el terrorismo ideológico de los imperialistas.

En los próximos 20 años América Latina atravesará un torrente revolucionario que deberá poner fin para siempre a la expoliación imperialista. El crecimiento demográ-

fico es irresistible y pondrá al pueblo latinoamericano ante la disyuntiva de extinguirse por hambre o de hacer la revolución para vivir. Cada año que pasa ingresamos más profundamente en la decadencia biológica, el atraso y el analfabetismo. No hay poder humano, ni mucho menos el poder burocrático de las oficinas de la CEPAL, la FAO o la UNESCO, esos grupos de recomendadores de oficio que estudian la gangrena con delectación, capaz de poner freno a la decadencia de América Latina que alcanzará en el próximo cuarto de siglo la frontera de los 600 millones de habitantes. O decadencia biológica o revolución. La revolución, compañeras y compañeros, no se encuentra, me decía un compañero peruano, como pretenden encontrar yacimientos de oro algunos ávidos buscadores de minas, que sueñan con descubrir el oro amonedado. La revolución tampoco nos dará el oro amonedado. Vendrá mezclada con piedra, arena y escoria. Un revolucionario verdadero debe distinguir el oro de la escoria, debe distinguir entre los contendientes y ubicarse entre aquellos que luchan realmente contra el imperialismo, para evitar encontrarse junto al bando de los que luchan, aun sin quererlo, a favor del imperialismo. Un revolucionario verdadero, y mucho más si se proclama marxista, debe elegir entre el oro y la escoria, es cierto, pero debe saber rechazar la escoria y quedarse con el oro, pues hasta hoy viene ocurriendo exactamente lo contrario.

Esto no es tan simple como parece, compañeros. Cuando el gobierno de Bolivia asestó el 17 de octubre un golpe magistral al imperialismo nacionalizando la Gulf —17 de octubre que también es fecha cara al corazón del pueblo argentino— no faltó un izquierdista uruguayo, que también es periodista, capaz de sintetizar en un artículo y en una frase esa perspicacia de la izquierda cipaya latinoamericana que la lleva siempre a elegir la escoria en lugar del oro y a sembrar sospechas alrededor de cualquier gobernante que enfrente al imperialismo en América Latina. Este periodista había viajado a La Paz en días posteriores a la revolución del 26 de setiembre y recogido los rumores con que habitualmente se alimentan ciertos especímenes del gremio en sustitución de las ideas y del sentido común. De regreso a Montevideo, publicó en el semanario "Marcha" un artículo titulado: "La Gulf dice O.K.". Infortunadamente para el izquierdista, esa edición de "Marcha" apareció exactamente el viernes 17

de octubre, en que las tropas del Ejército boliviano ocupaban los campos petrolíferos de la Gulf y enarbolaban la bandera boliviana al tiempo que se daba a conocer el decreto de nacionalización. Atribuir complacencia al imperialismo por la aparición de un gobierno nacionalista, era contribuir a aislarlo, cuando más necesitaba ese gobierno sentirse sostenido políticamente en todas partes. Tal es la función de individuos y grupos análogos en América Latina. Con frases y arrestos de "izquierda", colaboran con el imperialismo. No es que sean traidores conscientes, en todos los casos. Con frecuencia se trata de simple estupidez. Pero, como decía Trotsky, una estupidez elevada a semejante nivel, equivale a la traición. Este tipo de izquierda habladora y fantasiosa, es una plaga en América Latina. Todo el "izquierdismo" sudamericano suponía que el Señor Ovando era una hechura de la Gulf, que todo era una trampita, que la Gulf, en realidad, estaba encantada con las medidas a adoptar. Esta especie singular de ceguera e impotencia del izquierdismo sudamericano (particularmente de origen pequeño burgués confortable del género universitario semiculto) es preciso redefinirla porque resulta inaceptable prestarse al cotorreo izquierdista cuando está en juego el destino de un país. Es mucho más peligrosa una posición reaccionaria enmascarada de izquierda, que una posición derechista que se atreve a decir su nombre. En el momento político en que apareció ese artículo del charlatán uruguayo y en que se manifestaban diversos sectores de la izquierda latinoamericana frente a las revoluciones militares de Perú y Bolivia, ubicarse en una actitud de recelosa desconfianza ante el gobierno que desafiaba al más poderoso imperio de la tierra, era actuar como izquierda de la Gulf. Y como esa izquierda de la Gulf tiene antecedentes trágicos en la Argentina, en el Uruguay, en Perú, en Bolivia y en todos los países de América Latina, ha llegado el momento de que afirmemos que todo aquel que se enfrenta a las revoluciones nacionales reales, o a los actos de esas revoluciones, no es un izquierdista: es un agente izquierdista del imperialismo. Y eso hay que decirlo y ratificarlo, porque la bandera del socialismo está unida al destino de nuestros países y no permitiremos que pueda ser usada al servicio del enemigo extranjero. (Prolongados aplausos).

No podemos olvidar a este respecto los acontecimientos similares de México en 1938, cuando se nacionalizó el petróleo. En ese momento residía en México uno de los dos jefes de la Revolución Rusa y uno de los grandes maestros del socialismo del siglo XX, León Trotsky. El gran revolucionario presenció la lucha del general Cárdenas, que le

brindó generoso asilo ante la persecución de que era objeto por parte del stalinismo y del rechazo de 50 países que negaron la visación de su pasaporte. Cárdenas nacionalizó el petróleo y los ferrocarriles. Como es sabido, el general Cárdenas no era un civil, ni un socialista, ni un marxista. Era el jefe del ejército mexicano, un nacionalista, un patriota. Los stalinistas no se atrevían a atacar a Cárdenas, aunque no podían prestarle un apoyo serio, pues exhalaban esa vaga aleación repugnante fruto de la mezcla de Stalin y Roosevelt. ¡Eran los tiempos del Frente Popular!

Cárdenas enfrentó al gobierno laborista británico, que naturalmente defendía al Imperio, a la democracia colonial francesa y a los cuáqueros norteamericanos que profesaban un respeto religioso por el dinero y el petróleo. Y sufrió un duro bloqueo internacional por su audacia. Pero obtuvo en esa oportunidad el apoyo solitario de Trotsky, que escribió varios artículos en los cuales explicaba la naturaleza de la revolución mexicana y la significación de la nacionalización del petróleo. El decía que los marxistas apoyaban sin vacilar la nacionalización, porque el objeto nacionalizado no era propiamente la propiedad de unos cuantos capitalistas privados: detrás del petróleo mexicano, decía Trotsky, hay una flota gigantesca, una diplomacia, enormes ejércitos, grandes imperios que dominan el mundo. Amenazan al pobre México, con sus minas agujereadas por siglos de expoliación, primero española, luego inglesa y finalmente norteamericana. No apoyar al general Cárdenas en su política nacionalista, agregaba, era ubicarse junto al imperialismo en los hechos y fanfarronear frases izquierdistas en palabras.

Yo repetiré aquí lo que Trotsky dijo hace más de 30 años. Las medidas del general Cárdenas, en la opinión del gran revolucionario perseguido, no eran socialismo ni comunismo, sino medidas autodefensivas de salvación nacional. Y todo marxista está y estará siempre con la patria semicolonial contra los "civilizadores" del extranjero. Que esto quede bien claro, a la luz del último clásico del siglo XX. Que no haya ningún marxista, aunque se diga trotskysta, que no esté en este momento con la defensa del petróleo boliviano. (Aplausos).

Compañeras y compañeros: Debemos librar un nuevo Ayacucho, pero no sólo por la soberanía económica y política de Bolivia y de la América Latina. También debemos librar un nuevo Ayacucho por la independencia creadora del marxismo latinoamericano que permita fundar la autonomía intelectual y ayude a emplear toda la instrumentación analítica del pensamiento socialista al servicio de la patria latinoamericana. En el inmenso campo de batalla entre las co-

lonias y el imperialismo no hay ni puede haber una franja para neutrales, no puede haber un terreno donde mistificadores pseudo marxistas oculten con la hoja de parra de su fraseología revolucionaria su vergonzosa capitulación política ante el imperialismo. No vamos a permitir que el marxismo sea manipulado para facilitar la guerra imperialista contra un gobierno nacionalista acorralado. Declaramos categóricamente que en esta lucha todo marxista está junto al gobierno nacionalista, sin abandonar su independencia de clase y sin ocultar su posición crítica. Solamente interviniendo activamente en la lucha por la defensa del país y la expulsión del imperialismo el proceso de la revolución nacional se transformará en socialista. Enfrente o al costado, no; adentro. Profundizando cada una de las medidas y estableciendo críticamente las distancias con respecto a los contrarrevolucionarios y los agentes del enemigo que están en los propios gobiernos nacionalistas, como es notorio aquí y en toda América Latina, se establecerán así los puntos de partida para la creación de un partido obrero revolucionario independiente dentro de la lucha por la nacionalidad latinoamericana.

Este es simplemente un episodio de una guerra larga. Pero cada revolucionario debe saber inequívocamente que su puesto está en la lucha contra el imperialismo y sus agentes nativos, enemigo fundamental de nuestros pueblos. Esta es la regla de oro para conducirnos políticamente. Hay que saber usar las lecciones de la historia; hay que emplear los instrumentos culturales que 4 millones de bolivianos que no pueden tener todavía acceso a los libros, han dado a un reducido núcleo de la clase media boliviana, la pequeña burguesía letrada. Hay que usar los libros bien. Hay que distinguir bien la diferencia entre los amigos, los aliados, los enemigos. Es imposible hablar vanidosamente de universitarios ilustrados o clase media esclarecida cuando todavía se vacila en elegir entre Peñaranda o Villarreal o entre Siracusa y Ovando. (Fuertes aplausos).

En definitiva, compañeras y compañeros, es imperioso distinguir primero, elegir después y actuar siempre junto a cada patriota que se alce en la América Latina o en Bolivia, venga de donde viniere, dispuesto a librar su combate contra el imperialismo. De otro modo el marxismo no vendría a ser un modo de liberación sino una nueva clave de la dependencia. Y nosotros, los marxistas latinoamericanos, proclamamos el Ayacucho del socialismo latinoamericano, la independencia del tutelaje extranjero y unimos de una vez para siempre a Bolívar con Marx, en la lucha por los Estados Unidos de América Latina. (Nutridos aplausos).
Enero de 1970. La Paz, Cochabamba.

Declaración y Tesis Política de la FUA

Aprobada por el Congreso Extraordinario Realizado en Córdoba

1. Universidad y país

Hoy, más que nunca, la situación y las luchas del estudiantado argentino se vinculan indisolublemente a la situación del país, a su crisis de dependencia y a las luchas del pueblo argentino, bajo la dirección de la clase trabajadora, contra sus enemigos estratégicos (el imperialismo y sus aliados nativos), por el pleno imperio de la soberanía popular efectiva, la autodeterminación nacional; la planificación democrática de la economía (base de todo auténtico desarrollo de las fuerzas productivas y de la justicia social; y la unidad nacional de América Latina a través de regímenes obreros y populares.

2. La crisis de estructura

La crisis que afecta todos los órdenes de la vida nacional, generando la violencia usurpadora y proscriptiva, la satelización al imperialismo norteamericano, el enfrentamiento económico, el desempleo y el hambre, la regimentación política y cultural, tiene su origen en la crisis de la estructura dependiente de la Argentina y de la América latina dividida.

Esa estructura se caracteriza por un orde-

El X Congreso Extraordinario de la Federación Universitaria Argentina ha concluido con el triunfo de las posiciones nacional-revolucionarias, por primera vez desde el grito de Córdoba de 1918. El documento producido, que pone fin a un al parecer interminable período de cipayismo estudiantil, posee el valor de un verdadero "Segundo Manifiesto Liminar". Dada su importancia, lo reproducimos aquí.

namiento de la propiedad, las relaciones de producción y de las clases sociales, que da a una minoría de explotadores parásitos el control del excedente de trabajo nacional, dilapidando en consumos suntuarios, inversiones improductivas, especulación, evasión de ingentes riquezas al exterior bajo forma de ganancias monopólicas, fuga de capitales, etc.

3. El bloque antinacional de los explotadores

El núcleo de esa minoría de explotadores parásitos está constituida por los grandes monopolios internacionales y sus aliados nativos. Esas clases sociales y sus agentes confiscan y dilapidan el excedente del trabajo nacional (fuente de la capitalización y desenvolvimiento económico), con el resultado de endeudamiento, penetración y dominación del capital extranjero, sobreexplotación del pueblo trabajador, estancamiento de la economía y desempleo.

4. Violencia social y dictadura oligárquica

Semejante régimen de expoliación sólo puede mantenerse a través de la violencia contra las clases populares. Las clases explotadoras (una minúscula minoría) controlan el poder del estado a través de los altos mandos. Reaccionarios de las fuerzas armadas, el poder de la riqueza, el monopolio de los medios masivos de difusión, la burocracia y los políticos adictos. Este sistema ha encontrado su culminación y perfeccionamiento en la denominada "revolución argentina", o sea, en la contrarrevolución antiargentina.

5. Antagonismo irreconciliable

No se trata de una discordia ideológica ni de un problema de hombres. Es un antagonismo de intereses objetivos entre la Argentina que produce y trabaja, inmensamente mayoritaria, y la pseudo Argentina oficial de los explotadores y sus verdugos.

6. La lucha antiimperialista

No hay razón u argumento que hable a los espíritus o a la inteligencia de esos explota-

dores, atentos sólo a mantener sus privilegios, fuera de la lucha más inflexible y sistemática de las clases populares, fuera de su organización, movilización y equipamiento en un gran frente único antiimperialista cuyo conductor estratégico será necesariamente la clase trabajadora.

7. Antiparticipacionismo

El movimiento estudiantil rechaza toda forma de participacionismo, integración, dialoguismo y demás trampas tendidas por un Régimen flagrantemente aislado de la voluntad general.

8. Falsas opciones oligárquicas

El movimiento estudiantil rechaza toda tentativa de reemplazar la dictadura militar oligárquica por cualquier forma de dictadura civil fraudulenta y proscriptiva, no menos oligárquica, disfrazada de pseudo régimen "constitucional".

La naturaleza de un régimen político ha de juzgarse, en última instancia, por su contenido de clase, es decir, respondiendo a la pregunta de qué clases controlan el poder real, si las grandes mayorías populares o el sistema de los monopolios, latifundistas, etc.

El denominado plan político del actual gobierno es la tentativa de perpetuar con ligeras variantes de forma la dictadura de las clases dominantes.

9. Soberanía popular y expropiación de los explotadores

El ejercicio de una auténtica y efectiva soberanía popular a través de un gobierno obrero y popular es el instrumento indispensable para resolver la crisis de estructura mediante la expropiación de las clases que parasitan el esfuerzo nacional, instaurando la planificación y el control democrático de la producción rescatando la riqueza nacional enajenada, desarrollando un vasto plan de inversiones públicas productivas y nacionalizando la banca y el comercio exterior.

A su vez la expropiación de la oligarquía y el imperialismo es condición ineludible para que pueda consolidarse el ejercicio de una auténtica y efectiva soberanía popular.

10. Derecho a armarse en defensa de la soberanía popular efectiva

El movimiento estudiantil afirma que no hay salida válida que no tome como punto de partida el ejercicio pleno e irrestricto de la soberanía popular efectiva, donde se asegure el real ejercicio del poder por las fuerzas obreras y populares, y el acceso de todas sus organizaciones a los medios de comunicación masiva, así como las libertades públicas, de prensa, reunión, asociación, manifestación y difusión ideológica.

Ante la tentativa de conculcar y usurpar sus derechos inalienables, el movimiento estudiantil proclama (férreamente ligado a las grandes mayorías nacionales) el derecho a tomar las armas en defensa de la soberanía

del pueblo y de la independencia nacional.

De esta manera, el movimiento estudiantil enarbola, orgullosamente, las grandes banderas nacionales y democráticas legadas por la generación de la Independencia y los caudillos en lucha contra la dictadura porteña y pro británica.

11. Somos parte de la lucha popular

El Congreso de la Federación Universitaria Argentina proclama solemnemente que las reivindicaciones y las luchas del movimiento estudiantil, partiendo, como parten, de las condiciones y problemas específicos de nuestras Universidades (desquiciadas por la quiebra fiscal; el limitacionismo y el éxodo y desempleo de los egresados; el autoritarismo retrógrado; la desnacionalización cultural y la regimentación ideológica) son parte indisociable de la lucha del pueblo argentino por sus objetivos históricos.

Las libertades democráticas en el orden interno universitario que reivindica el movimiento estudiantil (autonomía, representación estudiantil y cogobierno; libertad de asociación, reunión, difusión ideológica, etc.) no son ni volverán a ser privilegios (a cambio de nuestra complicidad en la proscripción de las grandes mayorías) sino parte indisociable del sistema de derechos del pueblo, a ejercerse para la defensa de esos derechos.

12. La tradición revolucionaria popular

El movimiento estudiantil argentino, que admite en su seno la más amplia democracia interna y la actuación de todas las tendencias, bajo la sola condición de mantenerse solidarias en las luchas y acatar la voluntad de la mayoría, y que, por consiguiente, no se subordina a la plataforma fraccional o partidista de parcialidad alguna, reivindica solemnemente como suyos los jalones de la lucha social, democrática y antiimperialista del pueblo argentino, en su rica y heroica historia desde los orígenes independientes.

Reivindica como propia la lucha yrigoyenista por la soberanía popular y el sufragio, contra el "Régimen falaz y descreído" de la oligarquía antinacional; su lema de que "las autonomías" y derechos "son de los pueblos y no de los gobiernos"; y de que "la Revolución está en la ley moral de las sociedades".

Reivindica como propia la tradición del 17 de octubre de 1945, con sus banderas de independencia económica, soberanía política y justicia social, a través de las cuales la clase trabajadora, nacida de la industrialización, irrumpe en la arena político-social e inicia un camino que sólo habrá de culminar con el derrocamiento y expropiación de las clases explotadoras, en la marcha hacia el socialismo.

Reivindica como propia, puesto que se prodigó resueltamente en ellas junto con la clase trabajadora y el conjunto de la población,

las grandes jornadas de mayo, junio y setiembre de 1969, y el reciente alzamiento de los pueblos del norte postergados, que marcan un nuevo nivel de lucha hacia el enfrentamiento global con el régimen en todas sus formas y matices, bajo la consigna orientadora de "por un gobierno obrero y popular".

Reivindica, por fin, la tradición precursora y esclarecida de la generación "reformista" de 1918, que lega banderas que hoy se abren a las masas estudiantiles para su acción, superadas viejas divisiones sectoriales o confesionales, que obraban como variantes del liberalismo oligárquico, alrededor de la "reforma o antirreforma", el "catolicismo-anticatolicismo", etc.

13. La generación del 18

La generación reformista de 1918 planteó, hace más de medio siglo, el gran principio de que el universitario no es un ser "culto" y, por lo tanto, "superior". El movimiento estudiantil rechaza toda pretensión de Universidad "elitista", toda tentativa de ver en nosotros a los "futuros dirigentes de la comunidad", bajo la cual se enmascara el proyecto de convertirnos en instrumentos de los explotadores y opresores del pueblo.

La generación reformista de 1918 proclamó la unidad inescindible entre nuestra condición de estudiantes y de ciudadanos; que no puede haber Universidad digna de ese nombre en un país erigido sobre la explotación y la dependencia; la lucha contra el academicismo de los clanes oligárquicos y contra la pseudo "ciencia" de espaldas al país y sus luchas.

Culminó este replanteo profundo, y sólo en nuestros días generalizado a nivel latinoamericano y mundial, con su consigna de unidad obrero-estudiantil, que no es la expresión de una vaga filantropía, sino el formidable descubrimiento de que en una sociedad dividida en clases, dividida en explotadores y explotados, la cultura oficial no es portadora de conocimiento sino de mistificación al servicio de las clases dominantes, y las clases explotadas extraen de su propia experiencia las bases de un conocimiento desmitificado de la realidad y de una práctica liberadora.

14. Base de la unidad obrero-estudiantil

La unidad obrero-estudiantil, para no convertirse en una frase vacía de significado, supone la comprensión y asunción por parte del movimiento estudiantil de la trayectoria histórica de la clase obrera real, en particular sus banderas de 1945, banderas que no constituyen una cristalización, como tampoco una divisa partidaria, sino un jalón en el movimiento hacia la emancipación nacional y social.

El movimiento estudiantil argentino se compromete a superar activamente las dis-

torsiones políticas e ideológicas obrantes en su seno, que condujeron a los enfrentamientos con las grandes mayorías nacionales y con la clase trabajadora en 1930, en 1945 y en 1955, traicionando en los hechos el programa de la Reforma del 18 (antiimperialismo, unidad obrero-estudiantil, etc.).

15. Una vasta y combatiente organización

Como expresión de esta nueva conciencia y de nuestra determinación de incorporarnos a la lucha resuelta y global contra el sistema vigente, partiendo de los niveles conquistados en mayo y junio del 69, el movimiento estudiantil se ha lanzado a lo largo del año que termina a una tarea de sindicalización y organización masivas para constituir en cada Facultad y escuela del país Centros y organismos únicos de masas, federados localmente y confederados en escala nacional.

Este proceso debe ser asegurado mediante la creciente participación estudiantil en el manejo y vida democrática de sus centros y federaciones.

Este proceso no pretende suscitar o resucitar estructuras conformistas integrables al Régimen en cualquiera de sus variantes, ni desplazar la iniciativa de las bases hacia una aristocracia de dirigentes.

Por el contrario, él expresa la determinación de dar consistencia y permanencia a la movilización estudiantil, a las luchas generales contra nuestros opresores de dentro y fuera de la Universidad, que son también los opresores y los explotadores de todo el pueblo argentino.

16. Sin exclusiones

El X Congreso de la Federación Universitaria Argentina, exhorta, pues, a aquellas tendencias que han permanecido al margen de este proceso de sindicalización masiva, o se han autoexcluido de él, a integrarse para el hacer conjunto, enriqueciéndolo con sus aportes y militancia y facilitando así que la sana diversidad de opiniones, búsquedas y corrientes obre al servicio de una causa común al grueso de los estudiantes, como es la lucha contra el Régimen y la lucha contra el actual sistema universitario.

Textos

Los peligros profesionales del poder

por Cristian Rakovsky

Presentamos al lector un documento de relevante importancia en la historia del pensamiento marxista contemporáneo. Se trata del ensayo de Christian Rakovsky, escrito en 1928, donde se examina por primera vez en la literatura socialista los problemas del nacimiento de una burocracia dominante en el seno de un Estado obrero.

Digamos ante todo que Rakovsky poseía una historia personal rica en vicisitudes y estrechamente vinculada al movimiento obrero europeo. Nació en 1873. Pertenecía a una vieja familia de la nobleza rumana. Egresado de la Universidad como médico, prosigue su actividad política y funda el Partido Socialista de Rumania antes del estallido de la guerra imperialista de 1914. Actúa también en Bulgaria y se convierte en figura descollante de la política socialista en los Balcanes. Perseguido por la policía política de media Europa, sus empeños prácticos no le impiden sobresalir como escritor, historiador y teórico. Escribe una historia del movimiento obrero rumano, participa en la vida intelectual del socialismo de Francia y Rusia, países cuyas lenguas hablaba con total familiaridad. Durante la primera guerra asume

Desde un campo de detención en la URSS, el antiguo Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania dirigió esta carta notable a un compañero, texto que ha perdurado como una pieza clásica en la comprensión de la burocracia soviética.

la posición internacionalista contra el belicismo pro-imperialista de los socialistas de la II Internacional. Junto a Lenin, Trotsky y los espartaquistas alemanes de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, forma parte de la "Izquierda de Zimmerwald", ese puñado de internacionalistas consecuentes que opone a las ambiciones de los bandidos imperialistas la guerra de clases del proletariado contra su burguesía, la transformación de la guerra imperialista en guerra civil internacional. Todos ellos, según un contemporáneo, "cabían en un solo vagón".

Al estallar la Revolución Rusa, Rakovsky dirige el movimiento en Ucrania y es designado presidente del Consejo ucraniano de Comisarios del Pueblo. Después, el gobierno soviético lo destina como embajador en Londres y en París. Las luchas de la Oposición Comunista de izquierda contra el creciente burocratismo de la facción stalinista en el partido gobernante cuenta a Rakovsky entre los principales líderes, durante el lapso 1923-1934.

Cuando el stalinismo declara abiertamente la guerra de exterminio contra el viejo partido bolchevique y Trotsky es deportado a Alma Ata, junto a la frontera china, Rakovsky es confinado por la burocracia del Kremlin en Astrakán, y luego en Barnaul.

Después de 6 años de deportación cerca del Círculo Artico, viejo, enfermo y desmoralizado, el indomable revolucionario capitula ante la burocracia stalinista y "reconoce sus errores". Su vida política ha terminado, lo que, para un hombre como Rakovsky, equivalía a decir que había terminado su vida. Como tantos otros militantes que capitulan, esta abjuración no lo salvará de los "procesos de Moscú". Acusado en el tercer proceso, en 1938, de los peores crímenes contra la revolución que él mismo había contribuido a realizar, lo condenan a 20 años de trabajos forzados. Se supone, pues no hay sino leves indicios, que habría muerto en la deportación entre 1942 y 1943.

* * *

En el documento que aquí publicamos, que Rakovsky envió a Valentinov en forma de carta, se exponen por primera vez las condiciones históricas que originaron en Rusia Soviética la formación de una capa social privilegiada, llamada por Rakovsky una "burocracia". Valentinov era un viejo bolchevique, enrolado como Rakovsky en las filas de la Oposición, y

que, al igual que él, había sido excluido del Partido y deportado. Después de la Revolución de Octubre, Valentinov había ejercido el cargo de director del periódico de los sindicatos soviéticos, "Trud".

La idea básica de Rakovsky, desarrollada en su carta, que Trotsky retomará y enriquecerá brillantemente en sus escritos sobre el tema, particularmente en "La revolución traicionada", es que la pobreza y la incultura rusas habían facilitado una tendencia hacia la burocratización. La designación de antiguos obreros o antiguos comunistas en puestos de gobierno, había señalado al comienzo una diferenciación funcional. Luego, por la penuria económica del país, esta diferenciación se transformó en social. El dirigente del partido, del gobierno, de los sindicatos, de la industria, adquirió poco a poco una serie de privilegios que lo separaron de la clase obrera y conformaron una nueva sicología entre el grupo gobernante.

La expresión de los nuevos grupos privilegiados de la administración y del poder de las oficinas fue Stalin.

Rakovsky analiza con agudeza notable las particularidades de este ascenso de un grupo por sobre el país hambriento, que coincide con el descenso de la actividad revolucionaria y del entusiasmo político de la agotada clase obrera rusa.

Su analogía con el surgimiento del Thermidor, durante la Revolución Francesa, arroja una viva y reveladora luz sobre la degeneración paulatina de la URSS, después de la muerte de Lenin.

La importancia política del presente estudio, cuya primera versión en castellano nos honramos en presentar, reviste un doble aspecto:

En primer término, el de su valor intrínseco y teórico permanente, en cuanto plantea y resuelve con rigor marxista el problema abordado. En segundo lugar, Rakovsky se anticipa aquí a los restantes miembros de la Oposición de Izquierda en expresar que ya no se trata de reformar abusos, de combatir meras deformaciones burocráticas; que el salto de cantidad en calidad ya se ha producido, que el proletariado soviético ya ha sido políticamente expropiado, y que su lugar en la conducción del Estado lo ha ocupado una casta social diferenciada: la burocracia bonapartista. La consecuencia es que dicha burocracia no puede ser instrumento de ninguna regeneración, sino su obstáculo objetivo, sólo removible mediante la revolución política.

En las condiciones más duras y adversas, Rakovsky, con el resto de su generación, supo mantener indeclinable fidelidad a la gran herencia de la revolución socialista de Octubre, sin que la lucha contra la burocracia —emprendida por un imperativo revolucionario— lo llevase a cobijarse bajo la sombra ponzoñosa del "democratismo" imperialista. Los acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial y las crisis internas del bloque socialista han replanteado el problema de la burocracia ante vastos sectores del movimiento obrero. Lamentablemente, no pocos de los recientes estudios (principalmente, pero no sólo, yugoslavos) incurrir en gruesas confusiones revisionistas, como la de equiparar la burocracia con las burguesías imperialistas. Aprendamos en Rakovsky la médula de un marxismo que no canoniza las revoluciones, sino que las nutre.

Querido camarada Valentinov:

En sus "Meditaciones sobre las masas", fechadas el 8 de julio, examinando el problema de la "actividad" de la clase obrera, Ud. trata una cuestión fundamental: la de la conservación por el proletariado de su papel dirigente en nuestro Estado.

A pesar de que todas las reivindicaciones de la Oposición tienden hacia ese fin, estoy de acuerdo con Ud. en que no ha sido todo dicho sobre esa cuestión. Hasta el presente, nosotros la hemos examinado siempre en relación con el conjunto del problema de la toma y la conservación del poder político, mientras que, para esclarecerlo más, habría sido necesario tratarla separadamente, como asunto especial de valor propio. En el fondo, los mismos acontecimientos se han encargado de colocarla en primer plano.

La Oposición exhibirá siempre, como uno de sus méritos ante el Partido, del cual nadie podría despojarla, el de haber dado la alarma a tiempo sobre la terrible declinación del espíritu de actividad de las masas trabajadoras, y sobre su indiferencia creciente hacia el destino de la dictadura del proletariado y

Lo que caracteriza la ola de escándalos que acaban de ser revelados, lo que constituye el más grande peligro, es precisamente esta pasividad de las masas (pasividad superior aún entre las masas comunistas que entre las sin partido) hacia las manifestaciones de despotismo sin precedentes que se han producido. Los obreros han sido testigos, y las han dejado pasar sin protesta, o bien se han contentado con murmurar un poco, por temor de aquellos que estaban en el poder, o por indiferencia política. Desde el asunto de Chubarovsk (para no remontarnos más arriba) hasta los abusos de Smolensk, de Artiemovsk, etc., Ud. escucha siempre la misma canción: "Nosotros lo sabemos ya desde hace tiempo..."

Robos, prevaricaciones, violencias, garrafas de vino, increíbles abusos de poder, despotismo ilimitado, ebriedad, desocupación: se habla de todo esto como de hechos ya conocidos, no desde hace meses sino desde hace años, y también hay cosas que todo el mundo tolera sin saber por qué.

Sólo tengo necesidad de explicar que cuando la burguesía mundial vocifera sobre los vicios del Estado Soviético, nosotros podemos ignorarla con tranquilo desprecio. Conocemos muy bien la pureza moral de los gobiernos y de los parlamentos burgueses del mundo entero. No podemos tomarlos como modelos. Entre nosotros se trata de un Estado obrero. Nadie puede ignorar los terribles daños ocasionados por la indiferencia política en la clase obrera.

Además, la cuestión de las causas de esta indiferencia y de los medios para eliminarla se revela esencial. Pero esto nos obliga a tratarla de una ma-

nera fundamental, científica, sometiéndola a un análisis profundo. Tal fenómeno merece que le acordemos toda nuestra atención.

Las explicaciones que Ud. da son, sin ninguna duda, correctas. Cada uno de nosotros las ha ya expuesto en sus discursos. Ya han encontrado en parte su lugar en nuestra Plataforma. Y sin embargo, estas interpretaciones y los remedios propuestos para salir de la penosa situación, han tenido y tienen aún un carácter empírico; se refieren a cada caso particular sin ordenar el fondo de la cuestión.

A mi juicio, esto se produce porque la cuestión misma es una cuestión nueva. Hasta el presente hemos sido testigos de un gran número de casos en que el espíritu de iniciativa de la clase obrera se ha debilitado y ha declinado hasta el punto de llegar al nivel de la reacción política. Estos ejemplos no habían aparecido, tanto aquí como en el extranjero, mientras duró el período en que el proletariado seguía combatiendo por la conquista del poder político.

Carecemos de ejemplos de declinación del ardor del proletariado una vez conquistado el poder, por la simple razón de que el nuestro es el primer caso en la historia en que la clase obrera lo conserva durante tan largo tiempo. Sabíamos hasta ahora qué podía ocurrirle al proletariado, cuáles podían ser las oscilaciones de su estado de espíritu, cuando es una clase oprimida y explotada; pero recién ahora podemos evaluar en base a hechos los cambios de su estado de espíritu cuando toma en sus manos *la dirección*.

Esta posición política como clase dirigente no está exenta de peligros; antes bien, los encierra muy grandes. No me refiero a las dificultades objetivas que emergen del conjunto de la situación histórica (al cerco capitalista exterior y a la presión pequeño burguesa en el interior del país), sino a las que son propias de toda clase dirigente, a consecuencia de la toma y el ejercicio del poder mismo, de la capacidad o incapacidad de usarlo.

Ud. comprende que estas dificultades continuarían existiendo, hasta cierto punto, aún si el país se compusiese exclusivamente de masas proletarias, y sólo no aludo a las relaciones con las otras clases, sino, más bien, a las que se crean en las filas mismas de la clase victoriosa.

¿Qué representa una clase cuando ha pasado a la ofensiva? Un máximo de unidad y de cohesión. Todo espíritu de oficio o de grupo, sin hablar de los intereses personales, pasa a segundo plano. Toda la iniciativa está en las manos de la masa militante misma y de su vanguardia revolucionaria, ligada a esa masa del modo más íntimo y orgánico.

Cuando una clase toma el poder, un sector de ella se convierte en el *agente* de este poder. Así surge la burocracia. En un Estado socialista, a cuyos miembros del partido dirigente les está prohibida la acumulación capitalista, esta diferenciación comienza por ser funcional y a poco andar se hace social.

Pienso aquí, en la posición social de un comunista que tiene a su disposición un automóvil, un buen departamento, vacaciones regulares y recibe el salario máximo autorizado por el Partido; posición que difiere de la del comunista que trabaja en las minas

de carbón y recibe un salario de 50 ó 60 rublos por mes. En lo que concierne a los obreros y a los empleados, Ud. sabe que ellos están divididos en dieciocho categorías diferentes...

Otra consecuencia es que algunas de las funciones cumplidas en el pasado por el Partido en su conjunto y por la clase entera, se han convertido en atribuciones del poder, es decir, solamente de un cierto número de gente de ese Partido y de esa clase.

La unidad y la cohesión, que antes eran la consecuencia natural de la lucha de clases revolucionaria, no pueden conservarse ahora sino por una serie de medidas destinadas a preservar el equilibrio entre los diferentes grupos de dicha clase y del partido, subordinando esos grupos al fin fundamental.

Pero esto constituye un proceso largo y complicado. Consiste en educar políticamente a la clase dominante, de manera de volverla capaz de manejar el aparato estatal, el Partido y los sindicatos, y de dirigir esos organismos.

Repito: es una cuestión de educación. Ninguna clase ha venido al mundo en posesión del arte de gobernar. Dicho arte se aprende por la experiencia únicamente, como lección de los errores cometidos. Ninguna constitución soviética, aunque sea ideal, puede asegurar a la clase obrera el ejercicio sin obstáculos de su dictadura y de su control gubernamental, si el proletariado no sabe utilizar los derechos que le acuerda esa Constitución.

La falta de armonía entre la capacidad política y la destreza administrativa de determinada clase y la forma jurídico-constitucional que ella establece para su uso después de conquistado el poder, es un hecho histórico comprobable en la evolución de todas las clases, y en parte, también, en la de la burguesía. La burguesía inglesa, por ejemplo, libró varias batallas no solamente para rehacer la Constitución conforme a sus propios intereses, sino también para colocarse en situación de aprovechar sus derechos y de participar plenamente del sufragio. La novela de Carlos Dickens, "El Club de Pickwick", incluye varias escenas de esta época del constitucionalismo inglés, cuando el grupo dirigente, asistido de su aparato administrativo, volcaba el coche que conducía a las urnas a los electores de la oposición para que éstos no pudiesen llegar a tiempo al comicio.

Este proceso de diferenciación es perfectamente natural en la burguesía triunfante o que está a punto de triunfar. En efecto, tomado en el sentido más amplio del término, ella está constituida por una serie de agrupamiento y aún de clases económicas. Nosotros conocemos la existencia de la grande, de la media y de la pequeña burguesía; sabemos que hay una burguesía financiera, una burguesía comercial, una burguesía industrial y una burguesía agraria. Sucesos como las guerras y las revoluciones producen reagrupamientos en las filas de la propia burguesía. Nuevas capas aparecen y comienzan a desempeñar su papel, por ejemplo, los propietarios, los adquirentes de bienes nacionales, los llamados *nuevos ricos*, que suelen surgir tras una guerra que ha durado cierto tiempo. Durante la Revolución Francesa, en el período del Directorio, estos "nuevos ricos" constituyeron uno de los factores de la reacción.

Examinada en su conjunto, la historia del triunfo del Tercer Estado en Francia, en 1789, es sumamente ilustrativa. En primer lugar, este Tercer Estado era considerablemente heterogéneo. Englobaba a todos aquellos que no pertenecían a la nobleza o al clero; no sólo a las diversas variedades de la burguesía, sino también a los obreros y a los campesinos pobres.

Sólo, gradualmente, tras larga lucha y sucesivas intervenciones armadas, el Tercer Estado adquirió, en 1792, grandes posibilidades de participar en la administración del país. La reacción política iniciada aún antes del Thermidor consistió en que *el poder comenzó a pasar, tanto formal como materialmente, a manos de un número de ciudadanos cada vez más restringido*. Poco a poco, primero por la fuerza de las cosas, y, en seguida, legalmente, las masas populares fueron eliminadas del gobierno del país.

Verdad es que, en aquel caso, la presión de las fuerzas reaccionarias se hizo sentir ante todo sobre las ligaduras que vinculaban en un gran conjunto a las diversas clases del Tercer Estado. Y es seguramente cierto que, al examinar las diferenciaciones internas de la burguesía, no encontraremos contornos de clase tan acentuados como los que separan, por ejemplo, a la burguesía y al proletariado, es decir, dos clases que juegan un papel enteramente diferente en la producción.

Además, en la Revolución Francesa, durante el período de declinación, el poder no intervino solamente para eliminar, siguiendo las líneas de diferenciación, grupos sociales que, ayer aún, marchaban juntos, unidos por un mismo fin revolucionario, sino que, además, desintegró masas sociales más o menos homogéneas. Por un proceso de diferenciación funcional, la nueva clase dirigente destaca de su seno a los círculos de altos funcionarios. Tales fisuras, ante la presión de la contrarrevolución, convirtiéronse en verdaderos abismos. Añádase a ello que la misma clase dominante engendra contradicciones en el curso de la lucha.

Los contemporáneos de la Revolución Francesa, quienes participaron en ella y, más aún, los historiadores de la época siguiente, se interesaron acerca de las causas de la degeneración del Partido Jacobino.

Más de una vez Robespierre puso en guardia a sus partidarios sobre las consecuencias de la *intoxicación del poder*. Dueños de él, les previno no volverse demasiado presuntuosos, no "inflarse", como él decía, no contagiarse de vanidad jacobina, como diríamos ahora nosotros. Pero, como abajo veremos, Robespierre mismo contribuyó grandemente al desplazamiento de la pequeña burguesía, que gobernaba con el apoyo de los obreros parisinos.

Omitimos aquí los testimonios contemporáneos acerca de la descomposición del Partido Jacobino, v. gr., su tendencia a enriquecerse, su participación en los contratos, abastecimientos, etc. Mencionemos, más bien, un hecho extraño y conocido: la opinión de Babeuf, para quien la caída de los jacobinos se vio grandemente estimulada por la fascinación que sobre ellos ejercieron las damas de la nobleza. Babeuf se dirigía a los jacobinos en estos términos:

"¿Qué hacéis, pues, plebeyos pusilánimes? Hoy, ellas os estrechan en sus brazos; mañana, os estrangurarán". Si hubieran existido automóviles en el tiempo de la Revolución Francesa, habríamos encontrado también el factor del "harem-automóvil" indicado por el camarada Sosnovsky como uno de los que desempeñan un papel de primer orden en la formación de la ideología de la burocracia del Partido.

Lo que juega el papel más serio en el aislamiento de Robespierre y del Club de los Jacobinos, aquello que los separa completamente de las masas de obreros y pequeños burgueses, es, además de la liquidación de todos los elementos de la izquierda, comenzando por los "rabiosos", los hebertistas y los chaumettistas, y la Comuna de París en general, la eliminación gradual de todo principio electivo y su reemplazo por el de los nombramientos.

El envío de comisarios de los ejércitos a ciudades donde la contrarrevolución levantaba cabeza, no sólo era legítimo sino indispensable. Pero cuando, poco a poco, Robespierre comenzó a reemplazar los jueces y los comisarios en las diferentes secciones de París, que, hasta entonces, habían designado mediante elección a dichos funcionarios, cuando llegó a nombrar presidentes de Comités Revolucionarios e, incluso, llegó a sustituir por funcionarios a toda la dirección de la Comuna, todas estas medidas tuvieron por resultado reforzar el poder de la burocracia y matar la iniciativa popular. Así, el régimen de Robespierre, en lugar de impulsar la actividad revolucionaria de las masas —ya oprimidas por la crisis económica y, ante todo, por la crisis alimenticia— agravó el mal y facilitó el trabajo de las fuerzas antidemocráticas.

Dumas, el presidente del Comité Revolucionario, se quejaba ante Robespierre de no encontrar jurados para el Tribunal; nadie quería cumplir esas funciones.

Pero Robespierre concluyó por sufrir en carne propia esta indiferencia de las masas parisinas cuando, el 10 de Thermidor, lo llevaron por las calles de París, herido y sangrando, sin ningún temor de que las masas populares intervinieran en favor del dictador de la víspera.

De toda evidencia, sería ridículo atribuir la caída de Robespierre y la democracia revolucionaria al principio de los nombramientos.

Sin embargo, sin ninguna duda, él aceleró la acción de los otros factores. De todos ellos, el decisivo fueron las dificultades de aprovisionamiento causadas, en gran parte, por 2 años de malas cosechas. Añádanse las perturbaciones originadas por el traspaso de la gran propiedad rural de la nobleza al pequeño productor campesino, y el alza constante de los precios del pan y de la carne, debido a que, al comienzo, los jacobinos no quisieron recurrir a medidas administrativas para reprimir a los campesinos ricos y a los especuladores. Cuando, finalmente, y presionados por las masas, se resolvieron a sancionar la "Ley del Maximum", las condiciones del mercado libre y de la producción capitalista, impidieron que ella jugase otro papel que el de simple paliativo.

Pasemos ahora a la realidad que vivimos. Creo, ante todo, que es necesario indicar que, cuando empleamos expresiones tales como "el Partido", "las masas", etc., no debemos perder de vista el conte-

nido que la historia de los últimos diez años ha puesto en estos términos.

La clase obrera y el Partido —*no ya físicamente, sino moralmente*— ya no son lo que eran hace diez años. No exagero cuando digo que el militante de 1917, habría tenido dificultad para reconocerse en la persona del militante de 1928. Un cambio profundo ha tenido lugar en la anatomía y en la fisiología de la clase obrera.

A mi juicio, es necesario concentrar nuestra atención sobre el estudio de las modificaciones de los tejidos y de sus funciones. El análisis de los cambios sobrevenidos logrará mostrarnos el mejor modo de salir de la situación creada. No tengo la intención de presentar aquí este análisis; me limitaré solamente a algunas observaciones.

Hablando de la clase obrera, es necesario encontrar respuestas a toda una serie de preguntas, por ejemplo:

¿Cuál es la proporción de obreros y empleados actualmente en nuestra industria que han entrado después de la revolución, y cuál la de aquellos que trabajaban antes?

¿Cuál es la proporción de los que han participado en otro tiempo en el movimiento revolucionario, tomado parte en huelgas, que han sido detenidos, deportados, o han tomado parte en la guerra o en el Ejército Rojo?

¿Cuál es la proporción de obreros y empleados de la industria que trabaja sin interrupción? Y ¿cuál la de quienes sólo trabajan accidentalmente?

¿Cuál es la proporción en la industria de los elementos semiproletarios, semicampesinos, etc.?

Si descendemos y penetramos en las profundidades mismas del proletariado, del semiproletariado y de las masas trabajadoras en general, sólo encontraremos sectores enteros de la población de los cuales nadie se ocupa entre nosotros. No quiero hablar aquí únicamente de los desocupados, que constituyen un peligro siempre creciente y que, en todo caso, es un sector que ha sido claramente indicado por la Oposición. Pienso en las masas reducidas a la mendicidad, en los semi-pauperizados que, gracias a los subsidios irrisorios entregados por el Estado, están en el límite del pauperismo, del robo y de la prostitución.

No podemos imaginar cómo la gente vive, a veces a unos pasos apenas de nosotros. Llega la ocasión en que enfrentamos fenómenos cuya existencia no habría podido sospecharse en el Estado soviético y que dan la impresión de descubrirnos súbitamente un abismo. No se trata de defender la causa del Poder de los Soviets invocando el hecho de que no ha logrado desembarazarse de la triste herencia legada por el régimen zarista y capitalista. No, pero en nuestra época, bajo nuestro régimen, descubrimos la existencia de fisuras en el cuerpo de la clase obrera, a través de las cuales la burguesía podría introducir una cuña.

En ciertos períodos, bajo el régimen burgués, la parte conciente de la clase obrera arrastraba detrás suyo esta masa numerosa, comprendida en los semivagabundos. La caída del régimen capitalista debía llevar la liberación al proletariado entero. Los ele-

mentos semivagabundos consideraban a la burguesía y al Estado capitalista responsables de su situación. Estimaban que la revolución debía aportar un cambio a su condición. Estas gentes, ahora, están lejos de estar satisfechos; su situación no ha mejorado ni poco menos. Comienzan a considerar con hostilidad el poder de los Soviets, y a aquella parte de la clase obrera que trabaja en la industria. Se transforman, sobre todo, en los enemigos de los funcionarios de los Soviets, del Partido y de los Sindicatos. Se los escucha hablar a veces de la clase obrera como de la "nueva nobleza".

No me detendré aquí en la diferenciación que el poder ha introducido en el seno del proletariado, y que he calificado más arriba de "funcional". La función ha modificado el órgano mismo, es decir, la psicología de aquellos que se han encargado de diversas tareas de dirección en la administración y la economía del Estado ha cambiado hasta tal punto que no sólo objetiva, sino también subjetivamente; no sólo material, sino también moralmente, han cesado de formar parte de esta misma clase obrera.

Así, por ejemplo, un director de fábrica hace de "sátrapa". A pesar del hecho de que es un comunista, a pesar de su origen proletario, a pesar de que aún trabajaba en la fábrica hace unos años, no encarna ante los ojos de los obreros las mejores cualidades del proletariado.

Molotov puede, con el corazón alegre, establecer un signo de igualdad entre la dictadura del proletariado y nuestro Estado, con sus instituciones burocráticas y, lo que es peor, con los brutos de Smolensk, los estafadores de Tajkent y los aventureros de Arriemovsk. Al hacer esto, no logra más que desacreditar la dictadura sin desarmar el legítimo descontento de los obreros.

Si, prescindiendo de los demás matices de la clase obrera, pasamos ahora al Partido mismo, nos encontraremos con los elementos provenientes de las otras clases sociales. La estructura social del Partido es más heterogénea que la del proletariado. Esto ha sido siempre así, naturalmente, con esta diferencia: que cuando el Partido tenía un vida ideológica intensa, la amalgama social se fundía en una sola aleación gracias a la lucha de la clase revolucionaria en movimiento.

Pero, el poder, tanto en el Partido como en la clase obrera, opera diferenciaciones sociales semejantes a las que separan a las diversas capas de la sociedad.

La burocracia de los Soviets y del Partido constituye, de hecho, un nuevo orden. No se trata de casos aislados, de desfallecimientos en la conducta de un camarada, sino más bien de una nueva categoría social, a la que debería consagrarse un estudio específico. A propósito del Proyecto de Programa de la Internacional Comunista, yo escribía a León Davidovitch (Trotsky) entre otras cosas:

"En lo que concierne al capítulo 4º (el período transitorio). La manera con que ha sido formulado el papel de los partidos comunistas en el período de la dictadura del proletariado es bastante débil. Sin la menor duda, esta manera vaga de hablar del papel del Partido hacia la clase obrera y el Estado no es un efecto del azar. La antítesis existente entre

la democracia burguesa y la democracia obrera está claramente indicada; pero no se dice una sola palabra para explicar lo que el Partido debe hacer para realizar, concretamente, esta democracia proletaria. «Atraer las masas y hacerlas participar en la construcción», «reeducar su propia naturaleza» (Bujarin se complacía en desarrollar este último punto, entre otros, más especialmente en ligazón con la revolución cultural); son afirmaciones verdaderas desde el punto de vista de la historia y conocidas desde hace mucho tiempo; pero se reducen a simplezas si no introducimos la experiencia acumulada en el curso de los diez años de dictadura del proletariado.

Es aquí que se plantea el problema de los métodos de dirección, que juegan un rol tan importante.

Pero nuestros dirigentes no sienten agrado en hablar del asunto, bajo el temor de que resulte evidente que ellos mismos están lejos aún de haber «reeducado su propia naturaleza».

Si yo fuera el encargado de escribir un proyecto de programa de la Internacional Comunista, habría consagrado buen lugar, en este capítulo, a la teoría de Lenin sobre el Estado durante la dictadura del proletariado y el rol del Partido y su dirección en la creación de una democracia proletaria, tal como debería ser, y no de una burocracia de los Soviets y del Partido como la que existe actualmente.

El camarada Preobrayensky ha prometido consagrar un capítulo especial en su libro «Las conquistas de la dictadura del proletariado en el año II de la Revolución» a la burocracia soviética. Espero que el no olvidará el papel de la burocracia del Partido, que es mucho mayor en el Estado soviético que el de su hermana, la burocracia de los Soviets. He expresado la esperanza de que él estudiará este fenómeno sociológico específico, bajo todos sus aspectos. No hay un folleto comunista que, relatando la traición de la socialdemocracia alemana del 4 de agosto de 1914, no indique al mismo tiempo el papel fatal de las cumbres burocráticas del Partido y de los sindicatos jugaron en la historia de la caída de ese Partido. Por su parte, muy poco ha sido dicho, y esto en términos muy generales, sobre la función desempeñada por nuestra burocracia de los Soviets y el Partido, en la disgregación del Partido y del Estado soviético. Es un fenómeno sociológico de la máxima importancia que no puede, sin embargo, ser comprendido y profundizado en toda su gravedad si no examinamos las consecuencias que ha tenido el cambio de la ideología del partido de la clase obrera.

¿Usted pregunta qué ha sido del espíritu de actividad revolucionaria del Partido y de nuestro proletariado? ¿Adónde ha ido a parar su iniciativa revolucionaria? ¿Dónde están sus intereses ideológicos, su valor revolucionario, su orgullo proletario? ¿Está usted sorprendido de que haya tanta apatía, tanta mezquindad, pusilanimidad, arribismo y otras muchas cosas que podría añadir yo mismo? ¿Qué ha ocurrido para que gentes que tienen un pasado revolucionario estimable, cuya honestidad personal no arroja ninguna duda y que ha dado pruebas de su devoción a la Revolución en más de un caso, se encuentren convertidos en lastimosos burócratas? ¿De dónde

viene esta horrible Smerkiakovstchina de la cual habla Trotsky en su carta sobre las declaraciones de Antonov-Ovseenko?

Pero si se puede esperar cualquier cosa de los procedentes de la burguesía y de la pequeña burguesía, intelectuales, «individuos» en general, desde el punto de vista de las ideas y de la moralidad, cómo explicar el mismo fenómeno cuando se trata de la clase obrera? Muchos camaradas, han observado esa pasividad y no pueden disimular su decepción.

Es verdad que otros camaradas han visto, en el curso de una cierta campaña llevada por la cosecha de trigo, síntomas de una robustez revolucionaria, probando que los reflejos de clase viven aún en el Partido. Muy recientemente, el camarada Ischenko me ha escrito (o, más exactamente, ha escrito en tesis que debió haber enviado igualmente a otros camaradas) que la cosecha de trigo y la autocrítica se deben a la resistencia de la sección proletaria de la dirección del Partido. Desgraciadamente, es preciso decir que esto no es exacto. Los dos hechos, resultan una combinación urdida en las altas esferas, y no son debidos a la presión de la crítica de los obreros; es por razones políticas, y, a veces, por razones de grupo o —digámoslo— de fracción, que una parte de las cumbres del Partido pone en práctica esta línea. No se puede hablar más de una sola presión proletaria: la dirigida por la oposición. Pero, es preciso decirlo claramente, esta presión no ha sido suficiente para mantener la oposición en el interior del Partido; más bien, ella no ha logrado modificar su política.

León Davidovich ha demostrado con toda una serie de ejemplos irrefutables el rol revolucionario, verdadero y positivo que ciertos movimientos revolucionarios jugaron con su derrota: la Comuna de París, la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú. La primera aseguró el mantenimiento de la forma republicana de gobierno en Francia; la segunda abrió la vía a la reforma constitucional en Rusia. Sin embargo, los efectos de estas derrotas conquistadoras son de corta duración si no están reforzadas por una nueva ola revolucionaria.

Lo más triste es que ningún reflejo se produce dentro del Partido y de la masa. Durante dos años, se ha venido librando una lucha excepcionalmente áspera entre la oposición y las altas esferas del Partido. En el curso de los dos últimos meses, se han desarrollado acontecimientos que habrían debido abrir los ojos a los más ciegos. Sin embargo, nadie hasta el presente advierte que las masas del Partido estén interviniendo.

También es comprensible el pesimismo de algunos camaradas, que percibo igualmente a través de su pregunta.

Babeuf, al salir de la prisión de la Abadía, echando una mirada a su alrededor, se preguntaba qué había sido del pueblo de París, de los obreros de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marceau, aquellos que el 14 de julio de 1789 habían tomado la Bastilla, el 10 de agosto de 1792 las Tullerías, que habían sitiado la Convención el 30 de mayo de 1793, sin hablar de tantas otras intervenciones armadas. Resu-

mía sus observaciones en una sola frase, donde se siente la amargura del revolucionario: "Es más difícil educar al pueblo en el amor a la libertad, que conquistarla".

Nosotros hemos visto por qué el pueblo de París olvidó la atracción de la libertad. El hambre, la desocupación, la liquidación de los cuadros revolucionarios (numerosos dirigentes habían sido guillotina-dos), la eliminación de las masas de la dirección del país, todo esto llevó a tan grande lasitud moral y física de las masas, que el pueblo de París y del resto de Francia tuvo necesidad de 37 años de respiro antes de comenzar una nueva Revolución.

Babeuf formuló su programa en dos palabras (me refiero a su programa de 1794): "La libertad y la Comuna elegida".

Debo hacer aquí una confesión: no me he dejado nunca arrullar por la ilusión de que era suficiente para los líderes de la oposición presentarse en los mítines del Partido y en las reuniones obreras para hacer pasar a las masas al campo de la oposición. Siempre he considerado tales esperanzas, que provenían sobre todo de los dirigentes de Leningrado como cierta sobrevivencia del período en que ellos tomaban las ovaciones y los aplausos oficiales como expresión del verdadero sentimiento de las masas, y los atribuían a su popularidad imaginaria.

Iré aún más lejos: esto explica, para mí, el brusco viraje de su conducta.

Ellos pasaron a la oposición esperando tomar rápidamente el poder. Es con ese fin que se unieron a la oposición de 1923. Cuando alguien del "grupo sin dirigentes" reprochó a Zinoviev y Kamenev haber dejado caer a su aliado Trotsky, Kamenev les respondió: "Nosotros teníamos necesidad de Trotsky para gobernar; para reingresar al Partido es un peso muerto".

Sin embargo, el punto de partida, la premisa, habría debido ser que la obra de educación del Partido de la clase obrera, es una tarea larga y difícil, tanto más cuanto que los espíritus deben limpiarse de todas las impurezas introducidas en ellos por la práctica de los Soviets y del Partido, y por la burocratización de esas instituciones.

No se ha de perder de vista que la mayoría de los miembros del Partido (sin hablar de los jóvenes comunistas) tiene la concepción más errónea de las tareas, de las funciones y de la estructura del Partido, debido a la concepción que la burocracia les enseña con su ejemplo, su conducta práctica y sus fórmulas estereotipadas. Todos los obreros que ingresaron al Partido después de la Guerra Civil, entraron, en su mayor parte, después de 1923 (la promoción Lenin); ellos no tienen ninguna idea de lo que era en otro tiempo el régimen del Partido. La mayoría entre ellos está desprovista de esa educación revolucionaria de clase, vivida durante la lucha, en la vida, en la práctica consciente. En el pasado, esta conciencia de clase se adquiría en la lucha contra el capitalismo. Hoy, ella debe formarse por la participación en la construcción del Socialismo. Pero nuestra burocracia ha reducido dicha participación a una frase hueca, y los obreros no pueden adquirir en ninguna parte esta educación. Se entiende

que excluyo como medio anormal de educar a la clase el hecho de que nuestra burocracia, bajando los salarios reales, empeorando las condiciones de trabajo, favoreciendo el desarrollo de la desocupación, empuja a los obreros a la lucha que eleva su conciencia de clase; pero, entonces, ella es hostil al Estado socialista.

Según la concepción de Lenin y de todos nosotros, la tarea de la dirección del Partido consiste, precisamente, en preservar al Partido y a la clase obrera de influencias corruptoras de los privilegiados, de los favores y de las tolerancias inherentes al poder, en razón de su contacto con los restos de la antigua nobleza y pequeña burguesía, habría debido pre-munirse contra la influencia nefasta de la NEP contra la tentación de la ideología y de la moral burguesas.

Al mismo tiempo, nosotros teníamos la esperanza de que la dirección del Partido llegaría a crear un nuevo aparato, verdaderamente obrero y campesino, nuevos sindicatos, realmente proletarios, una nueva moral en la vida cotidiana.

Debe reconocerse francamente, claramente, en voz alta e inteligible: el aparato del Partido no ha cumplido esa labor. En esta doble tarea de preservación y educación, ha demostrado la incompetencia más completa; ha fracasado; es insolvente.

Desde hace tiempo estamos convencidos de que lo pasado en éstos últimos ocho meses pone en evidencia para todos que la dirección del Partido avanza por el más peligroso de los caminos. Aún hoy sigue por esa ruta.

Los reproches que le dirigimos no conciernen, por así decirlo, al aspecto cuantitativo de su trabajo, sino, más bien, al *cualitativo*. Subrayamos esto pues, de otro modo, volveríamos a sumergirnos en cifras con los éxitos innumerables e integrales obtenidos por los aparatos partidario y soviético. Ha llegado el momento de poner fin a este charlatanismo estadístico. Oid las versiones del XV Congreso del Partido. Leed el informe de Kossior sobre la actividad organizativa. ¿Jué se encuentra? Cito literalmente: "El prodigioso desarrollo de la democracia del Partido... la actividad organizativa del Partido se ha extendido grandemente".

Y luego, por supuesto, para reforzar todo esto: cifras, cifras y aún cifras. Y esto era dicho en el momento en que había en los expedientes del Comité Central documentos que probaban la terrible desintegración de los aparatos del Partido y los Soviets, la sofocación de todo control de las masas, la opresión horrible, persecuciones y un terror jugando con la vida y la existencia de militantes y obreros.

He aquí cómo la *Pravda* caracteriza nuestra burocracia: "Elementos arribistas, hostiles, perezosos e incompetentes, se empeñan en arrojar a los mejores inventores soviéticos más allá de las fronteras de la URSS. Si no se lanza un gran golpe contra estos elementos, con toda nuestra fuerza, nuestra determinación, nuestro coraje, etcétera..."

No obstante, conociendo nuestra burocracia, yo no estaría sorprendido de escuchar a alguien hablar

nuevamente del desarrollo "enorme" y "prodigioso" de la actividad de las masas y del Partido, del trabajo organizativo del Comité Central implantando la democracia, etcétera.

Estoy persuadido de que la burocracia partidaria y soviética que hoy existe, seguirá cultivando con el mismo éxito abcesos supurantes a su alrededor, a pesar de los ardientes procesos que han tenido lugar en el mes último. Esta burocracia no cambiará por el hecho de haberse sometido a una depuración. No niego, quede bien claro, la utilidad relativa y la absoluta necesidad de tal depuración. Deseo señalar, simplemente, que no es únicamente una cuestión de cambio de personal, sino ante todo de cambio de métodos.

A mi juicio, la primera condición para devolver a la dirección del Partido la capacidad de ejercer un papel educativo, es reducir la importancia de las funciones de esa dirección. Las tres cuartas partes del aparato deberían ser licenciadas. Las tareas del cuarto restante deberían tener límites estrictamente determinados. Análogo criterio debería aplicarse a las tareas, a las funciones y a los derechos de los organismos centrales.

Los miembros del Partido deben recobrar sus derechos, que han sido pisoteados, y recibir garantías válidas contra el despotismo de los círculos dirigentes que ya conocemos.

Es difícil imaginar lo que pasa en los niveles inferiores del Partido. Es especialmente en la lucha contra la oposición dónde se ha puesto en evidencia la mediocridad ideológica de esos cuadros, así como la influencia corruptora que ejercen sobre las masas proletarias del Partido. Sí, en las cumbres, existe aún una cierta línea ideológica, una línea especiosa y errónea, mezclada, es verdad, a una fuerte dosis de mala fe, en los niveles inferiores, en cambio, la demagogia más desenfrenada se ha empleado contra la Oposición. Los agentes del Partido no han vacilado en utilizar el antisemitismo, la xenofobia, el odio a los intelectuales, etc. Estoy persuadido de que toda reforma del Partido que se apoye sobre la burocracia se revelará utópica.

Resumo: observando, como Ud., la falta de espíritu de actividad revolucionaria en las masas del Partido, yo no veo nada sorprendente en este fenómeno. Es el resultado de todos los cambios que han tenido lugar en el Partido y en el proletariado mismo. Es necesario reeducar a las masas trabajadoras y a las masas del Partido, en el cuadro del Partido y de los sindicatos. Este proceso es largo y difícil; pero es inevitable; ya ha comenzado. La lucha de la Oposición, la lucha de centenares y centenares de camaradas, las detenciones, las deportaciones, a pesar de que no hayan hecho mucho por la educación comunista de nuestro Partido tienen, en todo caso, más efecto que todo el aparato tomado en su conjunto. En el fondo, los dos factores no pueden ser comparados. El aparato ha despilfarrado el capital del Partido legado por Lenin, no solamente de una manera inútil sino también nociva.

Mi tarea era señalar los cambios que se han producido en la composición y la psicología del proletariado y del Partido en relación con la toma del poder misma. Estos hechos quizás han dado un carácter unilateral

a mi exposición. Pero, sin proceder a este análisis preliminar, resultaría difícil comprender el origen de los errores económicos y políticos cometidos por nuestra dirección en lo que concierne a los campesinos y los problemas de la industrialización, del régimen interior del Partido, y, finalmente, de la administración del Estado.

Astrakán, 6 de agosto de 1928.

Lecturas Críticas

"Vida de Scalabrini Ortiz, de Norberto Galasso

por Alberto Guerberoff

Edición del Mar Dulce

Trazar documentadamente la vida de un patriota, consagrado a la emancipación nacional y silenciado por la "prensa seria" es de por sí una tarea reveladora. Pero cuando a ella va unido el raro privilegio de rescatar la biografía política, en cuanto género, de las demoledoras incursiones padecidas y de colocarla en la línea de la mejor tradición en la materia, la obra pasa a ser, tal como lo señala Jorge Abelardo Ramos en el prólogo, verdadera "manifestación del renacimiento de una literatura política genuinamente argentina".

Y es que una literatura de ese tipo debía estar necesariamente sepultada durante buena parte de nuestra historia contemporánea, en que las ideas prevalecientes se alimentaban en la prosperidad relativa de la factoría agraria y las moldeaba inflexiblemente el imperialismo colonizador.

Sólo al promediar el siglo la tentativa de revolución nacional peronista y su posterior frustración, dieron relieve a las nuevas condiciones materiales y espirituales que permitirían el reexamen sistemático de los problemas cardinales del país desde un punto de vista nacional. Fue fácil advertir, entonces, que bajo la requesbrajada loza del pensamiento oligárquico, discurría una rica corriente ideológica de signo nacional y democrático encarnada en unos pocos nombres. Bastaban para restablecer la continuidad de un pensamiento militante que pareció truncarse con el aniquilamiento de los hombres del 900.

A esa reducida pléyade se incorporó Scalabrini cuando la crisis del 30 y el derrocamiento de Yrigoyen le revelaron el verdadero rostro de la Argentina oligárquica. No fue fácil, sin embargo, su aproximación al país real; fue más bien un doloroso itinerario de frustraciones que recogería a su paso por los círculos intelectuales del Buenos Aires de los años 20. No lo terminarían de satisfacer ni el socialismo ingenuo de sus amigos, los escritores proletarios de Boedo ni los juegos gratuitos y los malabarismos formales de sus amigos de Florida; paradójicamente, es desde estos últimos que surge una de las claves del combatiente destino que le aguarda: Macedonio Fernández, filósofo singular, acendrado criollo que envolvía en oscura metafísica una extraña fidelidad a lo nacional, especie de exiliado interior en la gran ciudad cosmopolita atosigada de vanguardismos importados. Sería el maestro espiritual de RSO.

Ese tránsito de la literatura a la lucha gigantesca que pronto emprenderá, es vívidamente narrado por Galasso en su análisis de "El Hombre que está solo y espera". Pronto quedarán atrás su indiferencia política y sus ilusiones de bohemio, dando paso a un indagador incansable del presente y el pasado en procura de explicar las razones de la crisis que corroe a la sociedad argentina que acaba de ingresar a la década infame. Su sensibilidad y su inteligencia las encontrarán muy rápidamente y harán confluír su esfuerzo con el ala yrigoyenista del vencido Partido Radical. Comprometido en la frustrada revolución de 1933, sufrirá la cárcel y el exilio, que no harán más que fortalecer su ya definitivamente delineado ideario nacional.

Sus tareas de investigador económico se multiplican por esos años, que ven estrechar su acercamiento con otro notable argentino, Arturo Jauretche, con quien colaborará primero y militará después en FORJA, sintetizando entre ambos la aspiración de un nacionalismo democrático pequeño burgués capaz de rescatar la sustancia revolucionaria del radicalismo histórico proyectándolo nuevamente como instrumento emancipador de las masas populares y neutralizando la influencia oligárquica de Alvear.

Los acontecimientos revelarían esto una utopía, pero no amenguan para nada la importancia de su prédica intransigente y revolucionaria que un día no lejano se encarnaría —aunque no plenamente en el plano ideológico— en una década de revolución popular.

Pero mientras tanto son los duros años del "estatuto legal del coloniaje" y años por tanto de denuncia permanente, de vivisección de la política oligárquica y de la naturaleza expoliadora del imperialismo británico. Libros fundamentales para la comprensión de nuestra condición semicolonial salen entonces de la pluma de Scalabrini: los ferrocarriles y los empréstitos como facetas decisivas de la política británica serán un tema fundamental. Pero no el único. El historiador económico develará aspectos esenciales de nuestra historia abriendo el camino a ideas que luego retomará el moderno revisionismo socialista.

Con abundante documentación, muchas veces inédita, y un seguro conocimiento del tema, nos interna el autor de esta obra no sólo en las vicisitudes personales y políticas del personaje sino en la trama viva de la historia que lo rodeó y él contribuyó a hacer. Son dignos de mención, en ese sentido, los capítulos en que se examina la vida literaria de Buenos Aires, antes y después del 30, en que se refleja la tragedia del escritor en aquella sociedad del "chilled" y del trigo, indiferente y sometida.

Lo mismo puede decirse de aquellos en que se nos brinda una pormenorizada historia de FORJA, sus efímeros periódicos y sus tendencias internas o aquellos otros en que se analizan las relaciones de sus hombres con la revolución militar del 4 de junio y su conexión posterior con el capítulo abierto en el 45. El mismo interés permite recorrer ávidamente las

páginas reveladoras de los vínculos de aquellos hombres con el peronismo en el poder que echan luz sobre uno de los aspectos más contradictorios del peronismo: su contenido social y nacional, democrático y revolucionario encontraba en la ideología forjista su plataforma natural. Sin embargo el peronismo no asumió nunca plenamente esa tradición ideológica y la sustituyó más bien por una inarticulada ambigüedad que contribuían a rellenar burócratas insignificantes o nacionalistas reaccionarios. Aunque la citada ambigüedad ideológica nacía en cierto modo de la naturaleza policlasista del peronismo y como tal obraba como factor aglutinante, se revelaría sin duda como una de sus debilidades mayores y echaría a la pequeña burguesía democrática en brazos del liberalismo oligárquico.

Pero Raúl Scalabrini Ortiz y la mayoría de los hombres de FORJA, lejos de confundirse se sumergieron en el torrente de la revolución nacional. El propio Perón intentó llevarlos al primer plano cuando ya acechaba la contrarrevolución, pero era tarde. Raúl proseguiría la batalla y enfrentaría a la funesta dictadura oligárquica restaurada, presente siempre en cada ocasión en que se lesionara el interés nacional. La literatura marxista de la izquierda nacional ha señalado repetidas veces cuál es la tradición histórica de la revolución popular argentina, que no pasa ni por el nacionalismo oligárquico ni por la adocenada "izquierda" antinacional, sino que recoge la rica herencia de pensadores nacionales consecuentes entre los que RSO figura en primera línea.

Estas y otras ideas fundamentales del socialismo revolucionario en la Argentina sobre nuestra historia política contemporánea son ampliamente verificadas por NG en su brillante y rico estudio, en un frondoso anecdotario que da sabor coloquial a este dramático desfile de 60 años de vida argentina.

DOCUMENTOS

La victoria electoral de Allende en Chile ha merecido toda clase de interpretaciones confusas e interesadas. El Socialismo de la Izquierda Nacional de la Argentina ha formulado un juicio claro y certero

CHILE: por el comienzo de un nuevo Ayacucho

Declaración del PSIN ante el triunfo obrero y popular

El pronunciamiento obrero y popular que ha dado la victoria a Allende en las elecciones chilenas es un rudo golpe contra el imperialismo yanqui y sus lacayos los gorilas de América latina.

El Partido Socialista de la Izquierda Nacional se une al júbilo del pueblo argentino por este triunfo que robustece el campo de la revolución latinoamericana, y abre al pueblo de Chile la posibilidad de un desarrollo democrático y renovador hacia el socialismo.

Esta victoria corrobora que la política revolucionaria no es la repetición mecánica de una determinada táctica. Recurre a todos los medios, incluso los electorales, según la realidad de cada país, y a condición de subordinarlos a una estrategia de poder fundada en la efectiva movilización de las masas.

Esta victoria también corrobora la importancia de las consignas democráticas y nacionales como impulsoras de las clases populares y de unión con la clase trabajadora. En nuestro país, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional proclama la lucha por la soberanía popular efectiva, por elecciones sin fraude legal ni proscripciones, por el derecho de Perón a regresar y ser elegido.

La democracia burguesa está sustancialmente limitada por el poder económico-político de las clases explotadoras. Pero, ante la crisis profunda que el imperialismo desata sobre América latina, los mismos resortes de la democracia burguesa escapan al control de los explotadores, que se desenmascaran recurriendo a dictaduras reaccionarias (civiles o militares) como las de Brasil, Argentina, Colombia o Santo Domingo.

No puede, pues, confundirse la "democracia" enarbolada contra Yrigoyen o Perón para defender los antiguos privilegios con las banderas de la soberanía popular efectiva, tanto más revolucionarias cuanto más abiertamente aquellos privilegios se lanzan a la violencia, el fraude y la conspiración antinacional.

La consagración electoral de Allende es un paso hacia la victoria del pueblo chileno sobre sus opresores. Abre un rumbo, pero no es la victoria misma. Por de pronto, toda la reacción interna y externa se ha lanzado a impedir el pronunciamiento del Congreso, y ya apuesta a la carta de un golpe militar. Formalmente, rige todavía la "doctrina Johnson" que "prohíbe" toda "nueva Cuba" en Latinoamérica.

Pero el pantano de la guerra en Vietnam, la creciente oposición dentro de EE.UU. a esa política de rapiña, el surgimiento de regímenes populares como el del Perú, la presencia de un poderoso bloque de países socialistas y no alienados, y el desprestigio internacional del imperialismo yanqui, tornan problemática la intervención directa contra Chile.

Nuestros generales gorilas estarían encantados de actuar como mandaderos del Pentágono. Pero las grandes movilizaciones del 69 que derrumbaron a Onganía los tornan cautelosos. El pueblo argentino no tolerará que lo conviertan en verdugo, y utilizará, cualquier aventura que quisiera emprenderse para liberarse de sus propios opresores.

Así, la lucha de las clases y pueblos oprimidos contra el imperialismo agresor aparece íntimamente relacionada, y cada victoria robustece las posibilidades en toda el área semicolonial.

Pero tampoco la asunción de la presidencia por Allende significaría automáticamente que el poder real ha pasado de las clases explotadoras al proletariado y al pueblo chilenos. El poder económico se entrelaza con la burocracia, influye sobre los mandos militares, maneja la información, y ya se apresta para conspirar, sabotear, paralizar y bloquear internacionalmente a Chile.

Duras luchas aguardan al pueblo hermano para desarmar la violencia reaccionaria de los grandes

privilegios, dispuestos a pelear hasta la muerte por el "derecho" a seguir explotando a los chilenos.

La capacidad de convertir el poder legal en poder real de las grandes mayorías oprimidas dirá en definitiva si el gobierno de la Unidad Popular ha abierto una senda revolucionaria o si naufraga en la impotencia reformista.

Por de pronto —y es auspicioso— el doctor Allende ha dicho que no someterá su programa a ningún género de transacción o compromiso. En los hechos, esto supone las masas en la calle, el armamento popular, la democratización del aparato militar enfrentando la subversión oligárquica, es decir, la imperiosa combinación de métodos parlamentarios y extraparlamentarios.

Es de desear que aquellas fuerzas que se sustrajeron (a nuestro juicio son criterio abstracto) a la movilización electoral oponiéndole el camino de la guerrilla, ahora vuelque su devoción militante a la tarea de robustecer política, organizativa y militarmente la lucha de las masas frente al complot de los explotadores.

El camino está erizado de obstáculos y peligros. Pero quien avance por él contará con una fuerza formidable que ignoran los estrategas de la contrarrevolución: la energía creadora y la ilimitada capacidad de sacrificio de las clases oprimidas.

A esto se añade que las fuerzas inclinadas a una transformación profunda de la sociedad chilena son más amplias que las que votaron por Allende, hasta abarcar a una aplastante mayoría.

Una torpe aritmética reaccionaria pretende que la "democracia anticomunista" sigue siendo mayoría, y lo "prueban" sumando los votos de la derecha (Alessandri) y el centro democristiano. Pero el candidato de esta última tendencia, Tomic, se apresuró a visitar a Allende y a saludarlo como presidente electo, desmintiendo así resonantemente tan tramposa interpretación.

En realidad, si la democracia cristiana desertase hacia el contubernio con el *godo* Alessandri, estaría firmando su propia acta de defunción y prepararía el desplazamiento masivo de sus bases hacia la izquierda.

En las elecciones de 1964 la derecha renunció a sus candidatos para rodear a Frei como "opción anticomunista". ¿Por qué en 1970 no pudo repetir esa maniobra? Porque hasta las débiles pero reales reformas de Frei le resultaban inaceptables. La democracia cristiana de Chile representaba algo más que una opción demagógica, un progresismo de fachada.

Confusa y contradictoriamente, a través de ella, se expresaba la voluntad transformadora de un amplio sector de clase media. Ese sector negó sus votos a la derecha, que cayó víctima de su propia maniobra.

La estructura política chilena es semejante a la de países avanzados como Italia o Francia. Pero en tanto la democracia de estos países (países imperialistas, países que engordan saqueando el mundo semicolonial) no amenaza por ahora las posiciones de la gran burguesía por el papel estabilizador de las clases medias, en nuestras sociedades asfixiadas por el capital extranjero o esas clases medias son impelidas a una actitud mucho más radical.

Existe, pues, para la coalición vencedora, otra importante fuerza de reserva. Al margen de acuerdos que puedan o no concertarse por arriba (lícitos en cuanto no comprometan las líneas fundamentales), podrá contar con el apoyo para su programa de transformaciones de ese vasto sector que rechazó, votando a Tomic, la opción alessandrista, es decir, la defensa del sistema imperante.

El programa renovador de Salvador Allende no es un programa socialista. La reacción llora lágrimas de cocodrilo porque "el socialismo", "el marxismo" se abaten ya sobre Chile. Se trata de un

programa nacional-democrático y antiimperialista: expropiación y coopeativización de los grandes fundos; nacionalización de la propiedad imperialista, la banca y el comercio exterior; establecimiento de un sector de propiedad estatal y mixta junto a la pequeña y mediana industria privada; denuncia de los pactos de sometimiento; relaciones con Cuba, China, Vietnam, Corea y la R. D. Alemana. Este programa representa a la gran mayoría del pueblo chileno. Implica el logro de un verdadero frente nacional, de un Frente Único Antiimperialista, abierto a todos los sectores menos a la cúspide formada por el capital extranjero, sus agentes de la burguesía nativa y los latifundistas.

Pero el proceso mismo de aplicación de este programa conducirá rápidamente a combinarlo con medidas socialistas, según los ritmos propios de la sociedad chilena, desde luego, y la experiencia de las clases populares.

Esta combinación de tareas democrático-nacionales y socialistas confiere importancia decisiva a la organización o independencia política del proletariado, el cual sin duda deberá luchar contra las tradiciones reformistas burguesas que gravitan en sectores de la Unidad Popular.

El triunfo popular en Chile no cae como un rayo en un cielo sereno. Toda América Latina se resquebraja como resultado de la descomposición imperialista. Para tender un cerco de fuego sobre la heroica Cuba, Estados Unidos sistematizó la transformación de los ejércitos en guardias pretorianas.

Esta tentativa de sofocar policíalmente conflictos que subyacen y se agravan sólo consigue multiplicar las presiones hostiles, hasta que el propio instrumento represor en ciertos casos (Perú así lo demuestra) se vuelve contra el brazo que lo esgrime.

El camino militar nacionalista, de carácter democrático burgués, es un camino limitado que retacea, sofoca o reprime la acción protagónica de las clases oprimidas; pero abre un curso de desarrollo y modifica la relación de fuerzas global con el imperialismo.

Tal es el panorama en el cual se insertan los actuales acontecimientos chilenos. De consolidarse el poder popular en el país hermano, quedaría roto el bloqueo de la OEA contra Cuba, se delinearía una nueva configuración de fuerzas en América del Sur, crecería el aislamiento de los regímenes imperialistas de Argentina y Brasil, se fortalecería la lucha del pueblo argentino contra la dictadura militar oligárquica.

El PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL saluda a los trabajadores y al pueblo de Chile en esta hora decisiva. Como en los días de la Independencia, tenemos una causa común y marchamos contra un enemigo común hacia un nuevo Ayacucho que consagre nuestra definitiva emancipación.

SOLIDARIDAD COMBATIENTE CON EL PROLETARIADO Y EL PUEBLO CHILENOS.

GUERRA A LAS MANIOBRAS INTERVENCIONISTAS DEL IMPERIALISMO Y SUS GORILAS.

POR LA SOBERANÍA POPULAR EFECTIVA EN LA ARGENTINA Y EN LATINOAMÉRICA.

POR LA SOBERANÍA POLÍTICA, LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA Y LA JUSTICIA SOCIAL FUNDADAS EN EL PODER OBRERO Y POPULAR.

POR LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA.

PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL

Mesa Ejecutiva Nacional

Buenos Aires, 8 de setiembre de 1970. En el sesquicentenario del desembarco de la Expedición Libertadora chileno-argentina en territorio del pueblo hermano del Perú.

LIBROS

“VIDA DE SCALABRINI ORTIZ”

Por: Norberto Galasso

Historia De La Gente Decente En El Norte Argentino

Por: Gregorio Caro Figueroa

Revolución y Contrarrevolución en la Argentina -

Las masas y las lanzas

1810 - 1862 TOMO I

4a.
ed. Revisada

Del patriciado a la Oligarquía

1862 - 1904 TOMO II

4a.
ed. Revisada

Por: Jorge Abelardo Ramos

EDICIONES DEL MAR DULCE

Buenos Aires Casilla de Correo C. 5027

MARX, Carlos y otros.

LA CUESTION JUDIA

Un volumen de 254 págs. m\$n 850.—
En este volumen se publican por primera vez en castellano los textos de la polémica completa entre Bruno Bauer y Karl Marx sobre la cuestión judía. El tomo incluye textos fundamentales de Isaac Deutscher, León Trotsky y Abraham León, que arrojan una viva luz sobre las implicaciones actuales de la cuestión judía, del sionismo y del Estado de Israel.

SPILIMBERGO Jorge E. La Cuestion Na- cional en MARX

El conocido dirigente del Partido Socialista de la Izquierda Nacional examina en esta obra notable el concepto de Marx acerca de las naciones opresoras y las naciones oprimidas, rastreando en sus escritos los orígenes de la posición que el partido revolucionario asume en nuestra época en los países coloniales y semicoloniales.

TROTSKY, León: La Lucha Contra La Burocracia

Un volumen de 128 págs. m\$n 300.—
La política de “gran potencia” de la Unión Soviética expresada en sus relaciones con Yugoslavia primero, con Hungría luego y finalmente con Checoeslovaquia, vuelven imperioso el

conocimiento de su estructura social y del nacimiento de la burocracia soviética que fusiló a los fundadores del Estado revolucionario. Esta obra de Trotsky es capital para introducirse en tal tema.

TROTSKY, León

MIS PERIPECIAS EN ESPAÑA

Un volumen de 160 págs. m\$n 500.—
En amenas páginas autobiográficas, León Trotsky describe en la primer parte de esta obra la España monárquica de 1917, que recorrió y cuyas prisiones conoció por dentro antes de viajar a Rusia y organizar la insurrec-

ción de Octubre. En la segunda parte se incluyen todos sus escritos sobre la revolución española, desde 1931 hasta 1939, entre ellos el célebre ensayo “España, última advertencia”.

Un volumen de 216 págs. m\$n 600.—
Adquiéralos en las buenas librerías

EDITORIAL COYOACAN